

33

ció

00

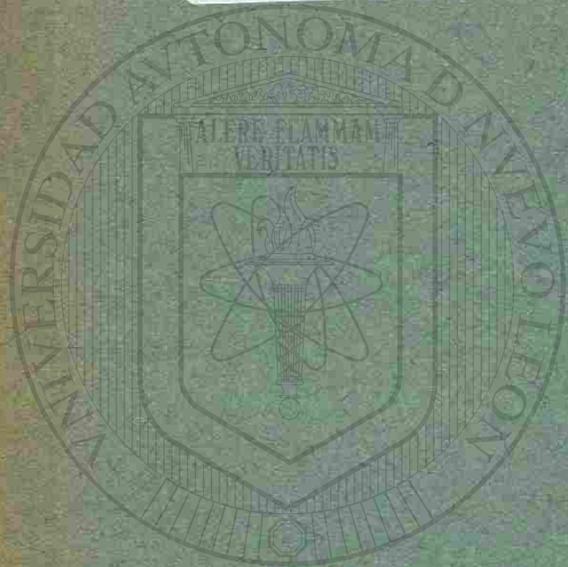
E1233

K34

104600



1020002695



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

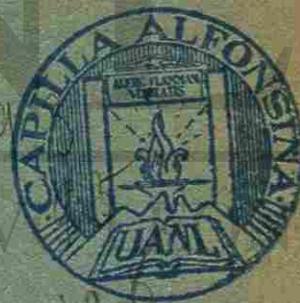
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

69 - 41

89 43

93

90



®

107

104600

126
BIBLIOTECA DE "LA REVISTA DE YUCATAN" 5

HISTORIA DEL SITIO DE QUERETARO

SEGUN FUENTES AUTENTICAS
Y RECUERDOS PERSONALES

POR

TEODORO KAEHLIG,

que fué oficial de caballería del ejército imperial mexicano, Caballero de la Orden de Guadalupe, condecorado con la medalla de bronce "por el mérito militar", y con la medalla francesa de "recuerdo de la campaña de México".

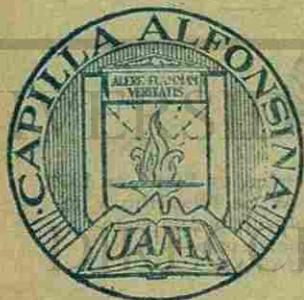
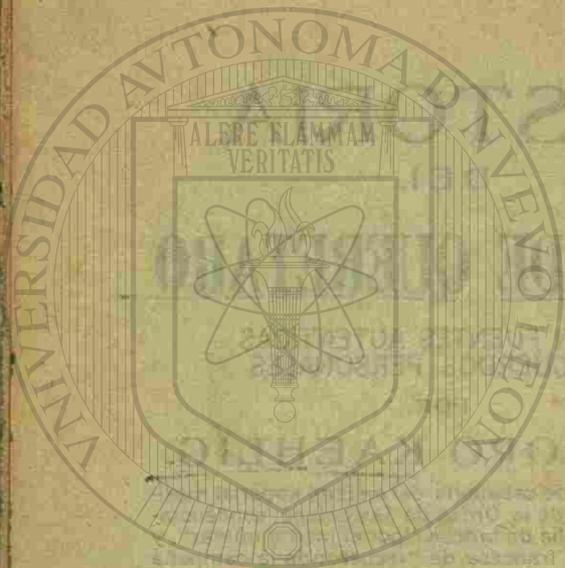


(Obra escrita y publicada en alemán, en Viena, en 1879, en la Imprenta y Librería de L. W. Seidel e Hijo, y traducida al español con todo cuidado por un culto caballero alemán, exclusivamente para "LA REVISTA DE YUCATAN")

Talleres Gráficos de "La Revista de Yucatán"

F 1233

K 34



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

DOS PALABRAS.

A SU ALTEZA IMPERIAL
EL
SERENISIMO PRINCIPE HEREDERO
SEÑOR
ARCHIDUQUE RODOLFO
LA DEDICA CON EL MAS
PROFUNDO RESPETO

EL AUTOR.





DOS PALABRAS.

Como tendrá ocasión de apreciar el lector inteligente, la importancia de esta obra es excepcional, por los valiosos datos que aporta al proceso histórico del efímero Imperio de Maximiliano, en una de sus fases más trágicas: el inolvidable sitio de Querétaro, que culminó con la muerte de aquél infortunado Archiduque de la Casa de Austria.

El autor, D. Teodoro Kaehlig, Oficial de caballería del Ejército Imperial Mexicano en dicho sitio, escribió y publicó en alemán su por todos conceptos interesantísimo trabajo, el cual absolutamente desconocido para nuestro público, es la primera vez que se publica en español.

Toca a LA REVISTA DE YUCATÁN la íntima satisfacción de ofrecerlo a sus millares de lectores, gracias a la delicada atención de un cultísimo caballero alemán residente en la capital de la República, que lo tradujo especialmente para este diario, por indicación de nuestro viejo amigo el ilustre historiógrafo Dr. D. Manuel Mestre Ghigliazza, Director de la Biblioteca Nacional, en la que existe el original alemán del Sr. Kaehlig.

A uno y otro, pues, hacemos presente nuestro sincero agradecimiento.

Mérida, agosto de 1923.

CARLOS R. MENENDEZ.



Como toda obra de carácter científico, la importancia de esta obra es evidente por los valores de los datos que aporta al estudio de los hechos del pasado reciente de México. En esta obra se trata de los hechos que rodearon el movimiento de 1910, desde su inicio hasta su término, con la intención de presentar una visión objetiva y completa de los acontecimientos que se desarrollaron en este período de la historia de México. El autor, D. Carlos Martínez de Estrada, ha realizado un estudio detenido de los hechos y ha escrito y publicado su obra con el propósito de contribuir a la clarificación de los hechos y a la comprensión de los acontecimientos que rodearon el movimiento de 1910. La obra se divide en dos partes: la primera trata de los hechos que rodearon el movimiento de 1910, desde su inicio hasta su término, y la segunda trata de los hechos que rodearon el movimiento de 1910, desde su inicio hasta su término.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

CARDOS DE MEXICO

PROLOGO

Pocos sucesos de la historia moderna se han escrito de manera tan diferente, y con tanta parcialidad, como la historia de los últimos días del segundo Imperio Mexicano.

En países que están en estrechas relaciones con los estados vecinos y que disponen de todos los medios modernos de comunicación, no es fácil que los acontecimientos históricos pasen inadvertidos y escapen a la crítica, ni es difícil, tampoco, formarse un juicio medianamente exacto acerca de los acontecimientos, siéndole fácil al historiador esclarecer la verdad, en la mayoría de los casos, y, cuando se equivoca, el tiempo se encarga de rectificar su error.

Sucede de modo muy distinto en países que, por su aislamiento, por sus condiciones especiales y por su estado caótico, mantienen escasas relaciones con los demás, sobre todo con los que se encuentran allende los mares, con los que casi no ligan ningunos intereses. En dichos países es muy difícil formarse una idea exacta de los acontecimientos; de aquí que la investigación histórica se reduzca a simples exposiciones de los hechos, más o menos contradictorias, según la pasión partidarista que las



dicta; pero constituyen una fuente de información poco segura, de la que es imposible dilucidar los hechos reales.

Esta peculiaridad, actualmente, en ninguna parte es tan característica como en México, porque, desde hace medio siglo, este país ha sufrido constantes revoluciones, de modo que es imposible adquirir un conocimiento exacto y detallado de sus disturbios interminables, que principiaron con el pronunciamiento del Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla, en 1810, y que, con pequeñas treguas, no sólo continúan hasta el presente, sino que hacen perder toda esperanza de una paz próxima y durable.

En el año de 1867 cesaron un poco los disturbios, con el triunfo completo de la causa republicana sobre la imperialista, la que perdió, tal vez para siempre, toda posibilidad de reconstituirse.

Describir los últimos días del Imperio Mexicano: tal es la tarea que me he impuesto. Yo mismo he presenciado casi todos sus heroicos combates, y he leído, también las distintas narraciones que han publicado sobre la materia personas pertenecientes al partido vencedor, algunas, espontáneamente, y otras, por encargo del gobierno; y debo confesar, francamente, que muchas veces me ha indignado el cinismo con que desfiguran los hechos.

Los Juaristas se atribuyen, casi exclusivamente, el triunfo en los últimos combates, que fueron, principalmente, la toma de Querétaro y México. Podrá juzgarse imparcialmente esta preterción, teniendo presente el hecho de que el Ejército imperial resistió brillantemente en Querétaro, durante setenta días, a un enemigo cinco veces superior, que recibía auxilios constantemente, y que, al fin, sólo la trai-

ción pudo entregar la ciudad en manos de los Juaristas, circunstancia que estos niegan rotundamente.

Como dispongo de una cantidad considerable de expedientes originales, juzgué mi deber el esclarecer la verdad acerca de aquellos memorables acontecimientos, mediante una relación completamente imparcial de los hechos, hasta donde fuera posible, exponiendo la situación tal como entonces prevalecía; pero me he limitado, casi exclusivamente, a la descripción del sitio de Querétaro, fiel a mi propósito de no referir más que lo que ví con mis propios ojos o me consta con certeza.

He emprendido esta obra con tanto mayor celo, cuanto que valía la pena defender una causa noble, que se ha juzgado y aun se juzga, por desgracia, con pasión partidarista.

Respecto a las fuentes de información, que forman el fundamento de mis demás obras semejantes, hay que decir lo siguiente:

Casi todo el tiempo que duró el sitio desempeñé el cargo de Secretario de su Majestad. Gracias a mi posición en el Cuartel General, y como testigo ocular de los acontecimientos, estuve en condiciones de reunir muchos y muy variados informes, referentes al sitio y a sus más pequeños detalles, y procedentes, principalmente, de las informaciones de los tenientes coroneles Pitner y Becker (este último más tarde Jefe del Estado Mayor de Cernajev), a quienes había encargado el Emperador informarlo diariamente de la marcha de las operaciones militares, cada uno por separado, los cuales informes, cuyas copias poseo, debían servir más tarde de base para la historia de la guerra. Las otras fuentes de información son los mismos informes oficiales, que

10. Biblioteca de "La Revista de Yucatán."

reproducía el "Boletín de Noticias", órgano del gobierno, redactado en el Cuartel General, lo que no permitirá dudar de su autenticidad, como que eran dictados por el mismo Emperador.

Fiel a mi propósito de escribir una historia imparcial del sitio, he sometido a severa crítica los informes oficiales, en aquellos puntos en que discrepan de los hechos, o relatan los fracasos de una manera superficial, y he procurado exponer estos hechos como fueron realmente, según mis recuerdos personales.

El amable lector tomará en cuenta mis propósitos, por lo que espero que, tanto entre los historiadores, como entre el público en general, encontrarán mi obra favorable acogida.

Praga, diciembre de 1878.

THEODOR KAEHLIG.

**SITUACION MILITAR Y POLITICA DEL PAIS
HACIA FINES DE 1866 HASTA LA SALIDA
DE MEXICO DEL EMPERADOR MAXIMI-
LIANO. CREACION DE UN EJERCITO NA-
CIONAL. RETIRADA DE LOS IMPERIALIS-
TAS A QUERETARO.**

El año de 1866 fué fatídico para el Imperio Mexicano, a pesar de que en los primeros meses se conservaba todavía un pálido reflejo de su pasada grandeza, si es que se puede decir que tuvo alguna; pero a fines de dicho año se acumularon tantos desastres y derrotas, que causaron su ruina.

La crisis de México había alcanzado ya su punto álgido. Los Estados Unidos, nuevamente reconstituidos y poderosos, exigieron enérgicamente la retirada de las tropas francesas, que eran uno de los sostenes principales del joven imperio, con lo que se dió a éste un golpe de muerte. El país estaba agotado, y la falta de recursos hacía ilusoria la continuación de la guerra. Asimismo, casi eran ineficaces los esfuerzos que se hacían para reemplazar con un ejército nacional los grandes vacíos que, a causa de su retirada, tenía que ir dejando el ejército francés. Así sucedía que los territorios, que al principio se habían quitado a los Juaristas después

10. Biblioteca de "La Revista de Yucatán."

reproducía el "Boletín de Noticias", órgano del gobierno, redactado en el Cuartel General, lo que no permitirá dudar de su autenticidad, como que eran dictados por el mismo Emperador.

Fiel a mi propósito de escribir una historia imparcial del sitio, he sometido a severa crítica los informes oficiales, en aquellos puntos en que discrepan de los hechos, o relatan los fracasos de una manera superficial, y he procurado exponer estos hechos como fueron realmente, según mis recuerdos personales.

El amable lector tomará en cuenta mis propósitos, por lo que espero que, tanto entre los historiadores, como entre el público en general, encontrarán mi obra favorable acogida.

Praga, diciembre de 1878.

THEODOR KAEHLIG.

**SITUACION MILITAR Y POLITICA DEL PAIS
HACIA FINES DE 1866 HASTA LA SALIDA
DE MEXICO DEL EMPERADOR MAXIMI-
LIANO. CREACION DE UN EJERCITO NA-
CIONAL. RETIRADA DE LOS IMPERIALIS-
TAS A QUERETARO.**

El año de 1866 fué fatídico para el Imperio Mexicano, a pesar de que en los primeros meses se conservaba todavía un pálido reflejo de su pasada grandeza, si es que se puede decir que tuvo alguna; pero a fines de dicho año se acumularon tantos desastres y derrotas, que causaron su ruina.

La crisis de México había alcanzado ya su punto álgido. Los Estados Unidos, nuevamente reconstituidos y poderosos, exigieron enérgicamente la retirada de las tropas francesas, que eran uno de los sostenes principales del joven imperio, con lo que se dió a éste un golpe de muerte. El país estaba agotado, y la falta de recursos hacía ilusoria la continuación de la guerra. Asimismo, casi eran ineficaces los esfuerzos que se hacían para reemplazar con un ejército nacional los grandes vacíos que, a causa de su retirada, tenía que ir dejando el ejército francés. Así sucedía que los territorios, que al principio se habían quitado a los Juaristas después

de rudos combates y a costa de las pérdidas más sangrientas, tenían que abandonarse y dejarse a disposición del enemigo, y a medida que los franceses se acercaban a la capital, los seguían inmediatamente fuerzas republicanas, las cuales, casi sin combatir, iban apoderándose de pueblos y ciudades.

Ya en julio de 1866, es decir, antes de que se hubiera determinado la retirada del ejército francés, se había comenzado a abandonar las provincias septentrionales, y bien pronto, la mayor parte del país situado al norte de San Luis Potosí cayó en poder de los Juaristas, a los que no podían causar gran daño, algunos ataques que aún les dirigian los franceses. Pero también en el sur del país comenzó a organizarse rápidamente el elemento republicano, asediando muy de cerca a los imperialistas, a los que iban quitando el terreno palmo a palmo.

Respecto a la política que desarrollaba entonces la Casa Blanca y a las esperanzas que fundaban en ella los Juaristas, puede juzgarse perfectamente por la siguiente carta que Don Martín Romero, Representante de Juárez en los Estados Unidos, dirigió a sus amigos:

Washington, Noviembre 8 de 1866.

Mi querido amigo:

Por medio de la presente puedo participar a Ud. algunos datos, dignos de crédito, referentes a la nueva política que van a seguir los Estados Unidos respecto a los asuntos de México.

He visto las instrucciones que con fecha 25 de octubre se dieron al señor Campbell, Ministro de los Estados Unidos, en lo que toca a los asuntos de nuestro país, y puedo asegurar a Ud. que dichas instrucciones contienen los puntos siguientes:

1º Que los Estados Unidos no reconocen ni reconocerán otro gobierno más que el constitucional, que preside D. Benito Juárez:

2º Que no desean ni aspiran a poseer parte alguna del territorio mexicano, ni reconocen la ocupación francesa, bajo ningún punto de vista, y

3º Que están dispuestos a facilitar recursos a México, tan pronto como lo solicite el gobierno constitucional o sus representantes, con objeto de que pueda sofocar los disturbios locales, y sin que por esto los Estados Unidos intenten intervenir de alguna manera en los asuntos internos de nuestro país.

El Sr. Campbell saldrá esta semana de Nueva York, en el vapor "Susquehanna." Para dar mayor importancia a su misión, lo acompañará el Sr. William V. Sherman, Teniente General y en calidad de consejero, quien está facultado para disponer de las tropas y de la flota de guerra americanas, a fin de que, sin mezclarse en los asuntos internos de México, coopere a alcanzar el fin antes expuesto, de restablecer el orden en algunos puntos de la república, principalmente en las fronteras.

Ambos señores se dirigirán a Veracruz, para cerciorarse de la salida del ejército francés y activarla en lo posible. Las seguridades que ha dado Napoleón a los Estados Unidos hacen suponer que, a la llegada de dichos señores a Veracruz, ya habrá partido todo el ejército francés, o al menos la mayor parte.

En este caso se dirigirán a México, donde esperan encontrar ya a Juárez, suponiendo que Maximiliano se vaya con los franceses. En caso contrario se dirigirán a Matamoros, y de allí a Chihuahua o a

donde se encuentre el gobierno. Por consiguiente, no es probable que el General Sherman se detenga largo tiempo en el país.

Así, es seguro que todo esto apresurará la salida del ejército francés y la partida de Maximiliano, dando un golpe certero a los que, descarada y atropelladamente, pretenden apoderarse del gobierno y causar a México nuevos trastornos.

Quedo de Ud. sincero amigo y S. S.

M. Romero.

A pesar de la gravedad de los hechos arriba indicados y de las tristes perspectivas para el porvenir, Maximiliano, asediado por los jefes prominentes del partido conservador y clerical, que le prometían soldados y dinero al por mayor, encontrándose en noviembre ya en Orizaba, desgraciadamente tomó de nuevo la resolución de jugar el todo por el todo, para hacerse otra vez dueño de la situación. Al verse abandonado por Francia, consideró cuestión de honor el no abandonar a su partido, olvidando, en sus nobles sentimientos, que el partido a cuyos intereses se sacrificaba, lo miraba solamente como un medio para conseguir sus miras ambiciosas.

Por parte de los franceses no habían escaseado los esfuerzos para hacer dimitir a Maximiliano, porque estaba en interés de Napoleón salvar al príncipe austriaco del peligro que lo amenazaba, y no aumentar la responsabilidad que él y su gobierno tenían respecto a los asuntos de México. Además de las instancias de Bazaine, encargado por el gobierno francés de hacer partir al Emperador, se mandó también al General Castelnau a México, para disuadir a Maximiliano de que se quedase en el país. Pero éste, como no se le ofrecieron con oportunidad

medios para salir con honor de la situación insostenible en que se encontraba, no quiso ceder a las instancias del gobierno francés y resolvió quedarse.

Uno de los principales proyectos del Emperador había sido la convocación de un Congreso nacional, al que también se invitase a los enemigos del Imperio, ante cuya asamblea deseaba Maximiliano deponer su cargo, y cuyas decisiones debían acatarse, respecto a la forma de gobierno que se resolviese adoptar; proyecto que nunca se realizó, por un lado, porque siempre fué estorbado por los imperialistas, y por otro, porque se estrelló ante la terquedad de los republicanos, los cuales, conscientes de las ventajas obtenidas, nunca quisieron entrar en arreglos con los "traidores", como llamaban a los imperialistas, sino que les exigían una rendición incondicional.

Tal era la situación política de México a fines de 1866.

Mientras tanto, se trataba de organizar un ejército nacional que debía reemplazar a los franceses; pero los esfuerzos que se hacían no tenían el resultado apetecido, y los recursos escaseaban cada vez más, a pesar de las promesas de auxilios que se habían hecho.

En México no existe ninguna ley que reglamente el servicio militar y, aun cuando existiese alguna, casi no se podría llevar a efecto, a causa de la gran extensión del país, de la poca densidad de la población y de la rutinaria y deficiente organización de las autoridades. Ningún gobierno mexicano ha podido establecer todavía el servicio militar obligatorio, por lo que se han limitado a la "leva", que se emplea todavía hasta hoy.

Así pues, de este modo bárbaro es como se re-

cluta gente para el servicio militar; pero sobre todo a las clases pobres persigue esta calamidad, pues sin ninguna consideración a su estado o a la familia que sostienen, se les aprisiona, en el verdadero sentido de la palabra, y se les obliga a prestar servicio en el ejército.

Claro está que para esta clase de soldados es completamente indiferente la causa por la que pelean. En México existen muy pocos voluntarios. Por lo demás, el soldado mexicano se conduce muy bien en el campo de batalla, y la historia de México nos muestra muchos ejemplos de verdadero heroísmo.

El ejército imperial tampoco había hecho una excepción de la leva y se había reclutado, casi exclusivamente, con "forzados."

A principios de 1867 se reconcentraron las fuerzas imperialistas en los cuatro cuerpos de ejército siguientes: el primero, mandado por Miramón, en el norte del país; el segundo por Mejía, en San Luis Potosí; el tercero por Márquez, en Puebla, y el general Ramón Méndez, en el estado de Michoacán, operaba con éxito variable contra el enemigo, en tanto que la Capital y el camino a Veracruz estaban en poder del ejército francés.

Miramón, después de haber sido derrotado en San Jacinto, donde fué totalmente deshecho su pequeño ejército, se vió obligado a retirarse con las pocas tropas disponibles del general Severo del Castillo, seguido muy de cerca por los republicanos, con los que ambos generales tuvieron un encuentro en el Valle de la Quemada, en el que salieron vencedores los imperialistas, pero sin que por esto pudieran suspender su retirada.

Los imperialistas, después de evacuar San Luis

Potosí, se dirigieron a Querétaro. También Toluca fué evacuada el 7 de febrero, porque su posición aislada hacía temer un asalto, que le cortara toda comunicación con las demás ciudades. La columna del general Tavera, en su retirada de Toluca, pasó por el Monte de las Cruces, entre Lerma y Alconrador, el 8 de febrero, donde libró una batalla con las fuerzas del general Riva Palacio, superiores en número, batalla que terminó con el triunfo de los imperialistas, quienes obligaron al enemigo a retirarse, no sin que les hubieran costado sangrientas pérdidas.

Los últimos soldados franceses evacuaron la ciudad de México el 6 de febrero, quedando así los imperialistas reducidos a sus propias fuerzas. Como éstas eran del todo insuficientes, tuvieron que reconcentrarse, a fin de poderse sostener, limitándose sus plazas a las ciudades de Querétaro, Puebla, México y Veracruz, en tanto que Ramón Méndez operaba en Michoacán, contra Corona y Régules.

La derrota de Miramón en San Jacinto había abierto al enemigo el camino de la Capital y había empeorado considerablemente la situación del Imperio, por lo que era absolutamente necesario emprender un movimiento rápido, si no se quería tener al enemigo, dentro de breve tiempo, a las mismas puertas de México.

Por esta circunstancia, y para alejar a la Capital, lo más que fuese posible, del teatro de la guerra y evitarle los horrores de un sitio, se resolvió, en consejo de Ministros, salir al encuentro del enemigo y hacerle frente en una batalla decisiva, con parte de las tropas reconcentradas en México, unidas al ejército de Querétaro.

Al fin de evitar rivalidades que pudieran suscitarse entre los generales imperialistas, rivalidades que podían conducir al fracaso, era necesario poner al frente del ejército a una persona de bastante autoridad, capaz, por su prestigio, de alejar esta eventualidad, que siempre ha sido en México una de las principales causas del fracaso. Por esto, el Emperador Maximiliano se resolvió a ser él mismo general en jefe del ejército, cargo de tanta importancia en esos momentos.

Como todavía no se había avanzado mucho en la organización del ejército nacional, se resolvió marchar a Querétaro con unos cuantos cientos de hombres solamente, y después se mandarían refuerzos lo más pronto posible.

II.

SALIDA DE MEXICO DEL EMPERADOR A QUERÉTARO. — ESCARAMUZAS EN LECHERIA Y EN SAN MIGUEL CALPULALPAM.

A las seis de la mañana del 13 de febrero se encontraba formada en la garita de Vallejo, entre México y Tacubaya, la columna militar que debía acompañar al Emperador a Querétaro. Se componía de los siguientes cuerpos:

Batallón de la Guardia municipal de	
México	461 hombres.
Batallón de línea 14	200 "
Batallón de línea 15	300 "
Guardia municipal de rurales de	
México	100 jinetes.
Una parte del primer regimiento de	
caballería de la Emperatriz	20 "
Regimiento de caballería 7	94 "
Regimiento de caballería 9	125 "
Irregulares del Comandante Garcés	165 "
En suma: 961 soldados de infantería, 504 de	
caballería, 2 obuses de 15 centímetros, 2 cañones de	
montaña, 4 cañones de proyectiles de ocho libras,	

Al fin de evitar rivalidades que pudieran suscitarse entre los generales imperialistas, rivalidades que podían conducir al fracaso, era necesario poner al frente del ejército a una persona de bastante autoridad, capaz, por su prestigio, de alejar esta eventualidad, que siempre ha sido en México una de las principales causas del fracaso. Por esto, el Emperador Maximiliano se resolvió a ser él mismo general en jefe del ejército, cargo de tanta importancia en esos momentos.

Como todavía no se había avanzado mucho en la organización del ejército nacional, se resolvió marchar a Querétaro con unos cuantos cientos de hombres solamente, y después se mandarían refuerzos lo más pronto posible.

II.

SALIDA DE MEXICO DEL EMPERADOR A QUERÉTARO. — ESCARAMUZAS EN LECHERIA Y EN SAN MIGUEL CALPULALPAM.

A las seis de la mañana del 13 de febrero se encontraba formada en la garita de Vallejo, entre México y Tacubaya, la columna militar que debía acompañar al Emperador a Querétaro. Se componía de los siguientes cuerpos:

Batallón de la Guardia municipal de	
México	461 hombres.
Batallón de línea 14	200 "
Batallón de línea 15	300 "
Guardia municipal de rurales de	
México	100 jinetes.
Una parte del primer regimiento de	
caballería de la Emperatriz	20 "
Regimiento de caballería 7	94 "
Regimiento de caballería 9	125 "
Irregulares del Comandante Garcés	165 "

En suma: 961 soldados de infantería, 504 de caballería, 2 obuses de 15 centímetros, 2 cañones de montaña, 4 cañones de proyectiles de ocho libras,

94 hombres de la servidumbre imperial y suficiente personal de sanidad.

Para los europeos, como no están familiarizados con las condiciones que prevalecen en México y como están acostumbrados a ver caudillos seguidos de poderosos ejércitos, hubiera sido completamente indiferente el espectáculo de un puñado de hombres que acompañaba a un príncipe austriaco, hecho emperador, que se aventuraba a internarse en un país plagado de enemigos y cuyo buen éxito era sumamente dudoso. En Europa se hubiera juzgado como una locura la empresa de Maximiliano y a él como a un aventurero. Pero no así en México. No hay que olvidar que allí es imposible apreciar las cosas con los mismos datos numéricos que en Europa, porque en México unos cuantos miles de hombres constituyen un ejército muy respetable, si se recuerda que el país está, relativamente, muy poco poblado, circunstancia que haría muy difícil, si no imposible, reclutar gran cantidad de gente, como se hace en Europa; pero la empresa sería más difícil, sobre todo, por la falta de recursos de los gobiernos.

En tanto que en Europa acuden cientos de miles de hombres al campo de batalla, en México sólo se presentan unos cuantos miles, circunstancia que también tiene sus ventajas, puesto que el contrario tropieza con las mismas dificultades para luchar y no puede, fácilmente, aventajar a su adversario en soldados ni en elementos. Sin embargo, no se podría decir que las operaciones militares de México carezcan de importancia, aun cuando en Europa así las consideremos, juzgándolas por el pequeño número de combatientes; en México, las batallas son, proporcionalmente, tan sangrientas y decisivas como las

de Koniggratz y Sedan.

Si las tropas que debían acompañar a Maximiliano eran reducidas, en cambio eran, también, de las mejor organizadas del país, y en varios encuentros se habían portado heroicamente contra un enemigo superior; eran las mismas que en la batalla del Monte de las Cruces habían forzado un paso al parecer inexpugnable, venciendo a un enemigo doblemente numeroso y situado en un lugar bien defendido.

Maximiliano, acompañado del General Márquez y del Ministro de Gobernación Aguirre, encontró, a las 8 de la mañana, la columna militar, que lo saludó con estrepitosos vivas.

El entusiasmo por el Emperador no fué avivado artificialmente, y el buen ánimo del pequeño ejército lo improvisó favorablemente. Por su amabilidad supo conquistarse los corazones de todos los que lo rodearon. Siempre dió pruebas de un valor extraordinario y su intrepidez durante el sitio de Querétaro lo hará pasar a la historia con el nombre de un valiente. Empero, el 13 de febrero era la primera vez que se ponía personalmente al frente de sus tropas.

En ese día comenzaba una nueva era para él, durante la cual debía tomar una participación efectiva y vigorosa en las operaciones militares, tal como lo exigía imperiosamente el estado de las cosas. Si no quería que fuesen inútiles los esfuerzos desesperados de su partido, inútil toda la sangre derramada y que había de derramarse aún, y si quería, igualmente, evitar todo motivo de rivalidad, de celo y de mutua desconfianza entre sus generales, even-

tualidad vergonzosa que podía perjudicar la unidad de acción, tan necesaria en esos momentos.

El verdadero motivo por el cual el Emperador se había mantenido alejado, hasta entonces, de las operaciones militares, era que el mando supremo del ejército de ocupación, apoyado por el gobierno francés, era suficientemente poderoso para obrar por su cuenta, sin consideración alguna y muchas veces en contra de los intereses del Imperio Mexicano, tomando muy poco en cuenta las observaciones y las órdenes de Maximiliano.

El poder militar había estado reconcentrado, casi exclusivamente, en manos de Bazaine, quien estaba casi en continua enemistad con el Emperador, como lo demuestran las frecuentes y públicas humillaciones que sufrió el Soberano, por lo que éste se abstenía de hacer un papel ridículo junto al imperitante Mariscal francés.

A la llegada del Emperador, púsose inmediatamente en movimiento la columna militar. Como se había previsto, no pasó mucho tiempo sin que el enemigo diera señales de vida, pues la situación había empeorado tanto, que las gavillas republicanas, creciendo sin cesar, se iban apoderando de todo el país y a la sazón llegaban hasta las puertas de la Capital, sobre todo desde que Toluca había sido evacuada por las fuerzas imperialistas.

A cuatro leguas de México, cerca del pueblo de Tlalnepantla, situado en el camino a Querétaro, se tuvo contacto con el enemigo; por el lado derecho apareció un puesto avanzado, compuesto de unos veinte jinetes, los cuales, en cuanto vieron a los imperialistas, se retiraron a toda prisa.

A la una y media de la tarde, poco antes de

llegar a la hacienda llamada Lechería, la vanguardia del ejército encontró un batallón de caballería enemiga, fuerte de 600 hombres, mandado por el guerrillero Fragoso, quien había tomado posesión de ese lugar.

El General Márquez destacó un batallón de infantería de la Guardia Municipal de México hacia la parte izquierda del camino, para caer sobre el flanco del enemigo, y dispuso un cañón para hacer fuego; pero antes de que éste hiciera el primer disparo, la infantería y la caballería rompieron el fuego y obligaron al enemigo a abandonar el campo tan precipitadamente, que dejaron en el campo cerca de 80 hombres.

Dos granadas, certeramente disparadas, introdujeron gran confusión en las filas del enemigo, al que persiguió buen trecho la caballería de Garcés.

Durante unos momentos, una parte del enemigo apareció a retaguardia de los imperialistas; pero fué rechazada y dispersada por el 14º Batallón de línea.

Nuevamente se reconcentró el enemigo cerca del pueblo de Cuautitlán, para dificultar la marcha de sus contrarios; pero fué completamente rechazado por el impetuoso empuje de la Guardia Municipal.

Durante estos encuentros, el Emperador se hallaba entre sus tropas; a tres pasos de él, fué herido un soldado.

La columna tuvo las siguientes pérdidas: 1 oficial del batallón de Garcés, un soldado de la Guardia, que fué hecho prisionero por el enemigo, arrastrado y matado a sablazos, llevándolo después al Cementerio de Cuautitlán, donde colgaron su cabeza de un árbol. Hubo, además, 5 heridos.

Los imperialistas pernoctaron en Cuautitlán, y el día 14, a la una de la mañana, llegó el General Vidaurri con 30 hombres de su Guardia y 53 de una escolta de húsares. Llevaba también una cantidad considerable de municiones. Después que el enemigo se hubo apartado del camino de México, los húsares de la escolta de Vidaurri, en su mayor parte austriacos y pertenecientes al regimiento rojo del Conde Khevenhüller, se incorporaron a la columna, bien que estaban destinados a volver a la Capital.

El día 14 transcurrió sin que el enemigo diera señales de vida. La estación siguiente era la pequeña y hermosa ciudad de Tepejí del Río. En la noche llegaron otros 18 hombres de la Guardia de Vidaurri, que habían atravesado las filas enemigas montados en mulas.

El día 15, unos caminantes anunciaron que los guerrilleros Cosío y Martínez, con 300 infantes y 200 jinetes, se encontraban en Arroyo Zarco, una hacienda que está en el mismo camino, a dos jornadas de distancia de Tepejí; e igualmente Soledad Polotitlán y otros lugares, estaban tomados por el conocido guerrillero juarista Carvajal.

A las diez llegaron a la Cañada, bastante profunda, donde esperaban 100 tiros de bueyes para subir los cañones por la cuesta, sin pérdida de tiempo.

Como dos horas de jornada más allá de la siguiente estación de San Francisco Soyaniquilpan, empieza un terreno accidentado y cubierto de vegetación, donde está el pueblo de San Miguel Calpulalpam, que es tan célebre en la historia de México, pues allí fué completamente derrotado Miramón, en 1860, siendo Presidente de la República, por el General Don Jesús González Ortega.

Continuaron su marcha los imperialistas y el 16 de febrero llegaron a Calpulalpam, donde divisaron una partida de caballería enemiga, que intentaba visiblemente estorbar o impedir el avance de aquellos. Ya se había previsto que las distintas partidas enemigas que se hallaban diseminadas en el camino de Querétaro, habían de reunirse en este paso, como punto más favorable donde podían oponer resistencia a los imperialistas y dificultar considerablemente su avance.

Por parte de éstos, inmediatamente se tomaron las medidas necesarias para forzar el paso. La vanguardia se posesionó de la salida del pueblo inmediato de San Miguel, de población indígena, situado a la falda de la sierra, desde donde avanzaron dos divisiones de caballería, para reconocer el terreno. El General Márquez reforzó este cuerpo con un cañón de montaña.

Por lo pronto, las demás tropas descansaron en San Miguel, mientras marchaban el tren de artillería y la retaguardia.

El enemigo, compuesto de unos 200 hombres, se había posesionado de las alturas colocadas a la izquierda del camino, el cual dominaban desde corta distancia, y se había ocultado entre los árboles, teniendo hacia adelante un ancho foso, difícil de franquear y que los ponía a salvo de un ataque repentino de los imperialistas. Desde esta posición, favorable en grado sumo, podían hacer bastante daño al adversario sin arriesgar mucho.

Al acercarse la vanguardia, el enemigo comenzó a hacer débiles descargas de fusilería, poco nutridas, seguramente por temor de exponerse demasiado y, como estaban a alguna distancia, no podían

causar mucho daño sus balas. El General Márquez ordenó entonces, que dos divisiones de patrulla de 14^o Batallón de línea protegiera los flancos de la columna de avance.

Cuando la vanguardia alcanzó la altura central, sirvió de blanco al enemigo, el cual, no obstante, fué desalojado de sus posiciones, por medio de algunas granadas certeramente disparadas contra ellos. El tiroteo duró hasta que la columna venció completamente.

Uno de los grupos del enemigo que iba a retaguardia hizo una descarga sobre el carro del Ministro Aguirre y sobre el que seguía, creyendo que en alguno de ellos viajaba el Emperador. Pero éste, como otras muchas veces, estaba a caballo en uno de los puntos más peligrosos, alentando a las tropas con su ejemplo. Cerca de él, fué herido su coeino.

En la llanura colocada al otro lado del Paso hicieron alto los imperialistas, para poderse reconcentrar, momento que aprovechó la caballería enemiga para acercarse unos mil pasos y atacar; pero fué dispersada por la caballería imperialista, perdiendo dos hombres y cuatro caballos.

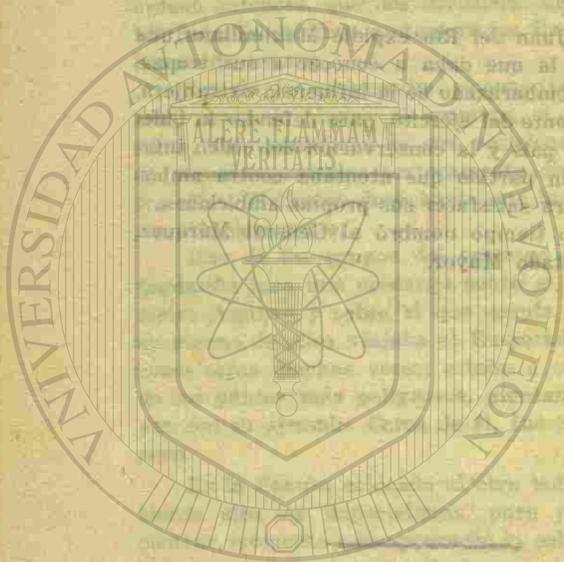
Las pérdidas de los imperialistas, a causa de la timidez del enemigo, fueron muy pequeñas; solamente 1 muerto y dos heridos, a pesar de su posición tan desfavorable.

Prosiguieron su marcha a Querétaro, pasando por Arroyo Zarco. San Juan del Río. Saucó y Hacienda Colorada, sin ser molestados en lo más mínimo por el enemigo. En San Juan del Río, el guerrillero juarista Ugalde había entrado un día antes pero se había retirado a Tequisquiapam, al tener co-

nocimiento de la entrada de los imperialistas a Arroyo Zarco.

En San Juan del Río expidió Maximiliano una proclama, en la que daba a conocer a sus tropas, que él, ya desembarazado de la influencia extranjera, se ponía al frente del ejército, para defender la independencia del país y la conservación del orden interior, contra un partido que atentaba contra ambas cosas, sólo para satisfacer sus propias ambiciones.

Al mismo tiempo nombró al General Márquez, jefe de su Estado Mayor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

III. ENTRADA EN QUERÉTARO.—EL GENERAL R. MENDEZ Y SUS TROPAS. QUERÉTARO Y SUS DEFENSAS.

El 19 de febrero entraron las tropas imperialistas en Querétaro, cuyos habitantes estimaban mucho al Emperador, y no sin razón, como después pudieron apreciarlo durante el sitio y sus horas más terribles. Una gran multitud, apiñada en las calles y en las azoteas de las casas, lo saludó con verdadero júbilo. No eran apariencias ni manifestaciones forzadas de aduladores, acerca de las cuales pudiera engañarse el Emperador; eran la expresión de una simpatía franca y real que la culta población de Querétaro tributaba invariablemente a su Soberano.

Tal era la ciudad, donde iba a desarrollarse uno de los dramas más tristes de la historia contemporánea.

Al entrar el desgraciado monarca en Querétaro, después de tantas dificultades, en medio de los alegres repiques de las campanas y de las salvas de artillería; al verse rodeado por todas partes de una multitud desbordante de alegría, estaba muy lejos de presentir que estaba cogido como en una trampa.

de donde no había de salir con vida, y que su brillante carrera, llena de esperanzas, había de terminar allí de la manera más trágica.

Luego que entraron en Querétaro las tropas que acompañaban al Emperador, la ciudad pudo contar, para su defensa, con el primer cuerpo de ejército, fuerte apenas de 5000 hombres, que hasta entonces había mandado el General Miramón.

A fin de reforzar este pequeño ejército y ponerlo en condiciones de combatir, se había ordenado oportunamente al General Ramón Méndez, quien operaba en Michoacán, evacuar ese Estado e ir con sus tropas a reunirse al ejército imperial.

El 20 de febrero ya estaba Méndez en Celaya, una pequeña ciudad que se encuentra a circo horas de marcha de Querétaro, y allí se le unieron los 314 infantes y la importante división de caballería del Coronel Quiroga; y después envió a Santa Rosa, hacienda que está en el camino de San Luis Potosí, un puesto avanzado de caballería.

El 21 de febrero se encontraban las tropas del General Méndez en Apasco, no lejos de Querétaro, donde se dejó otro puesto de observación, a las órdenes del Coronel Almanza; y el día 22, a las dos de la tarde, entraron en Querétaro.

El ejército del General Méndez se componía de 2400 soldados de infantería, 1106 de caballería y 82 de artillería, o sean 3588 hombres. Además, traía de Michoacán: 2 cañones de 15 centímetros, 4 de proyectiles de 8 libras, 5 de artillería de montaña y de diversos calibres, toda clase de material de guerra y unas 800 cabezas de ganado.

La entrada de este ejército ofrecía un aspecto muy particular, y nunca soberano alguno había revistado tropas como las allí presentes. Eran lo más

selecto y aguerrido del ejército, en las que había dejado sus huellas las penalidades de cerca de año y medio de campaña; su equipo estaba en un estado verdaderamente desastroso; se veían jinetes que llevaban sus cartucheras sujetas al cuerpo desnudo, mientras que la camisa, única prenda de ropa que cubría la parte superior de su cuerpo, ondeaba en el aire, toda desgarrada; otros, llevaban en los pies simples guaraches, con las espuelas sujetas al talón desnudo. Contrastaban notablemente con los trajes su continente altivo y el orden perfecto con que desfilaron ante el Emperador; y, de no haber sabido qué clase de gente eran, se les hubiera podido tomar por una horda de bandidos bien disciplinada.

El General Ramón Méndez, indio de raza pura, era uno de los más ardientes y celosos defensores del Imperio y muy adicto al Emperador, a quien debía el rápido ascenso en su carrera militar.

Una de las personalidades más originales del ejército imperialista era el General Calvo, un veterano en toda la extensión de la palabra. Después de haber servido a más de una docena de presidentes, había llegado a ser defensor entusiasta de la causa imperialista. En combates anteriores, había perdido su pie derecho y su brazo izquierdo, y, además, estaba parálítico del brazo derecho. Su hijo, un muchacho de doce años, era su compañero inseparable, pues a causa de su total desvalimiento, le era enteramente necesario.

Cuando el General Calvo pasaba revista a sus tropas, su hijo sacaba el sable de la vaina y lo colocaba en el rígido puño del anciano, quien todavía arengaba a sus soldados con entusiasmo juvenil.

El 23 de febrero se comenzó a ampliar y a poner en buen estado las defensas y fortificaciones de

la ciudad.

Querétaro, capital del Estado del mismo nombre, se cuenta entre las ciudades mexicanas de segundo orden. De sus 30,000 habitantes, 12,000 son indígenas, que viven, la mayor parte, del producto de objetos que ellos mismos fabrican con sus manos. Las calles de la ciudad están trazadas regularmente; grandes plazas públicas con hermosos jardines, numerosos y bellos edificios, y un magnífico acueducto, hacen de Querétaro una de las más bellas poblaciones del país.

La opinión, generalmente extendida, de que Querétaro es una plaza bien defendida, resulta absolutamente errónea. Querétaro no es solamente una ciudad abierta, sino que en manera alguna está bien dispuesta para la defensa, porque se la puede dominar perfectamente por tres lados distintos, desde las montañas que se hallan a escasa distancia, circunstancia que deberá tenerse muy presente, para que se comprendían perfectamente los combates que se libraron para tomar la ciudad.

Ciertamente que el plan de campaña no limitaba las operaciones militares a Querétaro; esta ciudad se tomó como base primera de operaciones, y, en el peor de los casos, si la suerte era adversa a las armas imperialistas, debía constituir un apoyo bastante fuerte para poder pasar de una malograda ofensiva a una vigorosa defensiva.

Contando los soldados que acaban de llegar, del General Méndez, el total de las tropas imperialistas apenas llegaban al número reducido de 8515 hombres, por lo cual era imposible pensar—ni aun contando con los refuerzos que se esperaban de México—en apoderarse de todas las alturas circunvecinas y defenderlas, lo cual hubiera hecho a la pla-

za casi inexpugnable; pero el pequeño ejército estaba completamente diseminado y no podía bastar, ni con mucho, para defender eficazmente tan ancho campo contra el enemigo que se aproximaba y que debía ser, según toda probabilidad, mucho más poderoso.

Los arrabales de San Sebastián y de San Luis debían ser ocupados y considerarse parte del círculo de defensa de Querétaro.

Por principio de cuentas, hay que hacer notar que es imposible que las fortificaciones de Querétaro se juzguen con los mismos datos numéricos con que se aprecian las fortalezas modernas de Europa. Por falta de tiempo, de materiales y de trabajadores, sus fortificaciones eran del todo rudimentarias, como es todo lo del país, aunque quisiera no decirlo, y apenas hubieran presentado alguna resistencia a los medios de sitio de los ejércitos europeos; en cambio, servían bastante contra los medios de que disponía el ejército republicano.

Los principales puntos de apoyo de la línea de defensa, eran el Cerro de las Campanas y el Convento de La Cruz.

El Cerro de las Campanas es una colina de 200 pies de altura, situada al poniente de la ciudad, a unos 300 pasos de distancia, la cual, según la tradición, servía de templo en la antigüedad; durante la guerra de independencia fué atrincherada y servía de punto de observación, desde la cual vigilaban los españoles los caminos de San Miguel y de Celaya. Hacia el oeste de esta colina se extiende una llanura considerable, con cerros bajos de uno y otro lado, y sigue enteramente plana hasta León, interrumpida sólo por algunas elevaciones del terreno,

en el cual se hallan las haciendas de Jacal, San Juanico y Carrillo. Los campos están cruzados por muchos fosos anchos y profundos, que constituyen un gran estorbo, si no para la infantería, sí para la caballería y la artillería.

Enfrente del Cerro de las Campanas y en el extremo opuesto de la ciudad, en consecuencia hacia el oriente, se halla el Convento de La Cruz, una de esas construcciones monumentales, de arquitectura española, tan comunes en el país, edificada en una extensa llanura; tiene muchos corrales, rodeados de altos muros, a propósito para una vigorosa defensa; pero con el único defecto de requerir mucha gente para verificarla. Además, el Convento puede dominarse por medio de la artillería, desde las escarpadas sierras de la Cuesta China, que se encuentran casi paralelas, y de cuyos flancos desciende el Camino Real para México.

Colindando con la parte norte de Querétaro, encuéntranse los arrabales de San Sebastián y San Luis, que se extienden de oriente a poniente, separados de la ciudad propiamente dicha por un riachuelo de muy poco fondo, llamado Río Blanco, que nace en la Sierra Gorda y que cuenta solamente con un puente.

Como se indicó anteriormente, se abandonaron los arrabales y puntos de la ciudad cuya posesión no era imprescindiblemente necesaria para la defensa de la ciudad, a fin de que las tropas, cuyo número era insuficiente, no estuviesen demasiado diseminadas. El puente del Río Blanco sí se dispuso para la defensa, y un poco adelante, en el barrio de San Luis, existe un mesón, muy sólidamente construido, que también se fortificó con cuidado. Las casas que

se encuentran alrededor del río fueron provistas de troneras, se pusieron barricadas en las embocaduras de las calles y todo quedó en buen estado de defensa.

Enfrente de toda esta línea, más allá de los arrabales y hacia el norte, extiéndense, a pequeña distancia, las lomas de San Pablo y de San Gregorio, coronadas por una iglesia y varias casas.

La parte sur de esta línea de defensa tenía en su centro la Alameda, jardín que tienen todas las ciudades importantes de México; en su flanco izquierdo tenía la iglesia de San Francisquito, en su flanco derecho la Garita de Celaya, por todo lo cual presentaba ventajas de resistencia, y, además, estaba parapetada con un simple muro de adobes (ladrillos de tierra secados al sol.)

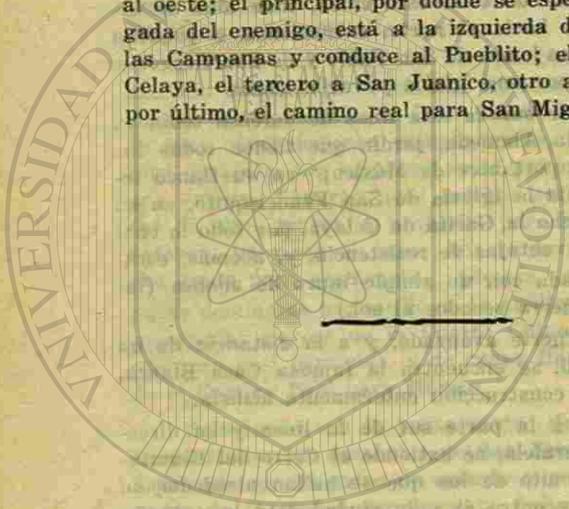
Como fuerte avanzado, y a la distancia de un tiro de fusil, se encuentra la famosa Casa Blanca, que es una construcción enteramente aislada.

Frente a la parte sur de la línea y en dirección casi paralela, se extiende el Cerro del Cimatarío, el más alto de los que se hallan alrededor de Querétaro, y entre él y la ciudad está la pequeña colina de Caretas.

De este bosquejo se desprende que la parte poniente del Cerro de las Campanas se halla rodeada de una llanura abierta, y las demás partes de la línea de defensa se dominan más o menos desde las sierras cercanas, las cuales están en dirección casi paralela; de modo que la ciudad puede alcanzarse hasta con artillería ligera. La iglesia de San Francisco, que está en el centro de la ciudad y contigua a la Plaza Principal, se dispuso también para la defensa, instalándose en sus sótanos una especie de Arsenal o depósito de municiones. El Convento y

otros departamentos pertenecientes a la iglesia se arreglaron para hospitales.

De la ciudad salen cinco caminos, que se dirigen al oeste; el principal, por donde se esperaba la llegada del enemigo, está a la izquierda del Cerro de las Campanas y conduce al Pueblito; el segundo a Celaya, el tercero a San Juanico, otro a Carrillo y, por último, el camino real para San Miguel Allende.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

PLAN DE BATALLA DE LOS IMPERIALISTAS.
—AVANCE DE LOS JUARISTAS.—OFENSI-
VA DESISTIDA DEL EJERCITO IMPERIA-
LISTA.—CARTA DEL EMPERADOR A AGUI-
RRE.

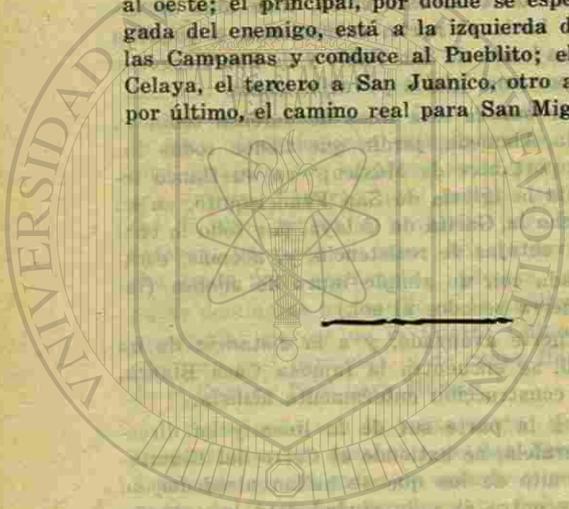
El 24 de febrero se verificó un Consejo de Guerra, presidido por el Emperador y en el cual tomaron participación los Generales Miramón, Márquez, Mejía y Vidaurri. Se acordó formar una Brigada de Reserva, mandada por el General Méndez, a las órdenes inmediatas del Emperador.

La distribución de esta Brigada era como sigue:

INFANTERIA.	
Cuerpo de Ingenieros	96 hombres.
Primer Batallón de línea	552 "
Tercer Batallón de línea	507 "
Total 1155 "	
CABALLERIA:	
1er. Regimiento de Caballería de la Emperatriz	456 hombres.
Escuadrón de Húsares Rojos	53 "
Escuadrón de Toluca	33 "
Gendarmería montada de México	20 "
Total 562 "	

otros departamentos pertenecientes a la iglesia se arreglaron para hospitales.

De la ciudad salen cinco caminos, que se dirigen al oeste; el principal, por donde se esperaba la llegada del enemigo, está a la izquierda del Cerro de las Campanas y conduce al Pueblito; el segundo a Celaya, el tercero a San Juanico, otro a Carrillo y, por último, el camino real para San Miguel Allende.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

PLAN DE BATALLA DE LOS IMPERIALISTAS.
—AVANCE DE LOS JUARISTAS.—OFENSI-
VA DESISTIDA DEL EJERCITO IMPERIA-
LISTA.—CARTA DEL EMPERADOR A AGUI-
RRE.

El 24 de febrero se verificó un Consejo de Guerra, presidido por el Emperador y en el cual tomaron participación los Generales Miramón, Márquez, Mejía y Vidaurri. Se acordó formar una Brigada de Reserva, mandada por el General Méndez, a las órdenes inmediatas del Emperador.

La distribución de esta Brigada era como sigue:

INFANTERIA.	
Cuerpo de Ingenieros	96 hombres.
Primer Batallón de línea	552 "
Tercer Batallón de línea	507 "
Total	1155 "
CABALLERIA:	
1er. Regimiento de Caballería de la	
Emperatriz	456 hombres.
Escuadrón de Húsares Rojos	53 "
Escuadrón de Toluca	33 "
Gendarmería montada de México	20 "
Total	562 "

Total de la Brigada: 1717 hombres con una batería de campaña.

El resto de las tropas se distribuyó de la manera siguiente:

Primera División: General Casanova.

Primera Brigada: General Manuel Escobar.

Batalión de reserva	261	hombres.
Segundo batallón de línea	772	"
	<hr/>	
	1033	"

Una batería de campaña.

Dos baterías de montaña.

2a. Brigada: Gral. Herrera y Lozada.

14° Batallón de línea	200	hombres.
Batallón de Querétaro	270	"
Guardia Municipal de México	461	"
	<hr/>	
	931	"

Una batería de campaña.

Dos baterías de montaña.

SEGUNDA DIVISION: General Severo del Castillo.

1a. Brigada: General Valdés.

Batallón de cazadores	308	hombres.
15° Batallón de línea	300	"
Batallón de Celaya	402	"
	<hr/>	
	1010	"

Una batería de campaña.

Dos baterías de montaña.

2a. Brigada: General Ramírez.

7° Batallón de línea	524	hombres.
12° Batallón de línea	341	"
	<hr/>	
	865	"

Una batería de campaña.

Dos baterías de montaña.

SERVICIO DE LA PLAZA DE QUERETARO.

Batallón de Zamora	228	hombres.
Compañía de San Juan del Río	43	"
Compañía de Huichapan	39	"
	<hr/>	
	310	"

Total general de la Infantería 4,129 hombres.

3a. DIVISION DE CABALLERIA: Gral Tomás Mejía.

1a. Brigada: General Gutiérrez.

4° Regimiento de caballería	475	hombres
5° Regimiento de Caballería	345	"
Rurales de la ciudad de México	100	"
Caballería del Comandante Garcés	125	"
Escuadrón de Ixnuquilpan	40	"
	<hr/>	
	1085	"

2a. Brigada: General Monterde.

6° Regimiento de Caballería	332	hombres
7° Regimiento de Caballería	94	"
9° Regimiento de Caballería	125	"
Lanceros de la Frontera	446	"
Escuadrón de la Barca	38	"
Escuadrón de Zamora	38	"
Escuadrón de Zinapécuaro	62	"
Escuadrón de Tajimaroa	71	"
Escuadrón de Anganguero	22	"
Escuadrón de Taretán	22	"
	<hr/>	
	1,250	"

3a. Brigada: Coronel Quiroga.
Regimiento de reserva 314 hombres.
En total, 2,649 soldados de caballería.

Ya el 23 de febrero los imperialistas tuvieron contacto con el enemigo, el cual, bajo el mando supremo de Escobedo, avanzaba de San Luis Potosí a San Miguel Allende, al mismo tiempo que un alud de divisiones republicanas, procedentes de distintas direcciones, iban reuniéndose a él, esparciéndose, también, bandas irregulares por todas partes, las que empezaron a rodear las avanzadas del ejército imperialista.

En virtud de estos acontecimientos, se comenzó a trabajar sin descanso en la organización y equipo de las tropas imperialistas, mientras se esperaban impacientemente los refuerzos de la Capital, para poder comenzar cuanto antes la ofensiva.

El Comandante general de la artillería, Manuel Arellano, hizo cuanto pudo por aumentar la producción de municiones, fabricándose diariamente, a pesar de los escasos elementos con que se contaba, 3000 balas de fusil y una cantidad considerable de balas de cañón.

El 28 de febrero se tuvo noticia de que 1000 jinetes de caballería enemiga se hallaban en San Miguel Allende, distante apenas 14 leguas de Querétaro, y que los afamados generales juaristas Corona y Régules se habían reunido, en Celaya, con las tropas de Michoacán y Jalisco.

Este era el momento preciso en que los imperialistas debían haber emprendido la ofensiva contra el enemigo que se aproximaba, atacándolo con todos los elementos disponibles, sin darle tiempo a que concentrara sus fuerzas, las cuales iban ille-

do, impetuosamente, de todas partes del país; toda vía en esos momentos era más numeroso el ejército imperialista, y, sobre todo, tenía en su favor muchos factores de importancia: su comando supremo, único y absoluto, en perfecto armonía con los jefes, lo cual eliminaba toda causa de rivalidad; mayor abundancia de parque, e, incontestablemente, tropas más aguerridas y mejores generales que los del contrario;—en el campo republicano, en cambio, crecía la semilla de la discordia entre los principales jefes, Escobedo, Corona y Treviño, a pesar de que el primero había sido nombrado por Juárez, General en Jefe, por lo que la legitimidad de su cargo no podía ponerse en duda por los demás; pero de todos modos, la discordia resta mucha fuerza a un ejército, y con frecuencia es inútil que coexistan con ella el valor de las tropas y la disciplina y pericia de los oficiales.

Si los imperialistas hubieran sabido aprovecharse de este momento precioso, que ofrecía para ellos ventajas incontestables; si no hubiesen dejado al enemigo tiempo para reconcentrarse y constituir la masa formidable de 40,000 hombres, que después rodeó por todas partes, como cingulo de acero, al ejército queretano; en tal caso, repito, hubiera sido muy distinta la suerte de las armas imperialistas.

Voy a tratar de explicar y de justificar, hasta cierto punto, estas fatídicas vacilaciones de los conservadores.

Como dije en otra parte, cuando el Emperador Maximiliano abandonó la Capital para ponerse al frente del ejército de Querétaro, dejó al Ministerio órdenes muy estrictas para que, a la mayor brevedad posible, le enviaran todas las tropas que aún

no estaban listas en el momento en que salió de México. El regimiento austriaco de húsares rojos y la artillería estaban destinados expresamente para este objeto. Pero a pesar de las órdenes tan reiteradas, y a causa de la negligencia de los Ministros para cumplirlas, nunca llegaron estos refuerzos, indispensables para emprender una ofensiva eficaz.

Hay que mencionar, también, la falta de recursos. Ya en los últimos días de febrero se hacía sentir la escasez de dinero.

Al salir de México el ejército, se llevaban únicamente 50,000 pesos, que, con las mayores dificultades, había suministrado el Ministerio de Hacienda. lo que prueba cuán erróneos eran los informes que se habían dado al Emperador respecto a la abundancia de los recursos existentes. Después se mandaron a Querétaro unos 29,000 pesos, en total. ¿Qué se habían hecho esos auxilios tan ponderados, soldados y elementos de guerra, que los imperialistas, con el partido clerical a la cabeza, habían prometido a Maximiliano, para que pudiera continuar la guerra, promesas todas que lo habían decidido a quedarse en el país?

Cuando el Emperador se hallaba en Orizaba, el señor Campos, después Ministro de México, le dio muchas seguridades en cuanto a que podía contar con elementos para la reorganización del ejército: pero la mayor parte de esos elementos eran falsos.

"El Ministerio y especialmente Campos, urdieron una trama de mentiras, cuyo resultado inmediato fué en no mandar el Regimiento de Húsares, ni la artillería, y solamente 29,000 pesos", son las palabras que el Emperador empleó en sus propias Memorias, escritas en Querétaro, lo que prueba suf-

cientemente la falta de escrúpulos que siempre caracterizó al Ministerio.

Así, pues, la infidelidad y celos recíprocos de los jefes del partido conservador, así como su falta de carácter, fueron las principales causas de su ruina.

En tales condiciones, ¿podía abandonar el ejército imperialista, aunque sólo fuese por corto tiempo, la única ciudad que podía protegerlo y suministrarle el alimento diario? ¿Podía abandonar esta importante plaza, que dominaba perfectamente el camino hacia la Capital, confiándola a una guarnición insuficiente, para ir a arriesgar el todo por el todo, exponiéndose a una derrota completa? En este último caso, hubieran cortado al pequeño ejército no solamente su retirada, sino también su única fuente de vida; si bien es cierto que le hubiera quedado libre el camino para huir por las montañas y dar por perdida su causa.

Teniendo presentes todas estas circunstancias, el ejército imperialista, en caso de extrema necesidad, podía abandonar su base de operaciones; pero todavía no había llegado el caso, y podía aguardarse el avance del enemigo, detrás de los muros de la ciudad. No se creía todavía que se estaba jugando la última carta.

El 1° de marzo, el Emperador se vió obligado a imponer a la ciudad un préstamo de 150,000 pesos, para remediar la crisis financiera; y la abnegada población de Querétaro, en lo general, se mostró bien dispuesta a cubrir el préstamo, tanto más, cuanto que era visible la falta de recursos del ejército y la sencillez y verdadera pobreza con que vivía el Emperador, cosa muy distinta de lo que sucedía en

tiempo de la Presidencia, cuando el dinero se despilfarraba en cosas inútiles, o iba a parar a bolsillos sin fondo, y debido, también, a la diligencia del General Vidaurri, nombrado por entonces Ministro de Hacienda. Con el nombramiento de Vidaurri, había hecho el Emperador una elección muy atinada, porque este General tenía gran talento para organizar, como después se pudo apreciar en la difícilísima situación en que se encontró el ejército.

El 4 de marzo estaba ya cubierta la mayor parte del préstamo impuesto el día primero.

Maximiliano había esperado inútilmente los refuerzos prometidos de México. Ahora bien, como el enemigo se iba aproximando cada vez más, en masas compactas, y podía, de un momento a otro, cortar la comunicación con la Capital, con gran peligro para las tropas imperialistas de refuerzo, vióse obligado el Emperador, el 2 de marzo, a mandar una orden a México, en virtud de la cual no debían mandarse todavía los refuerzos, pero sí el dinero, por medio de una letra de cambio. Esta orden era enteramente inútil, porque el Consejo de Ministros, haciendo traición a su causa, poco se preocupaba por cumplir con su deber.

El "Boletín de Noticias", órgano del Gobierno y el único periódico que se dió a luz en Querétaro durante el sitio, publicó ese mismo día una carta de Emperador al Ministro Aguirre, en la que habla de su idea preconcebida desde el principio, referente a un Congreso Nacional, y, al mismo tiempo, pone de manifiesto las nobles aspiraciones del Emperador: (1)

(1) Tomada del "Diario del Imperio", fecha 12 de abril de 1867. (N. del T.)

"Mi querido Ministro Aguirre:

"Como mi salida para Querétaro poniéndome al frente del recién formado ejército, podría interpretarse falsamente tanto en el país por personas malévolas, como en el exterior, por falta de conocimiento de causa, debida a las muchas calumnias que Nuestros enemigos diseminan con avidez sobre la conducta de Nuestro Gobierno, creo necesario bosquejar algunas observaciones que pueden servir de explicación y de guía en los difíciles momentos presentes.

"El programa trazado por Mí en Orizaba, después de haber oído la franca y leal expresión de los cuerpos consultivos del Estado, no ha cambiado para nada; siempre domina en Mí la idea del Congreso, como única solución que puede formar un porvenir duradero y una base para acercar los partidos que hacen la desgracia de nuestro infortunado país. Emití la idea del Congreso, que ya desde mi llegada al país nutría, luego que tuve la certidumbre de que ya podían reunirse los representantes de la nación, libres de influjos extranjeros. Mientras tanto que los franceses dominaban en los centros del país, no había posibilidad de pensar en un Congreso con deliberación franca. Mi ida a Orizaba apresuró la marcha de las tropas interventas, y así llegó el día en el cual ya se podía hablar abiertamente de un Congreso constituyente. Que no era posible dar antes tal paso, se mostró con evidencia en la acérrima oposición que las salientes autoridades francesas hacían a la idea emitida.

"El Congreso elegido por la nación, verdadera expresión de la mayoría y con toda la suma de poder y libertad, es el solo remedio capaz de concluir

"la guerra civil y de contener el tan triste derramamiento de sangre. Yo, Soberano y jefe, llamado por la nación, me sometí con gusto otra vez a la expresión de su voluntad, dominándome el más ardiente deseo de concluir así pronto la desoladora lucha: hacía más; me dirigía personalmente o por conducto de agentes fidedignos y leales, a los diferentes jefes que dicen pelean en nombre de la libertad y de los principios de progreso, para que ellos se sometieran, como Yo, al voto legítimo de la mayoría nacional. ¿Cuál era el resultado de estas negociaciones? Que los hombres que invocan el progreso no quisieron o no pudieron sujetarse a tal juicio, y que contestaron con el fusilamiento de leales y distinguidos ciudadanos, rechazando la mano fraternal que quería la paz entre los hermanos, o, mejor dicho, ellos, partidarios ciegos, dominar exclusivamente con la espada en la mano. ¿Dónde está, pues, la voluntad nacional? ¿De qué parte hay el deseo de verdadera libertad? La sola disculpa para ello es su propia ceguedad; así lo muestran los tristes acontecimientos que bajo tal bandera se cometen y claman al cielo: con ellos, pues, no se puede contar, y nosotros no tenemos ya más deber que obrar con toda energía para devolver cuanto antes la libertad a los pueblos, y que pueden entonces expresar libre y francamente su voluntad.

"Esta es la razón por la cual Yo mismo marché a esta ciudad apresuradamente, buscando por todos los medios posibles, restituir a Nuestras infelices comarcas la paz y el orden, y salvar al país una segunda vez de influjos extranjeros nocivos. Por el Oriente salen ya las bayonetas interventoras: es, pues, necesario llegar al deseado momen-

"to, de que otros influjos armados, directos o indirectos, no atenten a Nuestra independencia y a la integridad de Nuestra patria. Estamos en una hora suprema al presenciar que se comercia con Nuestra tierra. Es por lo mismo necesario buscar con todos los remedios el término de esta crítica situación, y librar a México de toda opresión, de cualquier lado que venga. Por último, un Congreso nacional resolverá de los destinos de México en cuanto a sus instituciones y forma de gobierno; y si esta reunión no tuviese lugar porque los que la procuramos sucumbiéramos en la lucha, siempre el juicio del país Nos concedería la razón, porque diría que habíamos sido los verdaderos defensores de la libertad; que nunca vendimos el territorio de la nación; que procuramos salvarla de una doble opresión interventora, y que de buena fé pusimos los medios de hacer triunfar el principio de la voluntad nacional.

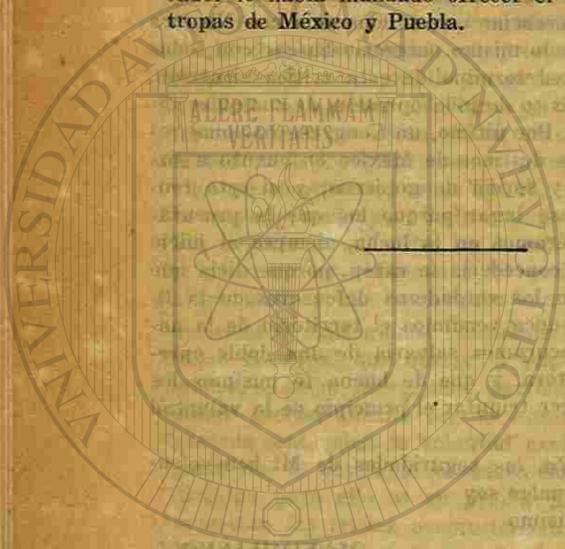
"Reciba Vd. las seguridades de Mi benevolencia, con las cuales soy
"Su afectísimo

MAXIMILIANO.

"Querétaro, marzo 2 de 1867."

La alusión que hace el Emperador acerca del mal éxito que habían tenido sus esfuerzos, se refiere principalmente a la misión del Sr. Bournouf cerca de Porfirio Díaz, el más sobresaliente de todos los partidarios del expresidente Juárez, y al cual había comisionado el Emperador para este objeto. El ánimo de conciliación que animaba a Díaz respecto a esta patriótica idea, la manifestó mandando fusilar al comisionado imperial, Don Juan Pablo Franco, y, además, en una carta que dirigió al Gobernador y

Comandante Militar del Tercer Distrito del Estado de México, declaró calumniosamente, que el Emperador le había mandado ofrecer el comando de las tropas de México y Puebla.



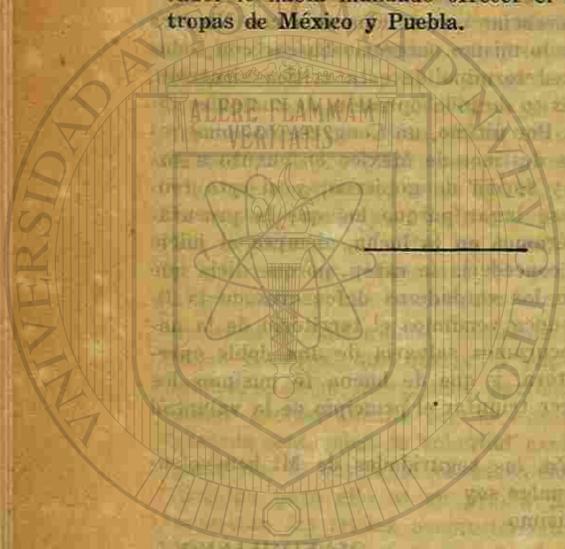
El 3 de marzo, los exploradores del ejército llevaron la noticia de que el General Escobedo, al frente de 2800 soldados de infantería y 2000 de caballería, con 18 cañones, había avanzado hasta San Miguel Allende; y que las tropas enemigas empezaban a reconcentrarse, también, a retaguardia de la ciudad, apoderándose de las poblaciones de San Juan del Río y Santa Catarina.

MOVIMIENTOS DE CONCENTRACION DE LOS JUARISTAS. — PRIMITIVA POSICION DE LOS IMPERIALISTAS. — LOS PRIMEROS ENCUENTROS. — CAMBIOS DE SITIO EN AMBOS EJERCITOS.

Mientras tanto, se trabajaba sin descanso en la fabricación de municiones, las que, desgraciadamente, no podían producirse en abundancia. Gracias a la labor incansable del Director de la Artillería, Arellano, pudo disponerse diariamente de 8090 balas de fusil y de 60 guarniciones de caballo. Estas últimas eran indispensables a fin de aumentar la facilidad de maniobrar de la artillería de campaña.

En la noche del 5 de marzo se supo que el grueso de las tropas enemigas se había reconcentrado en los caminos de Celaya y San Miguel, colocando, a la vanguardia, a Aureliano Rivera con 300 soldados de caballería, en el camino de Chichimequillas.

Comandante Militar del Tercer Distrito del Estado de México, declaró calumniosamente, que el Emperador le había mandado ofrecer el comando de las tropas de México y Puebla.



El 3 de marzo, los exploradores del ejército llevaron la noticia de que el General Escobedo, al frente de 2800 soldados de infantería y 2000 de caballería, con 18 cañones, había avanzado hasta San Miguel Allende; y que las tropas enemigas empezaban a reconcentrarse, también, a retaguardia de la ciudad, apoderándose de las poblaciones de San Juan del Río y Santa Catarina.

MOVIMIENTOS DE CONCENTRACION DE LOS JUARISTAS. — PRIMITIVA POSICION DE LOS IMPERIALISTAS. — LOS PRIMEROS ENCUENTROS. — CAMBIOS DE SITIO EN AMBOS EJERCITOS.

Mientras tanto, se trabajaba sin descanso en la fabricación de municiones, las que, desgraciadamente, no podían producirse en abundancia. Gracias a la labor incansable del Director de la Artillería, Arellano, pudo disponerse diariamente de 8090 balas de fusil y de 60 guarniciones de caballo. Estas últimas eran indispensables a fin de aumentar la facilidad de maniobrar de la artillería de campaña.

En la noche del 5 de marzo se supo que el grueso de las tropas enemigas se había reconcentrado en los caminos de Celaya y San Miguel, colocando, a la vanguardia, a Aureliano Rivera con 300 soldados de caballería, en el camino de Chichimequillas.

El Emperador Maximiliano, al tener conocimiento de estos movimientos de concentración del enemigo, al siguiente día dió orden de que todo estuviese dispuesto para la defensa.

A las 4 de la mañana del 6 de marzo, todo el ejército estaba formado en orden de batalla.

El centro de la línea estaba en el Cerro de las Campanas; la primera división de infantería formaba el ala izquierda, la cual se apoyaba, por la derecha, en el Cerro, extendiéndose, por la izquierda, hasta la Garita de Celaya. El Cerro estaba defendido por un batallón de reserva y una batería. La segunda división de infantería se extendía desde la derecha del Cerro hasta la Iglesia de San Gregorio, situada en la loma del mismo nombre.

Toda la línea de defensa formaba un ángulo de 110°.

A las cinco de la mañana se formaron en la plaza principal los batallones de reserva; pero un poco más tarde fueron cambiados a la Alameda.

Parte de la división de caballería estaba formada en la Plaza de ejercicios militares, cerca de la Alameda, y la otra parte en la Garita de Celaya.

En la tarde se pudieron distinguir perfectamente las nubes de polvo que levantaban, con su marcha, las filas enemigas. Como a las cinco de la tarde, el enemigo se posesionó de la haciendas de Jacal, San Juanico y Santa María, situadas en la llanura que está enfrente de la ciudad.

El ejército imperialista permaneció en esta posición el 7 de marzo; solamente el ala derecha fué extendida hasta la colima de San Gregorio.

A las cuatro de la mañana, la Brigada de Reserva se colocó en los Corrales, a la izquierda de la

Garita de Celaya, y la división de caballería se retiró a la Casa Blanca.

El anciano General Calvo tomó el comando del Convento de La Cruz, defendido por cuatro cañones, las Compañías de San Juan del Río, de Huichapan, de Zapadores y la de Preferencia, formada esta última de 60 oficiales de depósito, con magníficas carabinas.

Finalmente, los habitantes de la ciudad capaces de manejar las armas, formaron un cuerpo de voluntarios, que se colocó en las barricadas; y los habitantes del barrio de San Sebastián también pidieron las armas, para luchar por la causa imperialista, lo que al punto se les concedió.

El Emperador pasó la noche en el Cerro de las Campanas, donde durmió a cielo descubierto, como el último de sus soldados, desdeñando la tienda de campaña.

Considerando la gran importancia que tenía el Cerro de las Campanas, y su posición favorable, el 8 de marzo fué reforzado con el Batallón de Celaya y cuatro cañones más, colocados detrás de una trinchera.

A las nueve de la mañana se aproximó a la línea de defensa una división de caballería enemiga, para reconocer el terreno; pero fué rechazada con una pérdida de 10 hombres.

Algunos desertores llevaron la noticia de que, a causa del mal tratamiento y de la mala alimentación, era muy grande el descontento en las filas enemigas. La mayor parte se componía de "forzados." Dijeron que el ejército juarista contaba 20,000 hombres y 40 cañones.

Durante el resto del día se construyó un puen-

te sobre el río, a la derecha del Cerro de las Campanas.

Hacia el atardecer se reconcentró el enemigo cerca de San Pablo, a un lado de la sierra de San Gregorio, es decir, al norte de la ciudad, por lo cual se colocó la Reserva detrás del Cerro de las Campanas.

El 9 de marzo el enemigo continuó sus movimientos del día anterior. La primera división de infantería imperialista abandonó su posición entre el Cerro de las Campanas y la Garita de Celaya, línea de defensa una división de caballería enemiga, cuyas intenciones, a juzgar por sus movimientos, podían fácilmente adivinarse. La caballería imperialista buscó contacto con el ala izquierda del ejército, apoyándose en el puente. En éste se construyeron nuevas defensas, fortificándose también las bocacalles que daban al río, y en los techos de las casas circunvecinas se levantaron barricadas.

Este mismo día fué colocada la Reserva en la Plaza Principal; a las once de la mañana la infantería ocupó de nuevo sus cuarteles, mientras que la caballería iba a colocarse en la calle principal del barrio de San Sebastián.

A las seis y media de la mañana avanzó la caballería enemiga hasta delante de San Pablo, siendo rechazada, después de perder uno de sus principales oficiales.

Durante el curso del día, el regimiento de caballería del Coronel Quiroga emprendió un ataque contra la hacienda de Jacal, de la cual desalojaron al enemigo, volviendo después a la Casa Blanca.

(Fin de las memorias del Teniente Coronel Becker. Los informes siguientes están tomados de las relaciones del Teniente-Coronel Pitner).

La mañana del 10 de Marzo empezó con un tiroteo de las avanzadas de ambos ejércitos.

El Coronel Quiroga avanzó por la llanura que está delante del Cerro, con 600 hombres de caballería, y después de una escaramuza, volvió con un botín de 200 reses.

Cincuenta soldados de infantería, que fueron a proveerse de forraje en dirección de la Cuesta China, fueron atacados repentinamente por unos 150 jinetes enemigos, quienes los obligaron a retirarse en dirección del Convento de la Cruz. Llegaron allí en la tarde, sin haber sufrido pérdidas.

Ese mismo día, el enemigo cortó el hermoso acueducto que se dirige del Convento de La Cruz a la Cuesta China, y está hecho sobre grandes arcos. Esta medida tenía por objeto dejar sin agua a la ciudad; pero como ésta cuenta con muchos pozos de agua dulce, dicha medida no sufrió efecto.

Durante la noche hubo refriegas entre las avanzadas de ambos lados.

A las once de la mañana del día 11 de marzo, el General Méndez, con el Regimiento de la Emperatriz, el Escuadrón de Húsares y una parte de los lanceros, avanzó en dirección de la Garita de San Miguel, a la derecha del Cerro de las Campanas; reconoció las posiciones enemigas y volvió a la ciudad, sin más pérdida que un herido.

Como a la una y media de la tarde, los Exploradores imperialistas avanzaron hacia uno de los cortijos colocados delante del ala izquierda, desalojando a las avanzadas enemigas que allí se habían hecho fuertes. Acudieron en socorro del enemigo unos 400 soldados de caballería; pero estaban al alcance de la artillería del Cerro y algunos disparos certeros bastaron para rechazarlos.

A las dos de la tarde avanzó el General Miramón, con 1500 hombres, hacia la Cañada que corta el flanco derecho de la Cuesta China, para efectuar un reconocimiento contra los guerrilleros Carbajal y Miranda, que parecían querer establecerse en ese lugar.

A las siete de la noche volvió Miramón, llevando 55 reses, 200 cabras y carneros, 2 caballos y maíz para unas 4000 tortillas, todo lo cual había abandonado el enemigo cuando él se aproximó.

Desde las cinco de la tarde se notó un movimiento retrógrado en las dos alas del ejército enemigo.

La caballería de la división Mejía hizo prisioneros a un capitán enemigo, que estaba herido; era ciudadano de los Estados Unidos y ya había caído anteriormente en poder de los imperialistas; pero había sido perdonado, como lo fué nuevamente, por el Emperador.

Hay que hacer notar aquí que es falsa en lo absoluto la opinión, generalmente extendida, de que tampoco los imperialistas perdonaban la vida a los prisioneros, de acuerdo con la máxima observada en todas las guerras civiles de México: "Como tú te portas conmigo, yo me porto contigo." El Emperador, cuya magnanimidad era bien conocida, había dado la orden terminante, desde que se puso al frente del ejército, de perdonar la vida a los prisioneros. Esto dió por resultado que, durante todo el sitio de Querétaro, no se verificó ni una sola ejecución; y no sólo, sino que dicha orden se cumplió hasta el grado de que se perdonaba la vida a prisioneros escapados que volvían a caer en poder de los imperialistas. Todos los oficiales y soldados que se hicieron prisioneros en Querétaro fueron tratados con la mayor

benignidad, lo que debo proclamar muy alto para mayor gloria de los defensores de la ciudad, tanto más, cuanto que los que de ellos cayeron en poder del enemigo, fueron tratados con crueldad.

La famosa ley del 3 de octubre de 1865 había sido derogada por el Emperador desde el 22 de octubre del siguiente año, cuando se encontraba en la hacienda de Soquiapan, al hacer su viaje a Orizaba. Esta ley había regido durante algo más de un año y había sido aplicada con bastante benignidad por los mexicanos, pero con la mayor severidad y barbarie por parte de los franceses—se recordará, a este respecto, las crueldades ejemplares del General Dupain—hasta el grado de exigir a Maximiliano que sancionara esta ley que había expedido Bazaine, con el pretexto de que, ya que Juárez había abandonado el país en septiembre de 1865, había que remediar la situación de una manera radical, imponiendo un castigo enérgico a las bandas armadas que se levantaban en distintos puntos del país.

Indudablemente que el Consejo de Ministros tuvo mayor responsabilidad que el Emperador en la promulgación de esta ley, tanto más, cuanto que ellos le aconsejaron que la dictara, declarándola de todo punto necesaria. Así quedó en opinión del Soberano, puesto que dicha ley existía ya bajo Juárez, y de hecho estaba dirigida solamente contra aquellas gentes que se levantaban en armas y mantenían la revolución, con el único objeto de disponer a su antojo de vidas y bienes de la gente pacífica, y, amparados por la bandera de la libertad, podían robar a su gusto y con la mayor tranquilidad.

El 12 de marzo avanzó la Brigada del General Severo del Castillo en dirección de San Miguel, para reconocer todos los movimientos de flanco que ha-

hía ejecutado el enemigo en los días anteriores, reconoció también la colina de Alvarado, de poca elevación, y situada en el flanco derecho de los imperialistas. En el mismo momento, el General Mejía avanzó por la llanura del Cerro, para proteger el avance de su compañero.

Después de un tiroteo de varias horas, terminó felizmente el reconocimiento y las tropas volvieron a su sitio primitivo. En ese momento fué herido el Coronel Villasana, del Batallón de Cazadores.

En la tarde se observaron gruesas columnas enemigas que avanzaban a retaguardia de los imperialistas, a lo largo de la Cuesta China, y pareció que iban a emprender un ataque por ese lado.

Hasta entonces no se había registrado ningún combate de importancia, parecía como si ambos combatientes se temieran; pero era evidente que los juaristas buscaban un combate formal, para apoderarse de mejores posiciones; los imperialistas, que las tenían muy buenas, se limitaban principalmente a seguir con toda atención los movimientos del enemigo, para poder adivinar sus intenciones e impedir las a toda costa.

El 13 de marzo el enemigo cambió completamente su posición: en el frente de los imperialistas dejó unos cuantos destacamentos, mientras que el grueso de sus fuerzas se extendió a la Garita de San Miguel hacia el poniente, a lo largo de toda la sierra de San Gregorio, hasta la Cuesta China, rodeando a la ciudad en forma de semicírculo. Desde el principio se había previsto que el enemigo había de tomar esta posición, altamente favorable para él, para poder amenazar a la plaza tanto de las alturas que no habían sido guarnecidas y desde las cuales podía dominarse muy bien, como de la llanura, que

ofrecía algunos puntos de refugio, en los corrales esparcidos aquí y allá.

En vista de esto, el Emperador cambió su Cuartel General del Cerro de las Campanas al Convento de la Cruz.

Como consecuencia de los cambios de posición que habían efectuado las fuerzas republicanas, el puente fortificado que une la ciudad con los arrabales quedó en el centro del ejército imperialista, cuya ala izquierda se apoyaba en el Cerro de las Campanas, mientras que el ala derecha tenía su punto de apoyo en el Convento de la Cruz. El flanco de retaguardia lo cubría la división de caballería del General Mejía, entre la Alameda y la Casa Blanca.

En el centro mandaba el General Castillo, el ala izquierda la mandaba Miramón, el ala derecha el General Méndez y la Brigada de Reserva el General Márquez, a las órdenes inmediatas del Emperador.

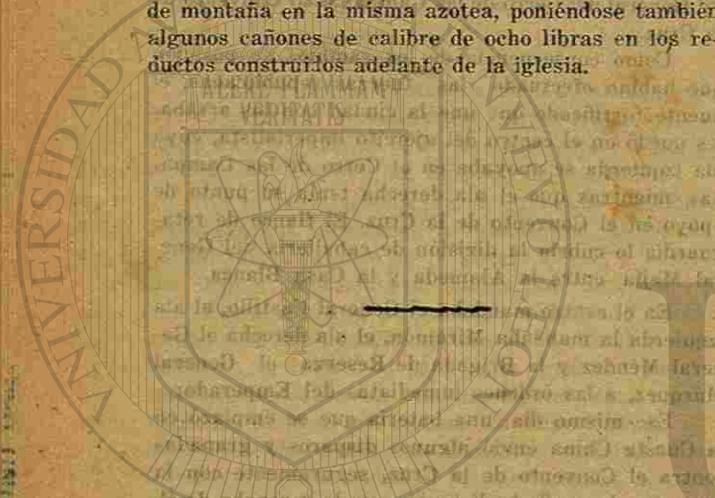
Ese mismo día, una batería que se emplazó en la Cuesta China envió algunos disparos y granadas contra el Convento de la Cruz, seguramente con la intención de medir la distancia que lo separaba de él.

Como antes lo hice notar, la sólida construcción del Convento lo hacía adecuado para una resistencia vigorosa; pero tenía el inconveniente de exigir, para su defensa, una guarnición numerosa con relación a las fuerzas de que disponían los imperialistas.

Parece que por esta circunstancia se abandonó el Panteón situado frente a la parte poniente del Convento, obrando así contra la orden del Emperador. Esta omisión, como después se verá, tuvo consecuencias desfavorables para los imperialistas.

Los batallones 1º y 3º de la Brigada Méndez se destinaron para la defensa del Convento, mientras que la Compañía de Zapadores y 40 austriacos de la

Guardia Municipal de México, mandados por el Capitán Linger, ocuparon las azoteas de la iglesia, perfectamente parapetados. Después se colocó un cañón de montaña en la misma azotea, poniéndose también algunos cañones de calibre de ocho libras en los reductos construídos adelante de la iglesia.



IV.

EL 14 DE MARZO — MISION DEL GENERAL MARQUEZ. — EL 24 DE MARZO.

El 13 de marzo y la noche siguiente pasaron bastante tranquilas. En la mañana del 14, emprendieron los juaristas un ataque enérgico, dirigido tenazmente contra las posiciones de los imperialistas, el cual terminó a las seis de la tarde, con la retirada general a sus posiciones.

Los informes oficiales dan a conocer esta primera batalla, como de importancia secundaria.

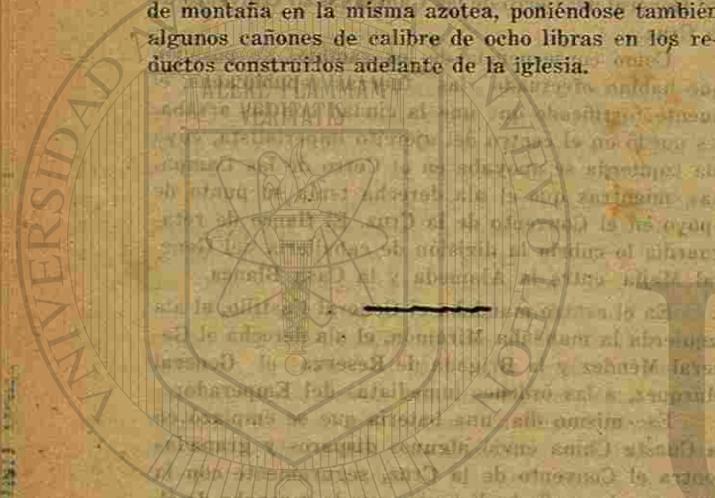
A las nueve y media de la mañana del 14 de marzo, las baterías enemigas de la Cuesta China dieron la señal de ataque, que emprendió su caballería, avanzando en gruesas columnas por el camino de Puéblito, hasta posesionarse de la hacienda de Jacal, situada cerca de la Garita del Pinto, al sudoeste de la ciudad.

La Garita del Pinto servía de Cuartel General a nuestra división de caballería.

La primera Brigada de caballería, a las órdenes inmediatas del General Mejía, sin pérdida de tiempo se lanzó contra el enemigo, deteniéndolo en su avance y obligándolo, en pocos momentos, a abandonar el terreno ganado. Este ataque fué brillantemente dirigido y condujo a nuestros jinetes hasta las posiciones enemigas, que se hallaban cerca de La Estancia.

CAPITULO V. MISION DEL GENERAL MARQUEZ.

Guardia Municipal de México, mandados por el Capitán Linger, ocuparon las azoteas de la iglesia, perfectamente parapetados. Después se colocó un cañón de montaña en la misma azotea, poniéndose también algunos cañones de calibre de ocho libras en los reductos construídos adelante de la iglesia.



IV.

EL 14 DE MARZO — MISION DEL GENERAL MARQUEZ. — EL 24 DE MARZO.

El 13 de marzo y la noche siguiente pasaron bastante tranquilas. En la mañana del 14, emprendieron los juaristas un ataque enérgico, dirigido tenazmente contra las posiciones de los imperialistas, el cual terminó a las seis de la tarde, con la retirada general a sus posiciones.

Los informes oficiales dan a conocer esta primera batalla, como de importancia secundaria.

A las nueve y media de la mañana del 14 de marzo, las baterías enemigas de la Cuesta China dieron la señal de ataque, que emprendió su caballería, avanzando en gruesas columnas por el camino de Puéblito, hasta posesionarse de la hacienda de Jacal, situada cerca de la Garita del Pinto, al sudoeste de la ciudad.

La Garita del Pinto servía de Cuartel General a nuestra división de caballería.

La primera Brigada de caballería, a las órdenes inmediatas del General Mejía, sin pérdida de tiempo se lanzó contra el enemigo, deteniéndolo en su avance y obligándolo, en pocos momentos, a abandonar el terreno ganado. Este ataque fué brillantemente dirigido y condujo a nuestros jinetes hasta las posiciones enemigas, que se hallaban cerca de La Estancia.

CAPITULO V. MISION DEL GENERAL MARQUEZ.

Las pérdidas que tuvo el enemigo en este primer combate, consistieron en 60 prisioneros (erróneamente dice 600 en el original) y más del doble entre muertos y heridos.

Al volver a su posición la Brigada de caballería, fué atacada vigorosamente la parte norte de la ciudad, contra la cual lanzó el enemigo grandes masas de infantería; éstas, ayudadas por numerosa artillería, y no encontrando resistencia, se dirigieron a los cerros de San Pablo y San Gregorio, para subir su pendiente sur y forzar el paso del río que separa a la ciudad del barrio de San Sebastián. Por espacio de varias horas se entabló en esta línea un combate de lo más reñido, durante el cual las columnas enemigas, rechazadas por varias veces, se reunían de nuevo en lo alto de las cimas, para volver sin cesar al ataque.

Pero ni el número considerable de soldados ni el valor que éstos desplegaron permitieron al enemigo apoderarse de dicha posición, defendida por las divisiones Castillo y Casanova, cuyos valientes soldados, respondiendo a aquel espantoso ataque, saltaron por encima de los parapetos, lanzándose en persecución del enemigo y apoderándose de un cañón rayado y de gran cantidad de prisioneros y heridos.

Durante esta lucha sangrienta, las baterías del Cerro de las Campanas estuvieron haciendo fuego con una precisión admirable.

En estos momentos angustiosos, se emprendió un ataque formidable contra el Cuartel General del ejército imperialista, que estaba en el Convento de La Cruz, protegido por una parte de la Brigada de Reserva; y aprovechándose el enemigo de todas las ventajas que le proporcionaba el terreno, avanzó en gruesas columnas hasta los edificios cercanos al Pan-

teón y hasta las paredes mismas del Cementerio. El ataque fué dirigido desde la altura de San Francisquito, con un batallón de infantería y dos cañones, y del llano de Carretas, que está entre la parte sur de la ciudad y la falda del Cimatarío, con cuatro poderosas columnas de caballería, protegidas por igual número de cañones.

En virtud de este ataque, la Alameda y toda la parte sur de la ciudad estaban terriblemente amenazadas, al mismo tiempo que el que se dirigía contra La Cruz continuaba de lo más terrible. Simultáneamente, el enemigo destacó una de las cuatro columnas de caballería situadas en el llano de Carretas, sobre la falda del Cimatarío, para caer sobre nuestra caballería, que amenazaba, desde la Casa Blanca, el flanco izquierdo del enemigo.

Inmediatamente se entabló un reñido combate en la falda de dicho Cerro, cuando el General Miramón, que ocupaba la Alameda con infantería y caballería, protegió el ataque de nuestra caballería y se lanzó contra la del enemigo, situada a su izquierda, en San Francisquito. Otros tres vigorosos ataques de la guarnición de La Cruz desalojaron al enemigo del Panteón, del Cementerio y de todos los edificios adyacentes, obligándolo, finalmente, a la más precipitada fuga.

La batalla había terminado. El enemigo, después de haber sufrido grandes pérdidas, se retiró a sus posiciones primitivas.

Nuestros soldados emprendieron su persecución, volviendo al poco rato con el trofeo de la victoria.

¡Gloria al Emperador, cuya admirable entereza ante el peligro sorprendía aun a los más valientes! ¡Gloria al valeroso ejército, que tan brillantemente defendió sus posiciones!

Como complemento del anterior informe oficial, puede servir la siguiente relación del oficial del Estado Mayor, Pitner, al Soberano. En muchos puntos está más detallada que el informe precedente.

La noche anterior, como la mañana del 14 de marzo, transcurrieron sin novedad.

A las nueve y media de la mañana, el enemigo rompió el fuego y empezó el ataque a la ciudad.

Escobedo mandaba el ala derecha y el centro de las tropas enemigas, y el ala izquierdo la comandaban Corona y Régules. El total de las fuerzas enemigas puede evaluarse, en aquel día, entre 20 y 25,000 hombres, 9,000 de éstos, a las órdenes de los citados Generales Corona y Régules, intentaron apoderarse de todas las entradas de la ciudad que rodeaban al Convento de la Cruz, destrozando nuestra ala derecha; al mismo tiempo, Escobedo, con unos 6000 hombres y poderosa artillería, atacaba el centro y el punto de apoyo de nuestra ala izquierda, el Cerro de las Campanas.

Después de ocho horas de reñida lucha, el enemigo había sido rechazado por todas partes.

El batallón de cazadores que mandaba el Coronel Príncipe de Salm-Salm penetró en el barrio de San Luis, a las cuatro y media de la mañana, apoderándose de un cañón rayado, unos carros de municiones y guarniciones de caballo. Durante esta acción, el Mayor Victoria, de dicho batallón, fué herido ligeramente de un sablazo. Las tropas avanzaron todavía más, matando cuanto enemigo encontraban en el camino, entre ellos de 60 a 80 disidentes, que se habían escondido en las casas de uno y otro lado de la calle.

El Cementerio perteneciente al Convento de La

Cruz había quedado sin guarnición, a pesar de haber ordenado lo contrario el Soberano, y fué tomado por el enemigo durante esta acción. El fuego que partía del Cementerio tomado, causaba considerables pérdidas a los soldados situados en los Corrales y en las azoteas del Convento, por lo que se hizo necesario volvernos a posesionar de dicho edificio, mediante una carga a la bayoneta.

Esta empresa fué llevada a cabo por el valentísimo Teniente-Coronel Juan de Dios Rodríguez, del primer Batallón de línea, quien, al frente de dos compañías, se precipitó como una tromba sobre el enemigo, y fué herido muy gravemente.

Al mismo tiempo, el General Márquez, espada en mano y a la cabeza de dos compañías del tercer batallón de línea, ejecutó igualmente una salida, arrojándose sobre el enemigo que tenía delante, rechazándolo y volviendo después con varios prisioneros, entre ellos un capitán americano. (En México se designa a los ciudadanos de los Estados Unidos simplemente con el nombre de "americanos.")

El capitán de una de las compañías que habían tomado parte en esta salida, en medio de los más entusiastas vivas de las tropas, suplicó a Su Majestad que aceptara, como presente del tercer batallón de línea, un rifle de dieciséis tiros que había sido tomado al enemigo.

Todas las tropas habían hecho más o menos prisioneros al enemigo y hay que hacer notar, que los dos primeros oficiales enemigos que cayeron en nuestro poder, eran americanos.

Ese mismo día, Su Majestad se sirvió condecorar al Teniente-Coronel Rodríguez y al Mayor Victoria, que se hallaban heridos, con la Cruz de Caballero del Águila Mexicana.

Durante todo el tiempo que duró aquella acción, el Emperador se encontraba en el núcleo de fuego de la artillería, y una granada estalló, a diez pasos de él, junto a un grupo numeroso de hombres y caballos. No causó ningún daño.

A las cinco y media de la tarde, cuando el fuego hubo cesado por todas partes, Su Majestad montó a caballo y pasó revista a las tropas, recorriendo toda la línea exterior. Al llegar al centro, el enemigo, que notó los constantes vivas que las tropas lanzaban al Emperador, envió una lluvia de balas y granadas a esta parte, pero sin que hubieran podido hacer daño.

Las pérdidas que tuvimos en esta jornada memorable, se estiman en cerca de 350 hombres, entre muertos y heridos. El enemigo debe haber perdido, según datos dignos de crédito, unos 1800 hombres entre muertos, heridos y dispersos. Seguramente que en los siguientes días, muchos individuos, forzados en su mayor parte, se aprovecharon de aquella ocasión para desertar e irse cada uno a su tierra.

Finalmente, hay que hacer notar que la división de caballería, a las órdenes del General Mejía, también emprendió un ataque, a las 11 de la mañana; alcanzó buen éxito, porque consiguió poner en fuga al enemigo, causándole gran número de muertos y heridos y haciéndole 60 prisioneros.

Los informes del enemigo acerca del combate del 14 de marzo, atribuyen el triunfo a las armas republicanas, lo que no es de extrañarse, porque la mayor parte de sus narraciones están llenas de las mentiras más absurdas y de las más estúpidas pretensiones. Una de ellas es, que San Gregorio estaba en poder de los imperialistas, los cuales se habían atrincherado perfectamente allí, y que los juaristas

se apoderaron de dicha posición, haciendo prodigios de valor, y capturando también, según declaraciones de Escobedo, 10 cañones, 600 prisioneros y gran cantidad de material de guerra. A decir verdad, San Gregorio nunca fué defendido, ni tampoco se pudo pensar en ello, por las razones que anteriormente expuse.

En lo que respecta a esta batalla, nada he agregado a los informes oficiales, porque se ajustan enteramente a la verdad.

El día 15 de marzo, exceptuando unos cuantos cañonazos y el tiroteo que se cambió entre las avanzadas de ambos ejércitos, transcurrió sin nada que sea digno de mención.

El día 16 debía efectuarse un ataque a las posiciones enemigas. Con este objeto, a las cuatro de la mañana se dirigió el Emperador al Cerro de las Campanas y de allí al centro del ejército, situado en el puente.

Sin embargo, la acción no se verificó; fracasó a causa de la negligencia e incapacidad de los Generales Casanova, Escobar y Herrera Lozada. En consecuencia de esto, el Emperador puso al Coronel Príncipe de Salm-Salm al frente de la Brigada de infantería, al General Méndez confirió el mando de la División del General Casanova, y el favorito imperial, Coronel Miguel López, que se hizo después tan célebre, tomó el mando de la Brigada de Reserva. Todos estos cambios se verificaron el 20 de marzo. En lugar del Príncipe de Salm-Salm, fué nombrado el Mayor Pitner, Comandante del batallón de cazadores.

Los días 17 y 18 de marzo transcurrieron sin incidente. Parecía que los juaristas se estaban rehaciendo de los reveses sufridos y que organizaban

sus tropas; de cuando en cuando se cambiaban algunos cañonazos por ambas partes, sucediéndose tiroteos sin importancia.

Todo el día 19 fué bombardeado el Convento de La Cruz, sin ningún éxito.

El 20, víspera del Santo del Presidente Benito Juárez, esperaban los imperialistas un ataque de los republicanos, pensando que éstos querían darle Querétaro de cuelga. Pero el día transcurrió completamente tranquilo, excepto un débil cañoneo.

El día 21 empezó con un vigoroso bombardeo de la ciudad, bombardeo que, probablemente, constaba como número del programa de la fiesta de ese día. Poco después se escucharon las bandas de música que tocaban en el campamento enemigo, y parece que sólo trataron de divertirse, pues el ataque esperado no se verificó.

(Aquí terminan las memorias del Mayor Pitner.)

Durante estos últimos días le llegaron al enemigo muchas tropas y material de guerra, y entonces pudo contar, para el sitio, con una fuerza de 30,000 hombres, cuando menos.

Los imperialistas, a causa de su número completamente insuficiente, habían tenido que resignarse a la expectativa, y cada vez se hallaban en una situación más difícil. En efecto, los refuerzos que se esperaban de México, tropas, artillería y dinero, se habían aplazado al principio, y después, a causa del peligro inminente de que cayeran en poder del enemigo, se había tenido que desistir de su envío. Todo esto era consecuencia de la pereza e indiferencia de las personas de confianza que el Emperador había dejado en México, quienes demasiado cuidaban de sí mismas y no mucho de que se acatasen

las órdenes del Soberano, cediéndole una parte de la guarnición de la Capital.

Los imperialistas debieron haber emprendido una vigorosa ofensiva en Querétaro y abandonar esa malograda defensiva, cuyo resultado final de ningún modo podía ser satisfactorio, como ellos mismos lo sabían. Haciendo a un lado todo lo demás debieron haber reconcentrado grandes fuerzas en Querétaro, que era el punto capital de la situación y desde allí poner en jaque al enemigo.

En México quedaban todavía de 10 a 12,000 hombres de tropas frescas, y aun cuando la ciudad no podía quedarse sin guarnición, bien podía desprenderse de una parte de sus fuerzas, sin que tuviera que temer mucho, porque todavía tenía delante de sí a la ciudad de Puebla, bien defendida por 5000 hombres, la cual servía de último obstáculo a avance de las tropas del inteligente General juarista Porfirio Díaz.

Tomando en cuenta todas estas circunstancias el Emperador, de acuerdo con sus generales, resolvió mandar a la Capital un plenipotenciario, para que tomara de ahí una parte de la guarnición y acudiera inmediatamente en auxilio del Soberano, y de este modo se pudiera emprender una ofensiva enérgica contra el enemigo.

El General Don Leonardo Márquez, que era de más edad y el que gozaba de mayor influencia cerca del Emperador, fué el comisionado para el desempeño de esta difícil misión. Investido de los más amplios poderes, debía salir de la plaza el 22 de marzo, acompañado de los irregulares pero excelentes dragones del Coronel Quiroga, y dirigirse a México a marchas forzadas. En lugar de Márquez fué nombrado el General Severo del Castillo, uno

de los mejores del ejército imperialista, Jefe de Estado Mayor Imperial.

Uno de los poderes conferidos a Márquez era el de destituir al Cuerpo de Ministros, que tan inhábil se había portado, y nombrar otro, a cuyo frente debía figurar el General Vidaurri, al mismo tiempo que Aguirre debía ser el Ministro de Gobernación. Vidaurri debía formar parte de la expedición de Márquez.

A fin de reconocer el terreno y encontrar el punto favorable por donde pudieran escapar Márquez y la caballería de Quiroga, y tomar el camino de la Capital, el 22 de marzo emprendieron una ofensiva los imperialistas contra la hacienda de San Juanico, situada en el llano que está delante del Cerro de las Campanas.

La columna de operaciones, al mando del General Miramón, se componía del Batallón de la Guardia Municipal de México, del Batallón de Cazadores y Tiradores, con dos cañones de campaña y dos de montaña, el Regimiento de Caballería de la Emperatriz, el 4.º Regimiento de Lanceros y el Cuerpo de Dragones de Quiroga.

La división de cazadores desalojó de la hacienda a la caballería enemiga, al mismo tiempo que los dragones de Quiroga trataban de cortar la retirada, mediante un movimiento de flanco. Mucho trabajo costó a los juaristas escapar de la derrota. Como se les había sorprendido casi dormidos, abandonaron gran cantidad de víveres, muchas armas, municiones, sillas de montar y otras varias cosas. El botín de los imperialistas consistió en 22 carros de víveres y 500 cabezas de ganado de todas clases.

Márquez, después de haberse asegurado que la parte sur de la ciudad estaba todavía libre de

enemigos, partió en esa dirección, la noche del 2 de marzo, acompañado del Coronel Quiroga y de sus 300 dragones.

En espera de próximos refuerzos, las tropas juaristas se prepararon nuevamente para una ofensiva enérgica, que, en esta vez, debía dirigirse principalmente contra la parte sur de la ciudad, como punto más débil.

Yo tuve ocasión de observar este interesante combate desde el techo de una de las casas situadas cerca de la línea de fuego. Los refuerzos que iban llegando se componían de unos 7000 soldados de infantería, distribuidos en varios batallones, y procedían de los Estados de Guerrero y México; entre ellos se contaban dos batallones de los famosos pintos. Era muy digna de verse la prisa con que los juaristas los conducían al combate, sin darles un momento de descanso: casi me inclino a creer que querían evitar que estas tropas frescas, valientes y entusiastas, entrasen en comunicación con sus desmoralizados compañeros, a fin de que no se contaminasen del desaliento que reinaba en las tropas republicanas, desaliento que se debía, según informes de los desertores, a los repetidos reveses que habían sufrido en el campo de batalla.

Quiero reproducir el informe oficial, el cual, con la mayor fidelidad, narra los acontecimientos que en estos días marcaron un brillante triunfo de las armas imperialistas. (1)

"La lección dura y sangrienta que recibió el

(1) En la imposibilidad de encontrar el original castellano, ha sido traducido del alemán, como todos los demás informes oficiales contenidos en esta obra. (N. del T.)

"enemigo el 14 de marzo, da a conocer el escaso valor que tienen el poder militar y las mejores posiciones, cuando se lucha contra un enemigo moralmente fuerte, lleno de entusiasmo y de patriotismo.

"El enemigo, escarmentado por los sucesos de aquel día memorable, se limitó a tiroteos aislados sin importancia alguna. Esto probaba la poca fuerza y la desmoralización de sus tropas, que siempre fueron vencidas por nuestros leales y valientes soldados.

"El 23 de marzo, alentado sin duda por los considerables refuerzos que recibió durante ese día procedentes de los Estados de México, Puebla y Guerrero, el enemigo dió señales de vida y se resolvió a probar nuevamente su fortuna. (Estos refuerzos llegaron exactamente el día 24.)

"Considerando fácil tomar toda la línea sur de la ciudad, donde no se había construido ninguna clase de fortificaciones, y cuya defensa se había confiado únicamente a nuestra caballería, a las 8 de la mañana del 24 de marzo hizo descender numerosos batallones de la Cuesta China, protegidos por poderosas columnas de caballería y 2½ batallas, y comenzaron a extenderse desde la falda del Cimatario hasta la altura de la Garita del Pueblito, Cuartel General de nuestra división de caballería.

"El movimiento emprendido por el enemigo, con la visible intención de cortar a la ciudad toda comunicación con el exterior, hacía esperar, también otro ataque a nuestra débil línea sur, donde tal vez creía encontrar escasa ó ninguna resistencia.

"Pero Su Majestad el Emperador, que comprendió la importancia que tenía el movimiento que se

"dirigía desde el Cimatario, se apresuró inmediatamente, con una maestría y exactitud admirables, a dictar las órdenes conducentes a contrarrestar los esfuerzos del enemigo, el cual iba reforzando cada vez más sus tropas de ataque, quitando fuerzas de su línea norte, y haciéndolas avanzar impetuosamente por la Garita de Pueblito, para desalojar de allí a nuestra caballería, tomar después la garita de Celaya, y, por último, cortar nuestras comunicaciones con el exterior.

"El ataque no se dejó esperar mucho tiempo. Poderosas columnas de infantería, protegidas por la caballería y por el fuego de 20 cañones, cerca de las dos de la tarde comenzaron a subir, unos, en dirección de la Casa Blanca; los demás, tomando la línea que está entre esa hacienda y la Alameda, y que el General Miramón defendía con sus tropas. Pero tanto este valiente general, como el intrépido Méndez, con una calma y una sangre fría verdaderamente admirables, dejaron que las columnas enemigas se aproximaran a suficiente distancia, abriendo entonces un nutrido fuego concéntrico contra ellas.

"El enemigo, que había avanzado hasta ese momento como un alud, hizo alto, diezmado por nuestro fuego, y comenzó a retirarse; pero el estrago que hacía en sus filas una lluvia de metralla, unido al ataque oportuno de nuestra caballería, lo obligaron a emprender precipitada fuga.

"Gran cantidad de muertos y heridos y más de 200 prisioneros, entre los que se contaban buen número de oficiales, fueron los resultados de este brillante triunfo que obtuvo nuestra caballería en esos momentos preciosos.

"Un poco más tarde, el enemigo inició un nuevo

"y más terrible ataque contra las posiciones de la Casa Blanca; pero fué nuevamente rechazado, con gran valor y audacia, por los dignos Generales Miramón y Méndez, los cuales, por sus heroicas hazañas, conquistaron para sí y para nuestros entusiastas batallones la gloria de la inmortalidad.

"La victoria coronó al fin nuestras armas.

"Cuatro batallones, 800 jinetes y una batería, de la que se sirvieron maravillosamente nuestros bravos artilleros, alcanzaron en esta brillante batalla un triunfo completo sobre más de 15,000 enemigos, quienes, confiados en su mayor poder número y en sus formidables posiciones, se atrevieron a provocar un combate con nuestros valientes soldados.

"El 24 de marzo de 1867 será siempre un día de júbilo para el ejército imperialista, el cual, entusiasta, confiado y lleno de fé en la causa que defiende, dió pruebas palpables e indiscutibles, en este día memorable, de su fuerza moral, de su disciplina y de su valor. La Patria, por su parte, tiene mucho qué agradecer al arrojo y a la abnegación de sus hijos, y los nombres de los Generales Mejía, Miramón y Méndez, así como los de tantos otros dignos jefes y oficiales de nuestro ejército, serán siempre, para México, un timbre de gloria imperecedera.

"Mientras se verificaba este reñido y sangriento combate en la parte sur de la ciudad, el Cuartel General, en La Cruz, fué atacado por una columna enemiga, la cual, protegida por el fuego de su artillería, intentó, inútilmente, aproximarse a nuestras posiciones.

"S. M. el Emperador, cuya presencia de ánimo y valor envidiables son tan bien conocidos del

"ejército, desafió constantemente el peligro de este ataque, y la Providencia lo ha librado de una granada que estalló a tres pasos de su Augusta Persona. Indudablemente, el Cielo lo resguarda para el lustre y felicidad de nuestra desventurada patria."

El informe oficial calla respecto a las pérdidas de los imperialistas. Consistieron éstas, según las listas, en unos 90 muertos y heridos.

A pesar de que el éxito de las armas imperialistas había sido decisivo el 24 de marzo, sin embargo no se pudo evitar que los juaristas se posesionaran de las pendientes del Cimatarío, completándose así el bloqueo de la Ciudad tan completamente, que se hizo imposible toda comunicación con el exterior, y menos de romper el sitio.

El enemigo reconoció la importancia de la posición conquistada, que le permitía recibir considerables refuerzos, sin tener que debilitar mucho sus demás posiciones; y acondicionó muy bien estas pendientes, de paso tan accesible y cuya parte superior está cubierta de vegetación, construyendo una triple línea de defensas, que armó con la mitad de toda su artillería, constituyendo un puesto magnífico de observación.



VII.

EL EMPERADOR CONDECORADO POR SU EJERCITO.—SU VIDA PRIVADA.—SUS MEMORIAS.

Durante los días transcurridos del 24 al 30 de marzo, no hubo ningún combate de importancia, a excepción de algunos pequeños tiroteos que se cambiaron por ambas partes, tanto de fusil como de artillería, si bien estos últimos nunca tomaban un carácter serio, a causa del pequeño número de cañones que tenían ambos contrincantes.

En la tarde del 30 de marzo se verificó un reparto de condecoraciones entre aquellos oficiales y soldados que más se habían distinguido en los últimos combates, y dicho reparto lo efectuó el Emperador en persona, quien sabía dirigir hasta al más humilde de sus soldados, las más conmovedoras palabras de aliento y esperanza.

No fué de ninguna manera una ceremonia pomposa, como se hubiera verificado, por ejemplo, en las grandes naciones de Europa, donde existe la más rigurosa etiqueta y una escrupulosa exactitud militar. Pero los valientes de Querétaro no estaban en este caso, ni desplegaban magnificencia alguna; por el contrario, su miseria y privaciones se traslucían en sus rostros y en sus gastados uniformes, hechos pedazos, si bien su continente era elevado y digno

Todos tomaron parte en esta festividad conmovedora que alcanzó su nota más excelsa en el momento en que los generales presentes, presididos por Miramón, y en medio de los entusiastas vivas de las tropas, dirigieron en nombre del ejército, una fogosa alocución al sorprendido Emperador, suplicándole se dignase llevar sobre su pecho la medalla honorífica con la que él premiaba las heroicas virtudes de sus soldados.

Entonces Miramón colocó la medalla de bronce del mérito militar en el pecho del monarca. Este hondamente conmovido, abrazó a sus generales, y en pocas, pero expresivas palabras, les dió las gracias por aquella distinción.

La "Medalla del Mérito Militar" tenía en su anverso la efigie del Emperador, y en su reverso las palabras "Por el Mérito Militar", y era la adoptada para premiar el valor, tanto de los oficiales como de los simples soldados.

Un poco después, el 10 de abril, con motivo de la fiesta celebrada para conmemorar el aniversario de la exaltación al trono, se entregó al Emperador un soberbio diploma, que rezaba de la siguiente manera:

"Señor:
"El ejército mexicano que a las inmediatas órdenes de V. M. defiende la plaza de Querétaro, representado por los Generales que suscriben, pide a V. M. que se digne honrarlo una vez más, llevando al pecho, desde hoy, la medalla del Mérito Militar.

"V. M. premia con esta honrosa condecoración los servicios distinguidos de los Generales, Jefes, oficiales y soldados, que, en cumplimiento de sus más sagrados deberes, no hacen hoy otra cosa que

"imitar el heroico valor, el constante sufrimiento y la singular abnegación de V. M.

"Jamás Soberano alguno, en las circunstancias de V. M., descendió desde la altura del trono a vivir en medio del peligro, asimilándose con el soldado cuyas privaciones y desnudez no tienen semejantes en el mundo, soldado a quien V. M. ha sabido dar notables ejemplos de arrojo, de patriotismo y de sufrimiento.

"La Nación que procura salvar y engrandecer a V. M., y la historia severa e imparcial, harán muy pronto cumplida justicia al Emperador de México. "El ejército, por su parte, contando con el beneplácito de V. M., le condecora con la Medalla del Mérito Militar.

"CUARTEL GENERAL EN QUERETARO,
Marzo 30 de 1867.

"A SU MAJESTAD:

"El General de División en Jefe de la Infantería: Miguel Miramón.—Rúbrica.

"El General de División en Jefe de la Caballería: Tomás Mejía.—Rúbrica.

"El General de Brigada, Jefe de Estado Mayor: Severo del Castillo.—Rúbrica.

"El Gral. de Brigada, en Jefe de la 2a. Div. de Infantería: Pedro Valdés.—Rúbrica.

"El Gral. de Brigada, Jefe de la 1a. Div. de Infantería: Ramón Méndez.—Rúbrica.

"El General de Brigada, Director de Artillería: Manuel R. Arellano.—Rúbrica.

"El General graduado, ingeniero general: Mariano Reyes.—Rúbrica.

Creo que la historia no puede citar ejemplos más patentes de sublime abnegación a un soberano, como el que este desventurado monarca, víctima pos-

terior de la insaciable sed de sangre de sus contrarios, recibió durante las amargas horas del sitio, pero particularmente en ese día, de su denodado ejército.

Quien hubiese visto al Emperador desde el principio de las hostilidades, como, al igual que el último de sus valientes soldados, se acostaba a su lado y a cielo descubierto, para descansar unas cuantas horas de la noche, y despreciaba la tienda de campaña, a pesar de las inclemencias del cielo; quien lo hubiera visto sacrificarse a la par que el último de sus fieles servidores, combatiendo por una causa cuyas probabilidades de éxito se alejaban cada vez más; cómo conservaba imperturbables su buen humor y su resignación, en medio de los más inminentes peligros, dando así a todos un ejemplo laudable; cómo permanecía tranquilo y sereno en los momentos más terribles de sufrimientos, cuya amargura doblega, a veces, aun a los más fuertes, cómo cuando vió que su vida estaba al arbitrio de unos cuantos miserables, a pesar de lo cual, impasible, desafió al inexorable destino; quien se percate de todo esto, amigo o enemigo, y sin que lo ciegue la pasión de partido, tendrá que ver con respeto y admiración innegables al hombre que de este modo dió al mundo el más hermoso ejemplo de dignidad, de valor y de abnegación.

No puedo dejar pasar esta ocasión sin decir algunas palabras acerca de la vida privada que el Emperador llevó durante el sitio.

Cuando el Emperador designó el Convento de La Cruz para su Cuartel General, escogió para sí un cuarto pequeño, situado en el segundo piso, que antes había sido una celda del claustro y que se comunicaba, por medio de una antecámara, con el ex-

terior.

Según la costumbre mexicana, no tenía ventanas y recibía aire y luz por una especie de claraboya que daba a uno de los patios del claustro, cuyas habitaciones opuestas ocupaba una parte de la guarición del Convento, circunstancia, por cierto, que no hacía la mansión imperial de lo más agradable y tranquila. Pero el Emperador Maximiliano la amaba, gustaba mostrarse a sus soldados, no le disgustaba estar en roce diario con ellos; quería justificar la confianza con que lo honraban los mexicanos, y sabía merecerla siempre; por la misma razón, se rodeó de servidores mexicanos, en su mayor parte, a los que trataba con la mayor finura. En cierta ocasión vi que amonestó a uno de ellos con palabras tan amables y conmovedoras, que a éste se le rodaron las lágrimas.

La servidumbre del Emperador era muy poco numerosa: se componía de una ayuda de cámara, un cocinero, dos lacayos y un caballerango. Su manera de vivir era tan sencilla, que yo creo que muchos de sus generales tenían mejor mesa que él. Como la situación financiera era tan mala, el Emperador, al principio del sitio, sólo tomó diez mil pesos del dinero llevado a México, es decir, la mitad de lo que le correspondía cada mes como lista civil. Fuera de esta cantidad, no volvió a reclamar nada, porque todo lo dejó para el pago de las tropas.

La habitación del Emperador, cuyas paredes sombrías no adornaban cuadros ni tapices de ninguna clase, tenía un pavimento de ladrillos muy desigual, que no cubría alfombra alguna, sino simple esterá de paja. El mueblaje era sumamente sencillo: un catre de metal, de viaje; una mesa de no-

che; una mesa grande de tijera; cuatro catres ídem y una pequeña mesa para escribir, en la que yo trabajaba habitualmente.

Contiguas a su habitación estaban las de su servidumbre, las cuales eran interiores, como todas las celdas del antiguo Convento; no tenían muebles de ninguna clase, y lo que servía de camas era demasiado rudimentario.

Cuando los asuntos del comando del ejército no le llamaban afuera, le gustaba permanecer en su modesta habitación; de cuando en cuando visitaba una pequeña gruta situada en el Cerro de las Campanas, en la parte que mira al poniente, y desde la cual se desplegaba ante la vista toda la fértil llanura. Allí acostumbraba sentarse, completamente solo; pasaba horas enteras, contemplando el delicioso panorama que se ofrecía ante su vista, absorto en los recuerdos de otros tiempos, en los ensueños de dicha desvanecidos, en las personas queridas, tan alejadas de él, y en la remota patria, libremente abandonada.

¿Qué cúmulo de pensamientos ocupaban entonces la mente del desventurado monarca? ¿Qué dolor imponderable oprimía en aquellos momentos su noble corazón? Por entonces no preveía aún la proximidad de su desenlace, de la triste muerte que se le impuso.

Al principio del sitio, cuando todavía el porvenir no se presentaba tan amenazador, y cuando aún le quedaba tiempo para sus trabajos particulares, pasaba el Emperador largas horas dictando sus cartas particulares y sus Memorias comenzadas en Querétaro. Yo tuve el alto honor de escribir estas Memorias, cuyas primeras páginas, que narraban

nuestra marcha a Querétaro, estaban salpicadas de poéticas descripciones, a pesar de la seriedad del asunto. El Emperador paseaba de un lado a otro de su estrecha habitación, con las manos cruzadas por detrás, dictándome tan aprisa, que me costaba mucho trabajo seguirlo. Y continuaba su trabajo durante horas enteras, olvidado completamente del mundo exterior, abandonado al libre curso de sus pensamientos e ideas. Derrepente se detenía, y con aquellos modales tan finos, con aquella amabilidad con que acostumbraba hablar aun a los que trataba por vez primera, y con los que conquistaba la simpatía de todos, me decía que, si tenía ocupaciones pendientes, se lo indicase.

"Vamos a descansar un rato; no tenemos tanta prisa", solía decirme con frecuencia.

En cierta ocasión que yo había ido a caballo a la ciudad, a comer a la hora del mediodía, el Emperador, sin que nadie se lo esperase, preguntó por mí. Yo vivía en compañía de su médico de cabecera, Dr. Basch, y del Capitán de su Estado Mayor, Barón de Fürstenwarther. Pareció extrañarle mi ausencia; pero el Dr. Basch me disculpó, diciéndole que había ido a visitar a mi hermano, al cual no tenía ocasión de ver sino muy rara vez. El Emperador exclamó: "¡Ah! ¿A ver a su hermano? Entonces, la cosa cambia de aspecto."

Al día siguiente el Emperador se dirigió, en mi compañía, al Cuartel de los Húsares, donde trabajaba mi hermano, y me concedió permiso de que, una vez terminadas mis ocupaciones en el Cuartel General, tomara parte en las del Escuadrón de Húsares.

Una vez que el Emperador se paseaba de un lado a otro de su pieza, dictándome, oí derrepente un silbido, al mismo tiempo que algún objeto penetró por

la claraboya, detrás de mí, y rebotó contra la pared de enfrente. Me volví entonces, y ví que el Emperador se agachó y levantó algo del suelo. Tenía en sus manos una bala de fusil aplastada. Algún enemigo debe de haber errado el blanco, y la bala entró casualmente por la claraboya. El Emperador vino hacia mí y me dijo sonriendo: "Ya ve Ud.; no está un seguro ni entre las cuatro paredes de su casa."

Las memorias que entonces me dictó, así como otros escritos, fueron quemados por el Barón de Fürstenwarther en el Cerro de las Campanas, por habersele ordenado así el Emperador, poco después de haber caído prisionero. Quiero referir la parte más interesante de ellas.

Comenzaba el Emperador describiendo la partida de los últimos franceses, de la Capital, poniendo de realce la situación que entonces prevalecía, así como todas las traiciones que los franceses cometieron en los últimos meses, tanto contra él como contra el país. Con toda claridad y maestría precisaba los actos, y sólo aquellos sobre cuya mala fé no podía abrigarse duda, y que constituirán siempre una afrenta en la historia de la gran nación, cuyo soberano contribuyó, en gran parte, a que el Príncipe austriaco aceptara la corona imperial de México, para después supeditarla a la brutal arrogancia y a la falta completa de miramientos del ahora tristemente célebre Mariscal Bazaine.

Cuando este hombre, acompañado del resto del ejército francés de ocupación, pisó nuevamente el suelo de su patria, debería habersele impuesto un castigo degradante por sus notorias infamias. Pero la venganza no podía tardar en llegar: el año de 1870 descargó terrible golpe sobre aquellos dos hombres que se habían portado de una manera tan ca-

nalla con el Emperador Maximiliano y los precipitó en un abismo de ignominias.

"Al día siguiente de haber partido los últimos franceses, quise dar un paseo a caballo a través de la ciudad. Una impresión inesperada y agradable me animó. Parecía que la noche había cambiado la fisonomía de la ciudad. Todo me parecía mucho más risueño que antes. PARECIA QUE SE HABIA ALEJADO UNA PESADILLA DE LA CIUDAD; las calles estaban más animadas y me parecían más risueños los saludos que me dirigían los pacíficos habitantes de la Capital."

Son las palabras que escribió el Emperador haciendo alusión a sus opresores de tantos años y a sus relaciones con sus súbditos, y expresando, al mismo tiempo, la satisfacción que le causaba la partida del ejército francés.

El último suceso oficial muestra bastante bien la tirantez que existía entre el Emperador y Bazaine. No hay que olvidar que Maximiliano, puesto en el punto de vista de un patriota mexicano, con la retirada de las tropas francesas perdía uno de los principales sostenes de su trono, abriéndose en su ejército un gran vacío, imposible de llenar, causa de la situación angustiosa en que se encontraba el Imperio. Después que se manifestó un cambio en la política, en noviembre de 1866, el Emperador Maximiliano quiso libertar al país, lo más pronto que fuese posible, de una soldadesca que oprimía al pueblo de una manera tan bárbara, obligando de esta suerte a muchos ciudadanos pacíficos a levantarse en armas; la partida de los opresores del país, creía el Soberano que iba a producir muy buen efecto; sin embargo, no fué así; vió fallidas casi todas

sus esperanzas; era ya demasiado tarde para obrar, de todo lo cual es responsable Bazaine.

Después pasa el Emperador a describir uno por uno los distintos actos de traición que acabaron de agravar las cosas, y de todos los cuales fué culpable Bazaine. Los puntos sobre los cuales el Emperador hace llamar más la atención, son los siguientes:

1º Los franceses, antes de partir, vendieron al enemigo todos los caballos y mulas de que disponían, así como bronce, toda clase de armamento, proyectiles y municiones; gran cantidad de lo último fué inutilizado, para que no cayera en manos de los imperialistas.

2º En los últimos meses, dejaron al enemigo apoderarse del país, sin oponerle la más pequeña resistencia, aun en aquellos lugares en que fácilmente se lo hubieran podido impedir.

3º Los franceses se hicieron culpables de traición, porque, en vez de haber salido de la Capital a las seis de la mañana, hora en que se había convenido efectuar la entrega de la ciudad al ejército nacional, salieron silenciosamente a las 2 de la madrugada, antes de que hubieran sido reemplazados por el ejército mexicano, por lo que, prácticamente, la ciudad estuvo sin defensa durante cuatro horas, expuesta fácilmente a un ataque repentino por parte de las bandas de guerrilleros que pululaban en las cercanías.

4º El Emperador tenía en sus manos la prueba de que Bazaine había propuesto a Porfirio Díaz, Jefe del ejército republicano del Sur, entregarle al Emperador. Porfirio Díaz, que era uno de los generales mejores y más valientes de Juárez, se apresuró a mandar esta correspondencia al Emperador, ha-

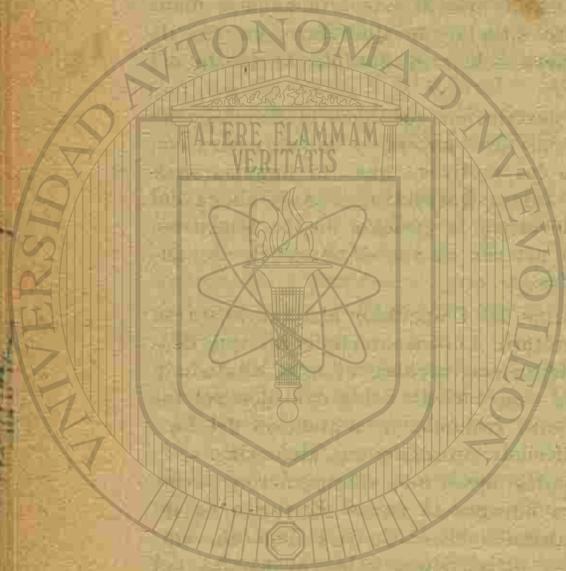
ciéndole notar de qué clase de gente estaba rodeado.

Es incontestable que si este jefe hubiera mandado el ejército sitiador de Querétaro, en vez de Escobedo, hubiera sido muy distinta la suerte del Emperador.

Según la descripción que hace el Soberano de sus relaciones con los franceses y de éstos para con el país explica los motivos que lo impulsaron a emprender el viaje a Querétaro, y se desahoga del disgusto que le causó la traición de los Ministros, que lo dejaron perecer en vez de mandarle los auxilios convenidos.

Las memorias del Emperador abarcan hasta su llegada a Querétaro. Los acontecimientos que después se sucedieron con rapidez, el sitio dilatado y lleno de tristes expectativas y los cuidados del inquietante porvenir, reclamaron la atención del Emperador, impidiéndole proseguir sus Memorias.

Los centinales mexicanos distinguieron varias veces su figura durante la noche. Envuelto en un largo manto, abandonaba el Cuartel General, completamente solo, dirigiéndose a las avanzadas del ejército, sin hacer caso del peligro. Lo que allí lo llevaba era su solicitud por la ciudad y por las tropas, y cuántas veces él era el único que vigilaba, mientras que sus generales dormían tranquilamente.



VIII

EL 1º Y EL 11 DE ABRIL.—COMIENZA EL HAMBRE EN QUERÉTARO.—RESULTADOS DE LA MISION DE MARQUEZ.—UN CORREO ALEMÁN.—LA PROYECTADA MISION DE MEJIA.—FRUSTRADA MISION DEL PRINCIPE DE SALM-SALM.

Apenas había despuntado el 1º de Abril, cuando empezó un movimiento general en Querétaro, como había sucedido el memorable 24 de marzo. Esta vez eran los imperialistas, quienes, en medio del mayor silencio y protegidos por la niebla de la mañana, se concentraron muy temprano, con la intención de emprender un ataque contra el Cerro de San Gregorio, es decir, contra la línea norte del enemigo. El informe oficial nos relata este combate de la manera siguiente:

“A las tres de la mañana de este día memorable, una columna compuesta de 1000 de nuestros valientes soldados de caballería, se colocó en el lado norte del Cerro de las Campanas, con la intención de proteger el movimiento que, un poco más tarde, debía emprender una de nuestras divisiones de infantería contra la Parroquia de San Sebastián, perfectamente defendida por fuerzas enemigas. (En el norte de la ciudad.)

“El valiente General Miramón, a quien estaban

"confiadas las operaciones de este día, a las cinco de la mañana partió, a la cabeza de su columna, avanzando con la prudencia y el valor que lo caracterizan, y en medio del más profundo silencio, hacia la mencionada Iglesia de San Sebastián, la cual fué tomada por sorpresa por las tropas imperialistas.

"La facilidad con que se verificó la toma de la Parroquia, en un lapso de tiempo tan corto; la confusión en que se vieron envueltas las filas enemigas, a causa de este suceso tremendo e inesperado, y, sobre todo, el ardor de la lucha y el entusiasmo del triunfo, alentaron a nuestras tropas a no contentarse con el éxito obtenido hasta ese momento, sino, al contrario, a proseguir su marcha.

"Nuestras columnas se arrojaron contra La Cruz del Cerrito (una Iglesia situada en el Cerro de San Gregorio), en cuyo costado derecho había levantado el enemigo algunas defensas, las cuales cayeron, con sus defensores, en poder de los nuestros. Uno de los prisioneros, a quien se preguntó dónde se hallaba la artillería enemiga, ofreció a los imperialistas conducirlos hasta el lugar donde estaba aquella, y, poco después, nuestros soldados se apoderaron de dos cañones, situados a cerca de 500 varas del punto conquistado.

"Las operaciones habían sido ejecutadas hasta aquí con tanto ímpetu y rapidez, que hicieron posible el éxito. Sin embargo, no se pudo evitar que el enemigo se rehiciera, enviando considerables fuerzas al lugar del combate, las cuales amenazaron envolver a nuestras débiles columnas. Fué preciso contentarse con lo obtenido y pensar inmediatamente en la retirada.

"Entre tanto, el enemigo había avanzado, y el

"movimiento de retirada ofrecía las mayores dificultades; pero ¿a qué no vence el valor y la disciplina de las tropas imperialistas? Así, se retiraron en el mejor orden a sus líneas respectivas, no sin haber dado antes un buen escarmiento al Batallón de "Supremos Poderes" (el batallón favorito de Juárez), el cual había avanzado impetuosamente desde el Cerro de las Campanas, y amenazaba cortar nuestra retirada con un movimiento de flanco.

"A las nueve de la mañana, al són de entusiasmas dianas y en medio de las más calurosas muestras de júbilo de la población, se introdujeron a la ciudad los prisioneros y los dos cañones quitados al enemigo. Los resultados alcanzados serán siempre un timbre de gloria para los Batallones de Cazadores (Comandante, Mayor Pitner) y de Celaya, a cuya habilidad y arrojo se debió el triunfo."

Después de la jornada del 1º de abril, se verificó un armisticio entre los imperialistas y los republicanos, tanto más, cuanto que parecía que ni unos ni otros tenían deseos de seguir combatiendo.

Los juaristas se habían dado perfecta cuenta de que la plaza de Querétaro era formidable, para que pudieran tomarla por la fuerza, e iban dejando pasar el tiempo, a fin de debilitar a los defensores. Confiaban en los acontecimientos, que lenta, pero irresistiblemente, se iban sucediendo en las distintas partes del país, y en la falta de víveres, y quizá también de municiones, que no tardarían en experimentar los imperialistas de Querétaro, y que, tarde o temprano, los habían de obligar a rendirse.

Los imperialistas, por su parte, completamente a oscuras de los acontecimientos de afuera, esperaban a cada momento ver aparecer a Márquez frente

a la ciudad, con un numeroso ejército, quien, simultáneamente a los sitiados, podría emprender una ventajosa ofensiva contra el enemigo, ya tan numeroso.

Así transcurrió el tiempo, entre bombardeos más o menos enérgicos por parte de los sitiadores y pequeños combates sin importancia efectuados entre las avanzadas de ambos ejércitos. El 11 de abril se señaló con un combate mucho más importante, por medio del cual intentaron los imperialistas desalojar al enemigo de sus posiciones situadas al oeste de la Garita de México; pero antes de alcanzar su objetivo, se vieron obligados a retroceder ante el impetuoso empuje de poderosas columnas enemigas. En esta ocasión fué herido ligeramente en la cabeza el Mayor Pitner, después ascendido a Teniente-Coronel.

A pesar de que todos los combates, con excepción de este último, habían sido favorables para los imperialistas, su situación empezó a empeorarse de día en día. Poco a poco se iban acumulando más y más enemigos, más formidables que los primeros, los cuales parecía que estaban nomás espiando el momento, al otro lado de las defensas de la ciudad, en que ésta cayera sin gran trabajo, como cae una fruta completamente madura.

Querétaro no estaba preparada para una larga defensa. Por ligereza del General Márquez, entonces Jefe del Estado Mayor, no se había pensado en aprovisionar a la ciudad de todo lo necesario; y el botín que después se quitó sucesivamente al enemigo, durante las salidas de los imperialistas, no podía durar mucho para satisfacer las necesidades de una plaza de 30,000 habitantes y de 8,000 defensores. Así, como la ciudad estaba estrechamente sitiada desde

el 24 de marzo, pronto comenzó a experimentarse la falta de víveres.

La harina, si bien no constituye la base principal de la alimentación de los mexicanos, se agotó completamente desde fines de marzo y faltaba hasta de la mesa de los más opulentos. Únicamente las monjas del Convento de Teresitas tenían una pequeña cantidad de harina de consagrar, y todos los días, espontáneamente, regalaban a la modesta mesa imperial dos panecillos, que en esos días constituían uno de los manjares más raros. La carne también comenzó a escasearse desde principios de abril, hasta que se agotó por completo; y puede decirse, literalmente, que desapareció la última vaca del último establo.

Así es que de ninguna manera fué un mal regalo el que una vez hicieron los enemigos al Emperador y a su ejército: en un arranque de buen humor, tomaron una vaca, muy vieja y excesivamente flaca, le amarraron las astas, asustándola después con cohetes y haciéndola huir al campamento imperialista. Este regalo fué correspondido por el ocurrente General Méndez, quien envió al campo contrario un burro muy ridículo, con unos versos debajo de la cola, compuestos por los oficiales de dicho general.

El Emperador, que siempre estaba pendiente de todo lo que concernía al sitio, y de las consecuencias mediatas o inmediatas derivadas del mismo, el 8 de abril se vió obligado a mandar llamar a los carniceros de la ciudad, al Cuartel General, para ordenarles que, a falta de reses y carneros, vendieran carne de caballo, guardando el más absoluto secreto sobre el particular. Este secreto podría conservarse sólo durante muy poco tiempo; pero, sin embargo, surtiría muy buenos efectos, porque así se con-

tenía en cierto modo, la miseria, que se iba extendiendo cada vez más y amenazaba precipitar al pueblo en los peores excesos. Sucedió también que, como en esos días había todavía grandes cantidades de maíz, alimento principal de las clases pobres de la población, tenía que alimentarse con él a los caballos.

No estaba muy lejano el día en que los víveres se agotasen por completo, a causa de la prolongada duración del sitio, haciendo el hambre su terrible aparición.

Pero no eran estos los únicos motivos de angustia que atribulaban a los sitiados; había otra circunstancia crítica que muy pronto surgiría, no menos temible para un ejército sitiado que el hambre misma, con todos sus horrores.

En los círculos directores se sabía perfectamente que la provisión de municiones se agotaría muy pronto; a pesar de toda la actividad del General Arellano, no era posible reemplazar la gran cantidad de municiones que se consumía diariamente, sobre todo por la falta de los materiales necesarios. La provisión de municiones que se había traído de la Capital no era muy considerable, y había razón para abrigar los más serios temores para el porvenir. Lo único que todavía sostenía la confianza de los jefes, era la esperanza del próximo auxilio del General Márquez, quien ya debía encontrarse en camino para Querétaro, con las tropas que habría levantado violentamente en la capital.

Por su parte, los soldados no abrigaban temores respecto al porvenir, porque las dificultades que empezaban eran un secreto del Alto Comando. El buen ánimo del pequeño ejército aún se conservaba inquebrantable, gracias a los encuentros victorio-

sos que había sostenido hasta entonces; porque tenía una confianza absoluta en sus jefes, y porque esperaba también un próximo socorro que lo condujera al éxito final. Sin embargo, esta ignorancia de los hechos no podía durar mucho tiempo, porque no tardaría en saberlo todo hasta el último soldado, y entonces se pondría a prueba el valor moral de las tropas, o vendría la desmoralización, apresurando la catástrofe.

Hay momentos en que hasta los más valientes y perseverantes desmayan, y eso sucede precisamente cuando el soldado ve que le comienza a faltar lo más importantes de defensa.

Desgraciadamente, fuera de Querétaro se verificaban tales acontecimientos, que apenas se hubieran podido atrever a imaginar los más pesimistas; acontecimientos que hacían del todo inútil la más firme resistencia de los sitiados y que, puede decirse, resolvieron la suerte de la plaza de Querétaro.

De fuera faltaban toda clase de noticias. El Emperador había intentado obtenerlas del exterior, porque la tardanza de Márquez lo hacía concebir cada vez más sospechas; los correos que se habían mandado hasta entonces, que eran cinco, habían sido hechos prisioneros y ahorcados por el enemigo, por lo que ya nadie quería arriesgar otra tentativa, a pesar de que se ofrecían sumas considerables al que lograra dirigirse a México y traer noticias exactas del estado de las cosas.

A pesar de la inexplicable tardanza de Márquez, siempre se confiaba en Querétaro en una solución favorable de la situación. Claro está que cada día que transcurría sin la llegada de dicho general, más y más se convencía el Emperador de que

no había escogido el hombre a propósito para el desempeño de tan delicada misión, que tanto exigía talento, como una fidelidad a toda prueba. Después de todo, Márquez, el hombre de las hazañas sangui-narias, era el de más edad de todos los generales y, según se decía, el que tenía más experiencia; caso de traicionar al Emperador, se convertiría en su enemigo terrible, lo que había que evitar a toda costa en esta crítica situación; pero a Márquez le faltaba la verdadera fidelidad y estimación hacia el Emperador y hacia su causa, y es una desgracia que se hubiera confiado a este miserable, misión tan importante, poniendo bajo su mando la mejor parte del ejército imperialista y dándole plenos e incondicionales poderes al mismo tiempo que librándolo de toda responsabilidad inmediata. De este modo, y sin que forzosamente apareciese como traidor, tenía una excelente oportunidad para satisfacer sus fines personales, aun cuando fuesen completamente opuestos a las intenciones del Emperador.

Puede decirse, sin exagerar, que el día en que Márquez partió de Querétaro, se dió un golpe de muerte a la causa de los imperialistas. Que Márquez perdiera o ganara, carecía de importancia, era completamente indiferente.

En vez de acatar las órdenes expresas del Emperador, de reunir todas las tropas disponibles de la Capital y acudir con ellas al socorro de la plaza de Querétaro, que en esos momentos era cuando más necesitaba de un auxilio eficaz, comenzó Márquez a operar enteramente por su cuenta, y, en vez de marchar sobre Querétaro, se dirigió a Puebla, que está en dirección opuesta, a seis jornadas de distancia de la Capital, y estaba, además, sitiada por Porfirio Díaz. Márquez en la batalla de San Lorenzo, no le-

jos de Puebla, sufrió una derrota tan completa, que tuvo que huir de nuevo a la Capital, sin preocuparse por la salvación del resto de sus tropas. Llegó a México mucho antes que el derrotado ejército, y todo esto habla muy poco en favor de su habilidad y de su valor. En efecto, las pérdidas que sufrió en San Lorenzo fueron muy considerables, tanto en armas como en soldados, porque éstos, en su precipitada huida, perdieron la mayor parte de su artillería; finalmente, para no caer en poder del enemigo, vióse obligado Márquez a limitarse únicamente a la defensa de la Capital. Sin embargo, después de la toma de Puebla, que tan heroicamente se había defendido, quedó libre el ejército republicano del Sur, el cual, al mando de Porfirio Díaz, acudió a sitiar a México tan estrechamente, que ésta ciudad, a pesar de los inmensos recursos que tenía, pronto se vió en una situación tan desesperada como la de Querétaro.

Hé aquí las fatídicas consecuencias del traidor comportamiento del más caracterizado de los generales imperialistas, quien de una manera tan descarada burlaba la confianza que en él había puesto su Soberano.

El 9 de Abril, el Emperador hizo una nueva tentativa para encontrar alguna persona que quisiese servir de correo. Su Jefe de Estado Mayor expidió una proclama en la que se prometía una recompensa de tres mil pesos al que trajese noticias ciertas de México. Esta proclama no tuvo éxito alguno. El escarmiento que el enemigo había hecho ya con cinco correos, estaba aún bastante fresco en la memoria de los más audaces, para que por una recompensa tan pequeña se arriesgaran a desempeñar esa empresa tan llena de inminentes peligros.

Por fin, el 13 de Abril, se presentó un alemán,

perteneciente al Batallón de los Húsares Rojos, y se resolvió a arriesgar el todo por el todo.

Herz, como se llamaba este individuo, había desertado de las filas enemigas desde hacía algún tiempo y se había alistado entre los húsares, como que el llamado "Escuadrón de Húsares Austriacos" estaba formado de desertores del enemigo, circunstancia que duplicaba su valor; todos ellos eran de los más valientes. Digo el llamado Escuadrón Austriaco, porque no estaba formado con soldados austriacos solamente, sino que una compañía era de éstos, otra de franceses y otra de indígenas.

Para que se pueda tener una idea de los peligros que ofrecía la empresa que Herz se preparaba a emprender, bastará decir que tenía que atravesar cuatro veces la compacta línea enemiga y después recorrer por dos veces un camino de 45 leguas, en el que pululaban las partidas enemigas.

Verdaderamente se necesitaba un heroísmo extraordinario para realizar semejante empresa, y el hombre que de esta suerte iba a exponerse a incontables y tremendos peligros, yendo casi al encuentro de una muerte segura, merecía los más entusiasmados elogios, tanto más cuanto que, según después declaró, se lanzaba a esta empresa más por amor propio y por su amor a las aventuras, que por interés a la recompensa.

Todavía guardo un recuerdo muy vivo de aquella noche en que salí a los sombríos corredores del Convento de La Cruz, para buscar a este valiente y conducirlo, por última vez, ante el Emperador, a fin de que recibiese de él las instrucciones finales.

Pero yo no veía a Herz por ninguna parte; lo llamé, sin obtener respuesta; repentinamente apareció junto a mí, como si hubiera brotado del suelo: se

había puesto un traje gris, que lo hacía completamente invisible, y se había repegado a la pared, tendiéndose completamente sobre el suelo, y pude ver la alegría que le causó el haberme sorprendido.

Herz recibió varias cartas privadas del Emperador entre otras, una para la Archiduquesa Sofía; estaban escritas en papel tan chico y tan delgado, que podían enrollarse perfectamente en forma de cigarro y esconderse entre otros cigarros, a fin de evitar que cayesen en poder del enemigo, en el caso de que Herz fuera hecho prisionero.

Era una noche oscura y tempestuosa, del 15 de abril, y favorable para semejante hazaña.

Poco después de media noche, Herz desapareció detrás de los muros de la ciudad, sin dejar el menor vestigio y sin que se supiera qué dirección había tomado. Más tarde se verá si cumplió su cometido.

Mientras tanto, la situación se empeoraba cada día y exigía imperiosamente que se tomaran medidas enérgicas; ya no se creía en el dudósimos regreso del correo enviado. En consejo de guerra se resolvió enviar a México al General Mejía, uno de los pocos adictos en cuerpo y alma al Emperador, invistiéndolo de los más amplios poderes.

La misión de este General era a la vez política y militar. En cuanto a lo primero, debía procurar una inteligencia con las personalidades del partido contrario y declarar, ante la presencia del Cuerpo Diplomático, que el Emperador no estaba dispuesto a abdicar, si no dimitía su cargo ante un Congreso Nacional debidamente autorizado.

La parte militar de su misión contenía los puntos siguientes: orden al General Márquez, de poner a disposición de Mejía todos los batallones de caba-

lería que hubiese; llamamiento al primero, a socorrer a Querétaro; en caso de que para dejar una guarnición en México, no se dispusieran de las tropas suficientes para socorrer a Querétaro, debería abandonarse completamente la Capital; en caso de que Márquez no hiciera ninguna declaración, transcurridas 24 horas, el General Mejía debería recoger la mayor cantidad posible de recursos, y abandonar la Capital, al frente de toda la caballería; reducir a prisión a Márquez, si así lo exigía el caso.

La orden de evacuar la Capital demuestra a las claras lo apurado de la situación, porque se necesitaban los más poderosos motivos para que el Emperador se resolviera a abandonar dicha ciudad al enemigo, con sus grandes recursos en hombres y elementos de guerra, ciudad que era capital no sólo materialmente, sino también desde el punto de vista moral. En todas las guerras de México se ha considerado que el partido que tiene en su poder la Capital, es el más fuerte y el que tiene mayores ventajas, lo cual es muy exacto, porque México, por sí sola, dispone de más elementos que un estado cualquiera del país, aun de los más grandes.

Entre las cartas que se entregaron al General Mejía, había una, dirigida a Schaffer, Capitán de Barco, que el Emperador mismo me dictó. Esta carta, cuya copia aún conservo en mi poder, expresaba la intención de evacuar la Capital, en caso necesario. Decía así:

"Querétaro, Abril 19 de 1867.

"Querido Capitán Schaffer:

"En caso de que México tenga que ser privado momentáneamente de toda la protección del ejército, he encargado al General Mejía conducir al Padre Fischer y a Knechtl, llevándolos en el cen-

"tro de las tropas de operación. En tales circunstancias, Yo deseo salvar el archivo, el cual, por ser demasiado voluminoso y poco importante, deberá ser quemado, en caso extremo, ante la presencia de Ud.

"Como desgraciadamente no han sido cumplidas mis órdenes, respecto a la venta de la plaza, carros, caballos, vajillas, almacenes, vestuario, etc., dichos objetos deberán ser depositados por Ud., Sánchez y Navarro y el Padre Fischer, en la Legación Inglesa, según inventarios legales. Si ésta se negare, lo que no es de esperarse, los objetos dichos se depositarán en la Legación Austriaca o en la Legación Prusiana.

"Sánchez Navarro, Fischer y Ud. deberán firmar los inventarios.

"La Legación respectiva deberá extender un recibo con todos los requisitos legales. Aquellos objetos de mi propiedad particular, que puedan ser necesarios para una larga campaña y para las distintas estaciones del año, deberá usted empacarlos y cargarlos sobre mulas, las que han de ir, con Ud., en el centro del ejército. Como aquí carezco de buenos libros, Yo deseo que Ud. y Fischer me hagan una pequeña, pero buena elección de libros. Los documentos del Consejero de Estado, Martínez, con sus distintas traducciones (1)

(1) Falta el fin de la carta.—Dichos documentos se refieren a los acontecimientos que acompañaron a la salida de los franceses.

En su obra "Erinnerungen aus México" (Recuerdos de México), el Dr. Basch, erróneamente, dice que esta carta le fué dictada por el Emperador, siendo así que realmente, yo fui quien la escribió

Sin embargo, la enfermedad que consumía al General Mejía le impidió desempeñar su misión, que tuvo que ser encomendada al Príncipe de Salm-Salm.

Cien de los jinetes más escogidos y seguros, pertenecientes al Escuadrón Austriaco de Húsares Rojos, recibieron la orden, el 22 de abril, de ponerse a las órdenes de dicho Príncipe y estar listos para esa noche. La pequeña expedición debía escurrirse por la extensa llanura que rodea la parte poniente de la ciudad, evitando cuidadosamente todo encuentro con el enemigo ya que en esta parte no se hallaban nunca porciones considerables de tropas de los contrarios, porque la tenían destinada para las grandes maniobras de su caballería; después debían ganar el camino libre y dirigirse a marchas forzadas hacia la Capital.

Además de las instrucciones dadas al General Mejía, recibió el Príncipe de Salm-Salm cuatro alfabetos cifrados, correspondientes a las distintas personalidades con las que tenía que ver, según las instrucciones del Emperador.

Poco después de media noche, la pequeña división de caballería emprendió su peligrosa expedición, guiada por los generales Miramón y Morett, conocedores del terreno; marchaba en medio del más profundo silencio, favorecida por las espesas sombras de la noche.

conforme al dictado del Emperador. En dicha obra no dice, al principio de la carta, "he encargado al General Mejía", sino "he encargado al General Márquez", el Dr. Basch me muestra "su Secretario", lo cual es erróneo. Finalmente, en la obra anterior que me veo obligado a declinar.

El Autor.

La tropa había avanzado ya una porción considerable de la llanura, sin ser descubierta por el enemigo y sin encontrar obstáculos de ninguna especie, cuando se distinguió a lo lejos una faja oscura, que surcaba la llanura de parte a parte. El General Miramón mandó hacer alto y se adelantó, acompañado de su íntimo amigo Morett, para reconocer el terreno.

Tardó mucho tiempo Miramón, y al regresar, indicó al Príncipe que aquella oscura faja era un foso muy ancho y profundo, que se extendía mucho más allá de lo que alcanzaba la vista y completamente infranqueable para la caballería.

En vista de esto, ambos generales declararon impracticable la expedición, y el Príncipe de Salm recibió la orden de retroceder, la que ejecutó con la mayor repugnancia.

Según me refirió el Príncipe algunos días después, había concebido la sospecha de que Miramón intencionalmente impidió que la expedición se llevara a cabo, y que la declaración de este General, respecto al foso, le parecía, CUANDO MENOS, DUDOSA.

De todos modos, el Príncipe cometió una grave falta por no haber ido personalmente a cerciorarse del verdadero estado de las cosas, sin tomar en cuenta consideraciones sentimentales, dada la gravedad de la situación.

Por otra parte, las sospechas del Príncipe no carecían enteramente de razón. La rivalidad que existía entre Miramón y Márquez era bien conocida. Con la partida de este último, bajo cuyas órdenes casi puede decirse que estaba Miramón, éste era la personalidad más influyente y apreciada de todas las que se encontraban cerca del Emperador y a él se

le había confiado lo más difícil de las operaciones militares.

Si bien no podía ponerse en duda la fidelidad y la estimación de este ex-presidente de la República hacia el Emperador, si estaba completamente ofuscado por los celos y por el amor propio, para no desear la vuelta de su rival y evitarla a toda costa, ignorante como estaba de los acontecimientos de afuera, y sin prever las tremendas consecuencias de su conducta, quería asegurarse, ante todo, la dirección de las operaciones militares.

Pocos días después, el Príncipe Salm se confirmó en sus sospechas. Casualmente hizo una excursión la caballería imperialista hacia el lugar por donde debía haber salido aquella noche, y todos pudieron cerciorarse de que el foso de que había hablado Miramón, de ningún modo constituía un obstáculo infranqueable para la caballería.

La indignación del Príncipe no tuvo límites; abiertamente acusó a Miramón de traición, y, de no haber intervenido el Emperador, se hubiera suscitado un grave conflicto entre estas dos personas de su mayor confianza.

Así terminó, de la manera más lastimosa, aquella tentativa de comunicarse con la Capital. De haberse realizado, de seguro que hubiera cambiado completamente el estado de las cosas, probablemente en favor de los imperialistas.

Se cometió una grave falta en no haber hecho todo lo posible por realizar dicha expedición.

IX.

CONTINUACION DEL SITIO. — FALSOS RUMORES.—DON JOSE MARRANZA, MODELO DE IMPERIALISTAS.—EL 27 DE ABRIL.

Al fracasar la tentativa de comunicarse con la Capital, a fin de pedirle auxilio, los imperialistas de Querétaro tuvieron que resignarse a esperarlo.

Entre tanto, se seguía trabajando sin descanso en poner la plaza, lo más que fuese posible, en estado de defensa. Una disposición del Emperador ordenó que todos los varones, sin distinción de clase, debían ayudar en la construcción de obras de defensa, y el que no quisiese desempeñar este trabajo, debía pagar cierta cantidad, que se destinaba para el pago de las tropas.

El enemigo, por su parte, seguía bombardeando a la desdichada ciudad, casi sin cesar. La población civil, que tenía que transitar las calles para ir a sus ocupaciones, tenía la vida en constante peligro. Las calles de Querétaro, como las de la mayor parte de las ciudades mexicanas, están tiradas en línea recta, de tal modo, que de un extremo de la ciudad puede verse perfectamente el extremo opuesto; esta disposición favorecía mucho al enemigo, porque así podía dirigir certeramente sus disparos a las calles y plazas principales; no transcurría un solo día,

le había confiado lo más difícil de las operaciones militares.

Si bien no podía ponerse en duda la fidelidad y la estimación de este ex-presidente de la República hacia el Emperador, si estaba completamente ofuscado por los celos y por el amor propio, para no desear la vuelta de su rival y evitarla a toda costa, ignorante como estaba de los acontecimientos de afuera, y sin prever las tremendas consecuencias de su conducta, quería asegurarse, ante todo, la dirección de las operaciones militares.

Pocos días después, el Príncipe Salm se confirmó en sus sospechas. Casualmente hizo una excursión la caballería imperialista hacia el lugar por donde debía haber salido aquella noche, y todos pudieron cerciorarse de que el foso de que había hablado Miramón, de ningún modo constituía un obstáculo infranqueable para la caballería.

La indignación del Príncipe no tuvo límites; abiertamente acusó a Miramón de traición, y, de no haber intervenido el Emperador, se hubiera suscitado un grave conflicto entre estas dos personas de su mayor confianza.

Así terminó, de la manera más lastimosa, aquella tentativa de comunicarse con la Capital. De haberse realizado, de seguro que hubiera cambiado completamente el estado de las cosas, probablemente en favor de los imperialistas.

Se cometió una grave falta en no haber hecho todo lo posible por realizar dicha expedición.

IX.

CONTINUACION DEL SITIO. — FALSOS RUMORES.—DON JOSE MARRANZA, MODELO DE IMPERIALISTAS.—EL 27 DE ABRIL.

Al fracasar la tentativa de comunicarse con la Capital, a fin de pedirle auxilio, los imperialistas de Querétaro tuvieron que resignarse a esperarlo.

Entre tanto, se seguía trabajando sin descanso en poner la plaza, lo más que fuese posible, en estado de defensa. Una disposición del Emperador ordenó que todos los varones, sin distinción de clase, debían ayudar en la construcción de obras de defensa, y el que no quisiese desempeñar este trabajo, debía pagar cierta cantidad, que se destinaba para el pago de las tropas.

El enemigo, por su parte, seguía bombardeando a la desdichada ciudad, casi sin cesar. La población civil, que tenía que transitar las calles para ir a sus ocupaciones, tenía la vida en constante peligro. Las calles de Querétaro, como las de la mayor parte de las ciudades mexicanas, están tiradas en línea recta, de tal modo, que de un extremo de la ciudad puede verse perfectamente el extremo opuesto; esta disposición favorecía mucho al enemigo, porque así podía dirigir certeramente sus disparos a las calles y plazas principales; no transcurría un solo día,

sin que algún transeunte fuese muerto o herido, mujeres y niños. Esta circunstancia muestra a las claras el salvajismo de los sitiadores.

Los días 19, 20, 23 y 24 de abril la ciudad fué víctima de un bombardeo en toda regla; pero no hubo graves daños que lamentar.

En 20 de abril se hallaba el Emperador, en compañía de varios generales, en el Campanario del Convento de La Cruz, observando las posiciones del enemigo, durante el bombardeo, que duró de 8 a 9 de la mañana; repentinamente, una bala de cañón, procedente de una batería situada en la Cuesta China, penetró por la ventana al interior de la torre, rebotando varias veces contra las paredes, con grandísimo riesgo de las personas presentes. Cuando el Emperador bajó de la torre, seguido de sus acompañantes, todos estaban completamente cubiertos del polvo calcáreo que se desprendió de las paredes a causa de la explosión. Esa misma tarde, el Coronel Loyser, del Estado Mayor Imperial, iba a subir al techo del Convento; pero no había dado más que unos pasos, cuando una granada estalló junto a él, hiriéndole gravemente ambas piernas. Poco después murió.

La estancia en La Cruz no era por cierto de lo más agradable, ya que el enemigo disparaba de preferencia sobre el Convento, con mucha precisión. En el corredor en cuya extremidad vivía yo, penetraron un día tres balas; pero no nos molestaron mucho. La servidumbre, sin embargo, cuyas habitaciones daban hacia este corredor, tuvo que cambiarse de allí. Otra vez, una bomba estalló arriba de nuestras cabezas, mientras estábamos trabajando. Casi puede decirse que no pasó un solo día sin que el enemigo nos tuviera presentes, enviándonos un buen surtido

de balas de cañón. Debía saber muy bien que el Convento era la residencia permanente del Emperador.

Así iban pasando los días y transcurría el tiempo y se aguardaba con impaciencia el regreso del mensajero recién enviado; pero éste no se dejaba ver todavía.

Para dar una idea de la situación de entonces, voy a relatar el acontecimiento siguiente, que retrata la clase media de la población de Querétaro. Entre mis conocidos había un Don José Barranta, que era un honrado panadero que se había retirado de sus negocios y tenía fama de ser un imperialista incondicional.

Su entusiasmo por la causa imperialista era notable y tanto más llamaba la atención, cuanto que le había costado muy caro, y varias veces había tenido que pagar a los juaristas algunas sumas de dinero, en tiempos pasados, como castigo a su partidismo. No contentos con la imposición de multas, los republicanos lo encerraron una vez en la prisión, durante varios meses; pero tampoco esto impidió que Don José siguiera siendo imperialista hasta la médula. Era indio de raza pura, y por esta razón, muy adicto al General Mejía, con quien llevaba estrecha amistad desde hacía varios años.

Ahora bien, durante el sitio, la casa de este señor se había convertido en una especie de oráculo para sus amigos, porque todas sus predicciones se habían cumplido a la letra. Las indicaciones que daba respecto a combates futuros o a días de calma, habían sido siempre rigurosamente exactas, y, de no haber conocido todo el mundo su entusiasmo imperialista, fácilmente se hubiera podido suponer, que estaba en comunicación con el enemigo, de quien recibía datos suficientes para estar en condiciones de

poder predecir los acontecimientos próximos.

Don José era con frecuencia el tema de nuestra conversación, y su don de profecía llegó a oídos del Emperador, por habérselo referido el Príncipe Salm-Salm. Su Majestad me mandó llamar un día, para pedirme toda clase de datos acerca de mi conocido, y al terminar me encargó que se lo llevara en la primera oportunidad.

El Emperador quería hablar personalmente con él, y, en caso de que valiera la pena, saber de donde tomaba los datos que le permitían predecir los acontecimientos y así ver si podía ser útil para las operaciones del ejército.

No tardé en ir a buscarlo. Comencé a insinuarle de una manera halagadora y por fin le dije que Su Majestad había sabido lo partidario que él se había mostrado por su causa y que deseaba conocer personalmente a una persona que le era tan adicta.

Don José, que hasta ese momento me había escuchado con complacencia, sonriéndose, al escuchar mis últimas palabras dió un salto en su asiento.

"¡Señor! Pero, ¿qué está Ud. pensando? exclamó en el colmo de su admiración. ¡Yo, un simple, humilde paisano, ¿cómo me voy a atrever a presentarme ante "Su Majestad el Emperador"? ¡Nunca! ¡Jamás!"

Mucho trabajo me costó convencerlo de que tenía que resignarse a ir con el Soberano. Por fin aceptó y ambos, nos dirigimos al Cuartel General, donde fué conducido ante el Emperador.

Después de una larga audiencia, salió, radiante de alegría, y se hacía lenguas ponderando la bondad del Emperador. Esta entrevista había recompensado todos sus sufrimientos. Por lo demás, se había aclarado el asunto. Como se suponía, éste se-

ñor llevaba estrecha amistad con el General Mejía. Sus frecuentes conversaciones con este General, un conocimiento exacto de los acontecimientos y cierta perspicacia que le era propia, lo ponían en condiciones de poder predecir los combates, con bastante acierto.

Pocos días después, lo visité de nuevo, y me pareció algo preocupado; no se estaba un momento quieto en el sofá y se veía que quería decir algo. Por fin me dijo: "Oiga Ud., Don Teodoro: si Ud. quisiera, me podría hacer un gran favor. Yo, no soy más que un pobre; es cierto que pago puntualmente mis contribuciones; pero las que están cobrando ahora por puertas y ventanas me dejan temblando. Vea Ud., ¡Ud. es tan bueno con el Sr. Emperador!... Recomiéndeme Ud. con él, para que me rebaje un poquito estas contribuciones!"

Confieso que tuve que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada. En vano intenté persuadirlo que ni estaba en mis atribuciones, ni podía distraer la atención del Emperador con esas cosas. Don José siguió rogándome y yo me negué rotundamente. El, con toda franqueza, me dijo que yo era muy egoísta, incapaz de hacer el menor servicio; y a partir de entonces, se enfrió nuestra amistad, sin que yo pudiera remediarlo.

Este suceso da una idea bastante clara de la incertidumbre en que se hallaba el Cuartel Gral. respecto a los acontecimientos exteriores. Andaba completamente a tientas, y siempre que podía, trataba de disipar las tinieblas y darse cuenta de la verdadera situación.

Dije más arriba, que en la ciudad comenzaron a circular rumores, referentes a la proximidad del General Márquez y que aun el mismo Alto Coman-

do del Ejército pareció prestar oídos a estos rumores.

Pero cuando el 26 de abril se notó un movimiento desacostumbrado en el campamento enemigo, cuando se vió que grandes masas de tropa, especialmente de caballería, abandonaban sus posiciones y se dirigían hacia el Sur, entonces todo el mundo se convenció de que muy en breve iba a aparecer ante la ciudad el General Márquez, al frente de un ejército de socorro; se creyó que ya estaría en las cercanías, y se resolvió, en Consejo de Guerra, atacar al enemigo con toda energía, derrotarlo y reunirse con Márquez, quien, por su parte, advertido por el estruendo del combate, haría esfuerzos titánicos para tomar participación en el mismo; y después, todos juntos, presentar una batalla decisiva contra las tropas juaristas.

¡En qué error tan lamentable estaban sumidos los defensores de Querétaro!

En caso de que Márquez no apareciera durante la batalla, se resolvió romper las líneas enemigas, abandonar la ciudad y dirigirse a la Sierra Gorda, tierra del General Mejía, y situada a unas seis leguas de distancia. Allí sería más fácil esperar la marcha de los acontecimientos.

El plan de ataque, que debía verificarse el 27 de abril, fué formulado por Miramón y recibió la aprobación del Emperador.

En vez de relatar por mí mismo, voy a transcribir aquí el informe que Miramón rindió al Emperador de aquel combate, coronado por el más lisonjero éxito, y sólo haré rectificaciones en aquellos puntos en que se aparta de la verdad.

El informe de Miramón dice así:

"Señor:

"Como V. M. me honró aprobando mi plan de ataque al Cerro del Cimatario, y como esta operación fué coronada por el mejor éxito, me es grato cumplir con el deber de imponer a V. M. de los detalles de la salida contra los sitiadores.

"A las cuatro de la mañana de hoy, estaban formadas las tropas bajo mi comando, dispuestas a atacar al enemigo en su brillante posición del Cimatario.

"Las tropas destinadas para esta operación se componían de 2,000 soldados de infantería y 1,000 de caballería, protegidos por nuestra primera línea de defensa y por tres baterías de campaña. Además, estas tropas iban a ser protegidas, en su flanco izquierdo, por el Jefe de Estado Mayor, General Severo del Castillo, quien, a la cabeza de los batallones 3º y 12º de infantería y cuatro baterías de campaña, tenía que avanzar por el flanco izquierdo de la línea de batalla, amenazando a la vez a la hacienda de Calleja, situada a 500 metros de la línea de defensa occidental de la plaza.

"Las tropas mandadas por el General Castillo, tenían la misión importante de tomar por asalto la hacienda de Calleja, desde donde debían extenderse hasta la Cuesta China, y evitar, en caso extremo, que el enemigo protegiera la línea del Cimatario. Circunstancias extraordinarias cambiaron esta parte importante del plan primitivo de ataque.

"Como estaban bajo mi dirección las tropas que iban a emprender el ataque al Cimatario, confíe al General Don Pantaleón Morett el comando de la vanguardia que se componía del Batallón de Cazadores; la columna de ataque, formada del 2º Batallón de infantería, de la Guardia Municipal de

"México y del 14° Regimiento de Celaya, la confié al General Don Ramón Méndez, y la Reserva, compuesta de los Batallones 1° y 7°, la que puse bajo las órdenes del Coronel Don Ignacio García.

"Al General Don Ignacio Gutiérrez le di el mando de los Regimientos 1°, 2° y 4° de caballería y del del Valle de México.

"De acuerdo con las órdenes dadas a cada uno de estos generales, las tropas se pusieron en movimiento a las cinco de la mañana, en el momento preciso en que las tropas enemigas tocaban diana.

"Estaba en el plan de ataque sorprender al enemigo en las obras que había construido sobre el flanco derecho de su tercera paralela. Sin embargo, el enemigo pronto advirtió que nuestra vanguardia se aproximaba, e inmediatamente rompió el fuego contra ella. En ese momento, ésta se arrojó contra las fortificaciones dichas, tomándolas por asalto y apoderándose, también, de dos baterías de montaña.

"El resultado inmediato de este primer éxito, fué que la columna principal y la Reserva pudieron avanzar contra las posiciones enemigas. Con esta circunstancia, no faltaba mucho para realizar la idea principal del plan de ataque, la que quedaba reducida a arrojarse sobre el flanco del enemigo, envolver su ala derecha, lo que también se efectuó, e ir a atacarlo a sus mismos aproches, los que no le servirían de nada, desde el momento en que nuestros soldados alcanzaran la cumbre del Cerro, y se lanzaran contra las paralelas del Cimatario.

"Después de la toma de dichas posiciones, la columna principal, la vanguardia y la Reserva, continuaron su avance, con la rapidez que el caso

"requería, y entonces comenzó el más formidable combate que se puede imaginar.

"Al mismo tiempo, el General Gutiérrez empuzó su avance con la caballería, dejando la retaguardia y marchando oblicuamente, para amenazar el flanco izquierdo del enemigo. Simultáneamente, el General Castillo ya se había situado en el contrafuerte izquierdo de nuestra línea.

"Las cuatro baterías colocadas en las obras frente al Cimatario, rompieron un fuego certero e ininterrumpido, protegiendo vigorosa y eficazmente a la infantería que se lanzaba al asalto.

"Bajo estas circunstancias favorables, siguieron avanzando los batallones que tenían el encargo de atacar a las fuerzas juaristas que sitiaban nuestra línea sur. Como el enemigo abandonó cobardamente las obras situadas cerca de nuestras líneas de defensa, el General Morett, con la vanguardia, avanzó irresistiblemente contra el flanco derecho del enemigo, subiendo el Cimatario, mientras que el General Méndez, al frente de la principal columna de avance, atacaba enérgicamente el frente enemigo.

"Inmediatamente empezó la fuga de los sitiados, quienes se desbandaban en masa, a medida que avanzaban nuestras tropas. Nuestra vanguardia, la columna principal y la Reserva, así como la caballería, apenas encontraron resistencia: muchos de nuestros soldados no tuvieron ocasión de disparar un solo tiro y casi ninguno pudo vanagloriarse de haber hecho uso de la bayoneta.

"La defensa de los juaristas y el ataque de nuestras tropas pronto se resolvió en una fuga de 10,000 hombres, poseídos de terrible pánico y perseguidos por 3,000 valientes: una frase del glo-

"rioso combate completaba a la otra. Por un lado, "generales y jefes juaristas, huyendo precipitadamente, perdiendo sus papeles y sus bagajes, "abandonando a sus tropas, su artillería y sus trenes; soldados que huían sin combatir y que se diseminaban por valles y montañas, para salvarse, "salvando también a los demagogos.

"Por otro lado, valientes generales, jefes pun- "donorosos, sufridos y entusiastas soldados, admi- "rados de la cobardía del enemigo, animados de un "ardiente celo de persecución, aunque de poco éxi- "to, pues el enemigo huía con una velocidad verda- "deramente extraordinaria. 21 cañones de campaña, "600 prisioneros y un gran número de fusiles; una "cantidad considerable de víveres y de ganado; mu- "chos bagajes, etc.—tales fueron los trofeos y el "botín de este memorable hecho de armas.

"Bastó una hora exactamente a nuestras tro- "pas, para triunfar en todos los puntos de la brillan- "te posición del Cimatario, una línea que tenía más "de una legua de largo y que estaba ocupada por "10,000 juaristas.

"Desde el flanco derecho de las paralelas hasta "la cumbre del Cimatario y desde aquí hasta la ha- "cienda de Jacales, al sur de de la plaza, las pocas "tropas imperialistas habían dispersado los si- "guientes 17 batallones enemigos:

- "el primer Batallón ligero de Jalisco.
- "el 2º Batallón ligero de Jalisco.
- "el 4º Batallón ligero de Jalisco.
- "el 6º Batallón ligero de Jalisco.
- "el Batallón de Tiradores de Jalisco.
- "el Batallón de Cazadores de Jalisco.
- "el primer Batallón de Colima.
- "el primer Batallón de Michoacán.

"el tercer Batallón de Michoacán.

"el 5º Batallón de Michoacán.

"el 2º Batallón de Morelia.

"Batallón de Cazadores de Morelia.

"Primer Batallón de Querétaro.

"Batallón de Guadalajara.

"Batallón de Sinaloa.

"Batallón de Tepic.

"6º Regimiento de Caballería de Colima.

"En el momento en que nuestras columnas de "ataque habían recorrido la mitad del camino que con- "duce de la saliente derecha de las líneas de defensa "enemigas a la hacienda del Jacal, fué cuando V. M. "acompañado del General Ramírez de Arellano, se "dirigió al campo de batalla. Al llegar al punto don- "de se encontraban nuestros bravos soldados, quie- "nes habían alcanzado tan envidiable éxito. V. M. "fué recibido con entusiasmo por todos los cuer- "pos de tropa. Cuando éstos llevaron sus armas "hasta la parte más saliente de la izquierda del ene- "migo, que se apoyaba en la hacienda de Jacales, "pedí permiso a V. M. para concentrar nuestras "fuerzas y volver a nuestra línea de defensa, pues- "to que ya no tenía objeto desviarse más de ella.

"La concentración que efectué estaba casi ter- "minada, cuando aparecieron en la cumbre del Ci- "matario algunas partidas de caballería enemiga. "Entonces destaqué una parte considerable de tro- "pas para reconocer al enemigo, que reaparecía en "las posiciones de donde había sido desalojado po- "co antes.

"V. M. resolvió tomar parte en este reconoci- "miento, desdeñando el peligro, que tenía que ser "extraordinario.

"La partida de tiradores enemigos, de las que

"antes hablé, eran la vanguardia de una división
"de tropas enemigas, de unos 4,000 hombres, que se
"apresuraban a socorrer a los 10,000 fugitivos. Des-
"pués de reconocer a estas tropas, las nuestras vol-
"vieron a sus posiciones, por orden de V. M., tenien-
"do que soportar el nutrido fuego enemigo, y al
"cual estuvo expuesto V. M. todo el tiempo que ad-
"quirió la concentración de las tropas imperialis-
"tas.

"Tal es la descripción del combate que sostu-
"vieron nuestros soldados contra la poderosa línea
"enemiga del Cerro del Cimatario. Al principio de
"esta relación pasé por alto, intencionalmente, la
"descripción topográfica de la posición donde tanto
"brilló el poder de nuestras armas. Sabiendo lo bien
"que V. M. conoce la situación y las particularidades
"del Cimatario, hubiera sido inútil llamar la aten-
"ción de V. M. acerca de las condiciones de dicho
"Cerro, conforme a todas las reglas del arte de la
"guerra.

"De hecho, el Cimatario tiene una inclinación
"favorable, domina la situación en todos los pun-
"tos, proporciona a los que lo ocupan una gran fa-
"cilidad de resistencia, en todas sus partes permite
"a la artillería y a las tropas operar ventajosamen-
"te, en caso de una ofensiva, y es, en consecuencia,
"muy favorable para los que están posesionados de
"él; pero es tanto más difícil para los que lo ata-
"can. Sin el conocimiento exacto de que los juaristas
"son torpes por naturaleza, hubiera sido inútil propo-
"ner a V. M. la realización de un plan, que se basa-
"ba más en la cobardía del enemigo que en el valor
"de nuestras tropas.

"Al final de esta narración, me permito indicar
"a V. M. las tropas que tomaron participación en

"esta gloriosa salida contra el enemigo, o que la
"protegeron vigorosamente.

"Los batallones de infantería se disputaron el
"honor de combatir en los puntos más peligrosos;
"la caballería cumplió fielmente las órdenes e ins-
"trucciones que se le dieron, y la artillería, bajo la
"dirección, siempre acertada, del General Ramírez
"de Arellano, sembró, con su fuego mortal, el es-
"panto entre el enemigo.

"De acuerdo con las órdenes de V. M. tengo el
"alto honor de adjuntarle, marcadas con los núme-
"ros 1, 2, 3 y 4, las listas de las pérdidas, muertos y
"heridos, que sufrieron las tropas que son bajo mi
"mando, y después las listas de los prisioneros he-
"chos, de los cañones conquistados y de las armas
"y municiones quitadas al enemigo, con la indica-
"ción de los generales, jefes y oficiales que se dis-
"tinguieron de una manera particular, y que son,
"por consiguiente, dignos de ser condecorados y as-
"cendidos.

"A Vuestra Majestad,

"El General de División

"Miguel Miramón.—Rúbrica.

Hasta el lugar donde empieza Miramón a re-
"latar la segunda parte del combate, los datos son
"rigurosamente exactos. Hasta allí se apega a la ver-
"dad; su relato nada tiene de exagerado. En efecto,
"el éxito de la primera jornada fué tan brillante y
"tan gradioso, la derrota y huida del enemigo tan
"completa, que sobrepasó a las mayores esperanzas
"de los imperialistas. Una batalla en que pierde el
"enemigo más de la mitad de su artillería y abando-
"na el campo en completa derrota, es, incontestable-
"mente, una brillante victoria, que no necesita comen-

tarios favorables. Fué tan grande el pánico en las filas enemigas, que, como me confesaron después oficiales republicanos, cuando estuve prisionero, tuvieron que mandarse divisiones completas de caballería para que dieran alcance a la infantería, la cual huía completamente a la desbandada; y tuvo que ser traída de nuevo casi a la fuerza.

El número de desertores que tuvieron los juaristas, acerca del cual faltan del todo datos oficiales, debe haber sido muy considerable, si se toman en cuenta las circunstancias. Un ejército que se compone, casi sin excepción, de "forzados", esparcido en una gran extensión de terreno y obligado a huir, claro está que estos últimos sólo tratan de aprovechar la ocasión para huir y regresar a su tierra, de donde fueron arrancados a la fuerza. Tal vez ni la mitad de los fugitivos volvió al campamento. Así es que las pérdidas de los juaristas bien podrían evaluarse en varios miles de hombres.

Si los imperialistas eran presa de un verdadero vértigo de triunfo, y no dejaban de lanzar los más entusiastas vivas, en cambio en el campamento enemigo reinaba un silencio sorprendente. Si no se hubiera escuchado de cuando en cuando algún cañonazo aislado, fácilmente se hubiera podido creer que el enemigo había abandonado sus posiciones y había levantado el sitio.

En el campo de batalla, el entusiasmo de las tropas llegaba al delirio; los repiques de las campanas de todos los templos anunciaban el triunfo de los imperialistas; (1) los habitantes de la ciudad

(1) Costumbre que existe en México de anunciar de este modo al pueblo los triunfos o cualesquiera otros acontecimientos de regocijo.

salieron en tropel, adornando con ramas y flores los cañones capturados al enemigo. A tanto llegó su entusiasmo, que ellos mismos transportaron los cañones a la ciudad, arrastrándolos por caminos impracticables, y dando rienda suelta a los transportes más grandes de alegría. El Emperador tuvo la gran satisfacción de ver cómo se alegraban de su victoria, manifestando toda la población su simpatía hacia él.

He dicho que hasta aquí, Miramón se apega estrictamente a la verdad, lo que, por otra parte, nada le costaba. Pero sucede de modo muy distinto cuando relata el segundo ataque, pues lo hace de una manera muy superficial.

Por mi parte, ajustándome rigurosamente a la verdad, voy a decir las serias consecuencias que tuvo aquel glorioso hecho de armas.

Embriagados por su triunfo, los imperialistas dejaron pasar un tiempo precioso, en vez de aprovecharse de aquél para romper el sitio y dirigirse inmediatamente a la Sierra Gorda, como se había pensado desde un principio, en el caso de que Márquez no se presentara.

Pero el enemigo se aprovechó de más de dos horas de completa calma para conducir al Cimatario tropas de refresco.

Cuando las avanzadas de los imperialistas situadas en la extremidad del terraplén del Cimatario distinguieron de nuevo al enemigo, se resolvió salir a su encuentro, para darse cuenta de su número.

Con este objeto se reunieron cuatro batallones de infantería, formados en columnas de avance; al mismo tiempo, el cuarto Regimiento de Lanceros salió al encuentro de la caballería enemiga. El Em-

perador quiso, de todos modos, acompañar a las tropas.

Apenas habían llegado a la planicie los Ulanos del 4º Regimiento, seguidos de cerca por la infantería, cuando se encontraron frente a una masa de cerca de 4000 soldados de caballería enemiga, que avanzaba con rapidez y abrió un terrible fuego contra las escasas filas de los Lanceros imperialistas; y entonces se desarrolló una escena terrible, que todavía se presenta delante de mis ojos con todo su horror.

Yo formaba parte de la Reserva y estaba con tres compañías de Húsares, colocado poco más o menos a la mitad de la pendiente del Cimatario, en la parte que desciende a la ciudad. Junto a mí estaban el Comandante de Caballería Pawlowsky y el Teniente-Coronel Fritz Kaehlig.

La consecuencia inmediata de este ataque formidable e inesperado fué, que, diezmadas en un instante las filas de caballería imperialista, y no pudiendo hacer frente al choque irresistible de las columnas enemigas, retrocedieron precipitadamente, atropellando de una manera terrible a la infantería que marchaba detrás de ellas, sembrando la mayor confusión en sus filas, hasta que éstas, llenas del mismo pánico, perdieron toda disciplina y ya nada las pudo contener.

Acosados sin cesar por el fuego de la caballería enemiga, que avanzaba en apretadas masas, empezó una fuga desordenada e incontenible, imposible de describir. El Emperador y los generales que lo acompañaban fueron materialmente arrastrados por la turba que huía. En esos momentos la pendiente del Cimatario se cubrió de muertos y heridos, que eran completamente abandonados por los fugiti-

vos. Y detrás, implacable, perseguía el enemigo vencedor.

"¡Húsares! ¡Cubrid la retirada!, nos gritó Miramón,—dirigiéndose a nosotros. Era una excitativa directa a que nos sacrificásemos.

A pesar del pánico espantoso de que era presa la infantería, cuyas mermadas filas se entremezclaban con nosotros al huir, nuestros valientes Ulanos hicieron alto y permanecieron en admirable pie, hasta que los fugitivos llegaron a la ciudad y se guardaron tras de sus defensas. Entonces la artillería rompió un nutrido fuego concéntrico contra el enemigo, rechazándolo enérgicamente e impidiéndole continuar su persecución.

Después se dijo que la caballería enemiga había estado armada con rifles de 8 a 16 tiros. Y, de hecho, la caballería republicana estaba equipada, en su mayor parte, con armas de esta clase.

Así terminó aquel memorable día, empezado con un triunfo tan brillante que hizo latir de contento el corazón de todos los partidarios del Emperador, con una derrota terrible, sobre todo bajo el punto de vista moral.

Más de 300 muertos y heridos cubrían el campo de batalla.

¿Dónde se había quedado Márquez? Esto se preguntaba todo el mundo en Querétaro, al ver que este general no había dado las menores señales de vida durante el combate, ni parecía con el esperado socorro.

El periódico oficial, "Boletín de Noticias", de fecha 29 de abril, publicó las siguientes comunicaciones, con el título de "Noticias importantes":

"Su Excelencia el Sr. General Don Leonardo Márquez.

"Sabemos de buena fuente, que el ataque al Cimatario fué una combinación frustrada con las tropas del General cuyo nombre encabeza estas líneas. Así, no está lejana la hora en que esta combinación se convierta en realidad.

"MEXICO Y GUADALAJARA."

"Una de las grandes ventajas del ataque al Cimatario, fué, que se presentaran al Emperador varios Correos, que habían sido detenidos en el campamento enemigo. Las cartas son de fecha muy reciente y contienen noticias del mayor interés. México está perfectamente defendido y armado; el Consejo de Ministros obra con energía y prudencia y los habitantes, entusiasmados, confían en el triunfo de nuestras armas.

"Guadalajara se perdió al fin para los enemigos del orden y el General Lozada cuenta 10,000 hombres y 40 cañones bajo sus órdenes. Últimamente, salió de esta plaza una fuerte división de las tres armas, que operará en combinación con las demás tropas imperialistas que vienen al encuentro de nuestros sitiadores.

"LA SIERRA."

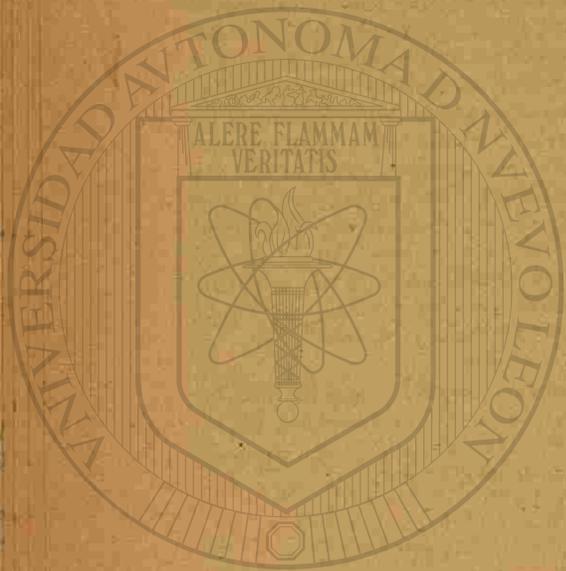
"Las últimas noticias oficiales procedentes de esta parte, nos comunican que el General Olvera reúne 4,000 hombres bajo su comando; este fiel defensor de la causa de la Independencia, operará en combinación con el General Márquez.

MICHOACAN.

"El Coronel Pesquera ha tomado Morelia, y ya envió una Brigada de las tres armas contra el enemigo que sitia a esta plaza. Dicha Brigada debe encontrarse actualmente en Salvatierra.

A pesar de estas comunicaciones del periódico oficial, es muy dudoso que hayan llegado correos de la Capital; por una parte, porque es un hecho que cualquier tentativa del General Márquez, de mandar mensajeros a Querétaro, se hubiera estrellado contra la vigilancia del enemigo, el cual, desechando toda clase de escrúpulos, siempre había acostumbrado tratar de una manera muy sumaria a los correos que caían en su poder; y, por otra parte, porque si el Emperador se hubiera enterado de los verdaderos sucesos de la Capital, ya no habría contado con los socorros tanto tiempo esperados y habría intentado cuanto antes la salvación común, antes de que la falta de viveres se acentuara, haciendo cada vez más problemático el éxito.

Es mucho más fácil suponer que las noticias expresadas procedieran de las declaraciones de los últimos prisioneros, o eran propaladas por el enemigo, con intención fácil de adivinar.



X.

ALGUNAS CORRESPONDENCIAS INTERESANTES.

Durante la terrible batalla del Cimatario, el enemigo abandonó varios documentos, entre los cuales se hallaban algunas cartas muy interesantes. Absteniéndome del todo de tomar participación en la polémica suscitada por estos documentos, quiero transcribir aquí las publicaciones del órgano del gobierno, "Boletín de Noticias", las cuales son tanto más interesantes, cuanto que provienen de una de las personas de confianza del Emperador, e General Manuel R. Arellano. Esta circunstancia aumenta su importancia, y, en lo que concierne a las dos cartas siguientes, Arellano las declara apócrifas.

Por más que, desde muchos puntos de vista, estas cartas puedan parecer verdaderas, se vé uno obligado a tenerlas por falsas. En primer lugar, porque en muchos puntos contradicen totalmente las intenciones y la política del Soberano, y en segundo, porque el Emperador, con cuya aprobación se publicaron dichas cartas, no hubiera permitido, seguramente, que Arellano declarara apócrifa su propia correspondencia, si no lo hubiera sido en efecto.

Por otra parte, estas dos cartas fueron publi-

eadas por la prensa europea y consideradas, generalmente, como documentos históricos.

"Tenemos en nuestro poder una voluminosa correspondencia, que fué tomada a los juaristas, después de haberlos derrotado completamente en el ataque del Cimatario, el 27 de abril", escribe el General Arellano.

Parte de esta correspondencia es de interés culminante, y por ésto mismo la insertamos ahora, para que nuestro lector pueda formar su opinión acerca del patriotismo, solidaridad y fidelidad de estos revolucionarios, que vendían la independencia de México, destruyendo completamente el orden social, para apoderarse a la fuerza del poder.

Igualmente, la prensa periodística de los ultrademagogos contiene documentos de la más alta importancia, con los cuales pretenden, por medio de las calumnias o del cinismo más descarado, engañar a los incautos.

Empezamos insertando las pretendidas cartas del Emperador al Ministro Don Teodosio Lares y del Presidente de Ministros al Emperador, las cuales se refieren a la situación política de México en el mes de febrero de este año. (Número 1 y 2.)

La primera impugnación que podemos hacer a estos documentos apócrifos, es el conocimiento de la política personal y de los designios del Emperador, que se trata de exponer en la carta del 9 de febrero, así como también la buena voluntad con que damos a la publicidad dichas cartas.

Todo el mundo sabe muy bien la máxima maquiavélica que siempre han seguido los juaristas, incapaces de alcanzar el triunfo con sus propios recursos: "Divide y reinarás", de la cual, por cierto, se vanaglorian de poseer.

Sin embargo, estas armas están demasiado gastadas por el uso. Naturalmente, cuando estas armas se dirigen contra enemigos honrados, como nosotros somos, no tienen mas efecto que avivar nuestro valor.

1.

"México, 9 de febrero de 1867.

"Mi querido Ministro Don Teodosio Lares:

"La situación actual de México me conmueve profundamente. Cada resolución adoptada para "terminar la guerra civil nos conduce a encenderla "más, y donde quiera que se intenta consolidar el "imperio, corren torrentes de sangre, sin obtener "la mayor ventaja.

"Se esperaba que una vez emancipado el imperio de la intervención francesa, nuestra acción "se haría sentir de una manera saludable en favor "de la paz y del bienestar de las poblaciones. Desgraciadamente ha sucedido lo contrario, y si los "hechos para siempre lamentables de San Jacinto y "del Monte de las Cruces nos sirven para abrirnos "los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del "imperio.

"Mucho se prometía de la habilidad, de la aptitud, de la lealtad y del prestigio de los generales "Mejía, Miramón y Márquez. El primero ha dejado "el servicio so pretexto de su estado de salud; el "segundo ha sacrificado, casi sin combatir, en la "primera batalla que ha dado, todos los elementos "que se le habían confiado; el tercero, después de haber arrancado todo por los medios más violentos "a los ciudadanos laboriosos y pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrien-

"tos resultados no se deplorarán nunca lo bastante.
 "Al mismo tiempo el tesoro está agotado;
 "para atender miserablemente al servicio de algunos
 "ramos de la administración, hay que imponer
 "préstamos forzosos, imposibles de realizar, aun por
 "medio de los procedimientos más vejatorios, y de-
 "cretar contribuciones extraordinarias más odiosas
 "que productivas.

"El imperio no tiene, pues, en su favor ni la
 "fuerza moral ni la fuerza material; los hombres
 "y el dinero le huyen, y la opinión se pronuncia de
 "todas maneras contra él.

"Por otra parte, las fuerzas republicanas, que
 "injustamente se ha tratado de representar como
 "desorganizadas, desmoralizadas y sólo animadas
 "del deseo de pillaje, prueban con sus actos que
 "constituyen un ejército homogéneo, estimulado por
 "el valor y la habilidad de su jefe y sostenido por
 "la idea grandiosa de defender la independencia na-
 "cional que cree puesta en peligro por la fundación
 "del imperio.

"En situación tan crítica, nosotros no tenemos
 "siquiera el recurso de apelar al sufragio universal
 "de las poblaciones, porque el voto de algunas lo-
 "calidades ocupadas por las armas imperiales, no
 "significaría nada en cuanto al resultado. El momen-
 "to de emplear este medio ha pasado; debemos,
 "pues, renunciar a él para siempre.

"Yo he contraído hacia México el compromi-
 "so solemne de no ser nunca motivo para prolon-
 "gar la efusión de sangre. El honor de Mi nombre,
 "y la inmensa responsabilidad que pesa sobre Mi
 "conciencia, ante Dios y ante la historia, me pres-
 "criben no diferir más una gran resolución que haga
 "cesar inmediatamente tantos males.

"Espero, pues, que tenga Ud. la bondad de in-
 "dicarme, con la prontitud que las circunstancias
 "exigen, las medidas que Ud. juzgue oportunas pa-
 "ra resolver la actual crisis, ateniéndose a las ideas
 "expresadas en esta carta, y teniendo en cuenta
 "únicamente el bien y la prosperidad del pueblo me-
 "xicano, con entero desprendimiento de todo interés
 "político ó personal.

"Su afectísimo

Maximiliano. — Rúbrica.

2.

"México, Febrero 10 de 1867.

"Señor:

"La carta de V. M., fechada ayer, me ha cau-
 "sado una impresión profunda, y como era de mi
 "deber, reuní inmediatamente a los ministros a
 "quienes tengo la honra de presidir. Después de
 "haber examinado concienzudamente las ideas ex-
 "presadas en vuestra carta, nuestro primer pensa-
 "miento fué renunciar las funciones con que nos ha
 "honrado la confianza de V. M. en la persuasión de
 "que el ministerio actual no se halla en estado de
 "servir la difícil política que V. M. se propone adop-
 "tar. El Ministerio cree que, en el extremo a que nos
 "ha reducido la deslealtad del gobierno francés, só-
 "lo el completo exterminio de uno de los dos adver-
 "sarios puede asegurar la victoria del otro y resta-
 "blecer la paz. Pero una consideración nos ha de-
 "cidido a no persistir en la idea de dimisión. Cuando
 "V. M. ha aceptado con tanto valor y abnegación el
 "voto de los consejeros, resuelto a quedarse a la ca-
 "beza de la nación, nosotros tenemos por deber, el
 "permanecer cerca del trono y compartir con V. M.
 "todas las amarguras del presente y todas las in-
 "certidumbres del porvenir.

"Tomada esta resolución, nosotros suplicamos

"a V. M. que juzgue nuestra adhesión a su persona
"conforme al sacrificio que hacemos de nuestras
"opiniones, para secundar su deseo de poner fin a la
"guerra, por medios que nos son antipáticos.

"Debemos, ante todo, evitar a la Capital las
"calamidades de un sitio y los horrores de un asal-
"to; hay que intentar en otra parte la solución, en
"Querétaro, por ejemplo, donde el imperio cuenta
"todavía con numerosos partidarios. Concentrando
"allí el mayor número posible de tropas regulares,
"a las órdenes de los generales más distinguidos y
"más leales, a fin de constituir un ejército respec-
"table convendría que V. M. tomase el mando en jefe
"para reprimir las rivalidades y las preferencias
"inevitables entre nosotros, cada vez que se hallan
"en contacto dos o más oficiales del mismo grado.

"Habiendo así tomado una actitud verdadera-
"mente fuerte, que haga comprender a los republi-
"canos que todavía encontrarán enérgicas resisten-
"cias que vencer, se deberá entrar directamente en
"pláticas con Don Benito Juárez. Es probable que
"él se niegue, y aquí se presenta la dificultad; pe-
"ro para decidirle se podrá hacer valer el estado de
"cansancio en que se encuentra la nación, y la fa-
"tiga que necesariamente debe abrumar a los que
"le siguen. En ningún caso se propondrá el llama-
"miento al voto público. Juárez es fanático por la
"legalidad de su título; cree de buena fé en su man-
"dato, y no consentirá nunca ponerlo en duda. El
"debate deberá, pues, limitarse a hacer estipular la
"introducción de las siguientes reformas constitu-
"cionales por el primer Congreso:

1º: Creación de la Cámara de Senadores.

"2º: Inamovilidad de los ministros de la Supre-
"ma Corte, con excepción del presidente, que se
"renovará cada ocho años y será nombrado por

"el Congreso.

"3º: Elección directa del Presidente y de los
"Diputados.

"5º: Restitución al clero del derecho de voto ac-
"tivo y pasivo.

"6º: Libertad a las corporaciones de adquirir
"bienes, arreglando un modo de enajenación perió-
"dica por los valores muebles que adquieran.

"Debería también estipularse expresamente que
"el gobierno republicano proclamará una franca
"amnistía, y que las personas que no estuviesen com-
"prendidas en ella, serán juzgadas por los tribuna-
"les ordinarios, con todas las garantías que asegu-
"ran las leyes vigentes antes del 31 de diciembre
"de 1861, considerando como derogadas todas las
"que se han promulgado posteriormente sobre la
"materia.

"Convendría, igualmente, hacer de manera que
"la República reconozca la deuda interior contraí-
"da por el Imperio, y admita la validez de las con-
"cesiones y privilegios industriales o comerciales
"concedidos por V. M.

"De este modo, las reformas constitucionales
"satisfarán las aspiraciones del partido conservador
"y los intereses del clero; la amnistía y el juicio por
"los tribunales ordinarios tranquilizarán a las per-
"sonas que se han comprometido en el Imperio, y si
"se obtiene, además, el reconocimiento de la deuda
"y de las concesiones, los interesados en ello no po-
"drán menos que felicitarse.

"Considero como de importancia vital el más
"profundo secreto en todo este negocio. Es eviden-
"te, en efecto, que si antes de llegar a un arreglo
"definitivo, tuviesen aviso de él ciertos generales en
"jefe del ejército, las nobles miras de V. M. se en-
"contrarían en pugna con el interés personal de

"ellos, puesto en peligro por la conclusión de la paz y el restablecimiento del orden.

"No me lisonjea la esperanza de que V. M. vea coronados por el éxito sus nobles esfuerzos; pero sea como fuere, yo tendré la satisfacción de no haber retrocedido ante ninguna manera de manifestarla profunda adhesión con que soy de V. M. ferviente servidor.

"El Presidente del Consejo de Ministros,
"Teodosio Lares.—Rúbrica.

X I
EL 10. Y EL 3 DE MAYO. — FALSAS NOTICIAS.
—EL 5 DE MAYO.

A pesar del gran descalabro que sufrieron los imperialistas en el combate del 27 de abril, después de haber vencido en todos los anteriores, no eran despreciables las ventajas que habían alcanzado en la mañana de ese mismo día. No solamente había perdido el enemigo la mitad de su artillería, la cual vino a los imperialistas como anillo al dedo, no solamente perdieron muchísimos soldados, sino que, en su precipitada fuga, abandonaron gran cantidad de víveres y municiones, cayendo todo ésto en poder de los vencedores. De este modo aumentaron sus provisiones ya tan menguadas, haciendo posible, por un poco más de tiempo, la defensa de la plaza.

"Sin embargo, el 27 de abril puede considerarse como el punto culminante de los éxitos que tuvieron las armas imperialistas. A partir de este día, la defensa de la ciudad comenzó a hacerse cada vez más difícil; el drama se desarrollaba en toda su plenitud y su desenlace estaba próximo. Los errores del 27 de abril iban a ser vengados de una manera terrible. Los imperialistas, por su parte, no permanecían inactivos.

El 10. de mayo se hizo un reconocimiento de la hacienda de Calleja; situada al oriente de la ciu-

"ellos, puesto en peligro por la conclusión de la paz y el restablecimiento del orden.

"No me lisonjea la esperanza de que V. M. vea coronados por el éxito sus nobles esfuerzos; pero sea como fuere, yo tendré la satisfacción de no haber retrocedido ante ninguna manera de manifestarla profunda adhesión con que soy de V. M. ferviente servidor.

"El Presidente del Consejo de Ministros,
"Teodosio Lares.—Rúbrica.

X I
EL 10. Y EL 3 DE MAYO. — FALSAS NOTICIAS.
—EL 5 DE MAYO.

A pesar del gran descalabro que sufrieron los imperialistas en el combate del 27 de abril, después de haber vencido en todos los anteriores, no eran despreciables las ventajas que habían alcanzado en la mañana de ese mismo día. No solamente había perdido el enemigo la mitad de su artillería, la cual vino a los imperialistas como anillo al dedo, no solamente perdieron muchísimos soldados, sino que, en su precipitada fuga, abandonaron gran cantidad de víveres y municiones, cayendo todo ésto en poder de los vencedores. De este modo aumentaron sus provisiones ya tan menguadas, haciendo posible, por un poco más de tiempo, la defensa de la plaza.

"Sin embargo, el 27 de abril puede considerarse como el punto culminante de los éxitos que tuvieron las armas imperialistas. A partir de este día, la defensa de la ciudad comenzó a hacerse cada vez más difícil; el drama se desarrollaba en toda su plenitud y su desenlace estaba próximo. Los errores del 27 de abril iban a ser vengados de una manera terrible. Los imperialistas, por su parte, no permanecían inactivos.

El 10. de mayo se hizo un reconocimiento de la hacienda de Calleja; situada al oriente de la ciu-

dad, y contra la Garita de México. El informe oficial dice así:

"El 1° de mayo se efectuó un reconocimiento militar de la hacienda de Calleja y de la Garita de México. La hacienda fué tomada al asalto por nuestros soldados, después de un incesante bombardeo dirigido personalmente por el General Arellano. La Garita de México presentó poca resistencia al Batallón de la Guardia Municipal, que la atacaba y fué abandonada después de un pequeño combate. Entonces el enemigo dirigió considerables esfuerzos a este punto; después que ya se había conseguido el objeto del reconocimiento, el Batallón dicho regresó a la ciudad.

"Las pérdidas del enemigo en esta batalla se estiman en cerca de 300 muertos y heridos. El Coronel Carrillo, que defendía la Garita de México, murió durante la retirada y el Coronel Gagern, un hombre de gran estimación entre los juaristas, recibió dos heridas, y a causa de una de ellas, se le amputará el brazo derecho."

Acercá de las pérdidas de los imperialistas, el Boletín calla sistemáticamente; pero no pueden haber sido menores que las del enemigo a quien se atacó. Los imperialistas tuvieron que lamentar la muerte del valeroso Teniente Coronel Joaquín Rodríguez, Comandante de la Guardia Municipal.

El 3 de mayo fué coronado por el éxito un ataque enérgico que emprendieron los imperialistas bajo el comando de Miramón, contra la línea norte del enemigo y el cerro de San Gregorio.

Los imperialistas se habían apoderado ya de las primeras posiciones de la línea de defensa enemiga, habiendo muerto al General juarista Don Florencio Antillón, cuando el Emperador, que presenciaba el

combate desde la torre de la Iglesia de San Francisco, mandó suspender inmediatamente la acción. Tenía sus razones para ello.

Mientras que los imperialistas penetraban victoriosos en las filas enemigas, apareció repentinamente un hombre, llamado Guadalupe Valencia, simulando ser sargento del ejército del General Márquez, quien lo había mandado con importantes comunicaciones para el Emperador.

Sin pérdida de tiempo fué llevado el mensajero ante el Emperador, y éste, en virtud de las noticias que recibió, mandó suspender inmediatamente el ataque.

Sin embargo, este Don Guadalupe Valencia era un infame impostor, quien, enviado por el enemigo, con verdadera temeridad, durante lo más reñido del combate penetró en el campamento imperialista, con objeto de engañar al Emperador por medio de noticias falsas.

Ese mismo día apareció en las esquinas de las calles de Querétaro la siguiente comunicación:

"Querétaro, Viernes 3 de mayo de 1867.

"En el mismo momento en que Su Excelencia el General Don Miguel Miramón atacaba hoy el Cerro de San Gregorio, y cuando había ya tomado, con sus tropas, las primeras posiciones del enemigo, S. M. recibió noticias oficiales e indubitables respecto de la próxima llegada de Su Excelencia el General Don Leandro Márquez y del ejército que está bajo sus órdenes; noticias que fueron traídas por el valiente y fiel sargento de Cazadores, Guadalupe Valencia, quien se aprovechó de la ocasión para pasar a nuestras líneas con los despachos de que era portador.

"Inmediatamente, el Soberano se dirigió a la Plaza de San Francisco, y ordenó a Su Excelencia

"el General Don Miguel Miramón, suspender el ataque, ajustándose, de este modo, al plan de defensa de esta Plaza.

"Lo que se pone en conocimiento del ejército imperialista.

"El Jefe de Estado Mayor"

"Severo del Castillo."

De este modo se había dejado engañar el Alto Comando del ejército imperialista de la manera más cruel, y había sido despistado por un vulgar aventurero, a tal grado, que creyó en la próxima llegada del ejército de socorro. En cuanto a que ese aventurero llenó bien su cometido, lo prueba el hecho de que ese mismo día aparecieron en las esquinas de las calles de la ciudad unos carteles que daban noticia de las tropas que se esperaban, detallando exactamente el lugar en que operaban y demás circunstancias. Pero, como después se verá, no se iba a estar mucho tiempo a obscuras de los sucesos exteriores.

Las comunicaciones dirigidas al Emperador el 3 de mayo dicen así:

"A Vuestra Majestad:

"Según he tenido el alto honor de participar a V. M., por mis comunicaciones de fecha 16 y 19 del corriente, el 17 salí de México con el ejército, cuya organización es como sigue:

1a. DIVISION DE INFANTERIA:

"General en Jefe: Rosas Landa.

"1a. Brigada: General Ruelas.

"2a. Brigada: General Oronoz.

"2a. DIVISION DE INFANTERIA:

"General en Jefe: Zires.

1a. Brigada: General Vega.

"2a. Brigada: Coronel Pozo.

"Dos baterías rayadas.

"3a. DIVISION DE CABALLERIA:

"General en Jefe: O'Horan.

"Regimiento de Húsares.

"6o. y 9o. Regimientos de caballería.

"Escuadrón de la Emperatriz.

"4a. DIVISION DE RESERVA:

"General en Jefe: Santiago Vidaurri.

"Brigada de Infantería: General Piña.

Brigada de Caballería: Coronel Quiroga.

"Artillería: dos baterías de a 12 y obuses de 36.

"Tren: 90 carros.

"Comisaría: Tiene los fondos suficientes.

"El Excelentísimo Sr. General Vidaurri, con la división de reserva, sigue otro camino que el que llevan mis tropas; pero debo reunirme en la hacienda de la Jordana.

"México ha quedado suficientemente guarnecido y al cuidado del Sr. Gral. Tabera.

"Aseguro a V. M. que no debe abrigar ningún temor por la conservación de la Capital, que se bastará a sí misma por largo tiempo.

"Tengo la honra de adjuntar a Vuestra Majestad un pliego del Excmo. Sr. Vidaurri.

"El General en Jefe, L. Márquez.

"Monte Alto, Abril 27 de 1867.

"A Vuestra Majestad.

"En la incertidumbre de que llegue la presente a las manos de V. M., omito los detalles relativos a la organización de este ejército de operaciones, y a las dificultades naturales e imprevistas con que hemos luchado el Sr. Márquez y yo para proceder conforme a las órdenes de V. M. Básteme decir a V. M. que al fin estamos de marcha y que van a principiar nuestras operaciones contra los sitiadores de esa plaza.

"Tengo la honra de participar a V. M. como en mis despachos anteriores, que el Gabinete quedó constituido según los deseos de V. M., y que en mi ausencia lo presidirá el Excmo. Sr. Iribarren, cuyo prestigio y energía son bien conocidos de V. M.

"El entusiasmo de la capital y el estado de defensa en que se encuentra, son altamente satisfactorios.

"El Ministro de Hacienda.

"Santiago Vidaurri.

"Ixtlahuaca, 23 de Abril de 1867.

Volvió a renacer la esperanza de los imperialistas en un auxilio próximo. Así las cosas, llegó el 5 de Mayo, que transcurrió en el campamento juarista en medio del mayor entusiasmo. Este día se celebró el aniversario de la derrota de los franceses efectuada en Puebla por el ejército mexicano que mandaba Zaragoza en 1862.

Todo el día se escucharon las bandas de música que tocaban y pareció reinar la más loca alegría, al menos se vió a los sitiadores durante el día entero rendir el más desenfrenado culto a Bacó. Que los republicanos acabasen este día festivo con un furioso ataque, no lo esperaban los imperialistas, pero siempre estaban en guardia.

Serían aproximadamente las siete de la noche y la obscuridad se había esparcido ya completamente cuando los sitiadores, en medio de una gritería salvaje, emprendieron un ataque furioso contra el puente principal del Río Blanco. Comenzó un fuerte cañoneo, iniciándose también terrible fuego de la fusilería, al mismo tiempo que los fuegos artificiales encendidos en el campamento enemigo, momentáneamente iluminaban la ciudad con un vivísimo resplandor.

No podía suponerse otra cosa sino que el alcohol que habían estado bebiendo todo el día, había surtido sus efectos, y que los jefes juaristas se aprovechaban de este entusiasmo súbito para hacer una última tentativa de tomar a Querétaro por la fuerza, y obtener una victoria para las armas republicanas.

Aunque fué repentino este ataque, los imperialistas lo contestaron de una manera terrible, porque el enemigo se lanzaba en enormes, pero inconscientes masas. No habían alcanzado todavía las barricadas, cuando fueron recibidas por el terrible fuego de los imperialistas, situados a corta distancia. Sus filas eran verdaderamente diezmadas y se produjo entonces un pánico tan grande, que huyeron a la desbandada, dejando en el campo de batalla gran cantidad de muertos y heridos.

Para dar una idea de la violencia del ataque y de la precipitada huída de los fugitivos, bastará decir que toda la acción duró menos de un cuarto de hora. En la ciudad cayeron más de 200 granadas, pero sin causar daños de consideración.

Así como las pérdidas del enemigo deben haber sido muy grandes, en cambio los imperialistas, resguardados detrás de sus defensas, sufrieron poco daño. Tuvieron solamente dos heridos.

El informe oficial se expresa irónicamente de este combate, en los términos siguientes: (1)

"La orgía de los juaristas, el 5 de Mayo terminó con un ataque al Puente, a las 7 de la noche, en el momento en que el alcohol había trastornado com-

(1) En la imposibilidad de encontrar el original castellano, ha sido traducido del alemán, como todos los demás informes oficiales contenidos en esta obra. (N. del T.)

"pletamente la cabeza de los sitiadores.

"Sabemos, por una larga experiencia, que el arte de Vauban no es el fuerte del ejército de los demagogos; pero ignorábamos que los juaristas, para atacar una posición, necesitan una buena cantidad de barricas de aguardiente. Esta nueva aplicación del alcohol al arte de la guerra, será de gran utilidad para la industria.

"La libertad de los sitiadores respecto a todas sus operaciones es ilimitada; a pesar de eso, hay algo que repugna a la dignidad propia y, sobre todo, al honor militar. Por ejemplo, el hecho vergonzoso de estar sitiando a la ciudad, a gran distancia de sus defensas, y después de 60 días, atacar una de aquéllas, en el momento en que su gusto por el aguardiente los había puesto en el último grado de embriaguez.

XII

LOS DIAS TRISTES DEL SITIO.—ALGUNOS ACTOS OFICIALES

Mientras se verificaban los acontecimientos anteriores, la situación de las tropas y también la de la población, iban empeorando de día en día. La necesidad fué haciéndose mayor dentro de la ciudad, y el hambre terrible hizo al fin su aparición, sobre todo entre las clases pobres. Las provisiones se habían ido agotando poco á poco; todo lo que significaba comestible, se había comido y digerido; todas las bodegas donde se guardaban las provisiones de boca, estaban vacías, y las tiendas igualmente, y desde el más elevado artículo de lujo hasta los artículos de primera necesidad más comunes y corrientes, era imposible obtenerlos ni aun al más elevado precio. El aguardiente, los cigarros, el tabaco, la sal, el azúcar, el maíz, el café y demás artículos más o menos necesarios para la vida, se habían agotado, y para la inmensa mayoría de la población, como para el ejército, habían llegado a ser bienes inasequibles. Sólo uno que otro afortunado podía aún congratularse de tener una pequeña cantidad de provisiones, que escondía cual precioso tesoro, de las miradas de los demás.

Diariamente se veían centenares de mujeres, pertenecientes a las clases más pobres, a juzgar por

"pletamente la cabeza de los sitiadores.

"Sabemos, por una larga experiencia, que el arte de Vauban no es el fuerte del ejército de los demagogos; pero ignorábamos que los juaristas, para atacar una posición, necesitan una buena cantidad de barricas de aguardiente. Esta nueva aplicación del alcohol al arte de la guerra, será de gran utilidad para la industria.

"La libertad de los sitiadores respecto a todas sus operaciones es ilimitada; a pesar de eso, hay algo que repugna a la dignidad propia y, sobre todo, al honor militar. Por ejemplo, el hecho vergonzoso de estar sitiando a la ciudad, a gran distancia de sus defensas, y después de 60 días, atacar una de aquéllas, en el momento en que su gusto por el aguardiente los había puesto en el último grado de embriaguez.

XII

LOS DIAS TRISTES DEL SITIO.—ALGUNOS ACTOS OFICIALES

Mientras se verificaban los acontecimientos anteriores, la situación de las tropas y también la de la población, iban empeorando de día en día. La necesidad fué haciéndose mayor dentro de la ciudad, y el hambre terrible hizo al fin su aparición, sobre todo entre las clases pobres. Las provisiones se habían ido agotando poco á poco; todo lo que significaba comestible, se había comido y digerido; todas las bodegas donde se guardaban las provisiones de boca, estaban vacías, y las tiendas igualmente, y desde el más elevado artículo de lujo hasta los artículos de primera necesidad más comunes y corrientes, era imposible obtenerlos ni aun al más elevado precio. El aguardiente, los cigarros, el tabaco, la sal, el azúcar, el maíz, el café y demás artículos más o menos necesarios para la vida, se habían agotado, y para la inmensa mayoría de la población, como para el ejército, habían llegado a ser bienes inasequibles. Sólo uno que otro afortunado podía aún congratularse de tener una pequeña cantidad de provisiones, que escondía cual precioso tesoro, de las miradas de los demás.

Diariamente se veían centenares de mujeres, pertenecientes a las clases más pobres, a juzgar por

sus vestidos hechos andrajos, ir a situarse horas enteras alrededor del Palacio del Ayuntamiento, para esperar con la mayor paciencia que se les repariera maíz. El hambre más terrible se traslucía en los semblantes de estas desventuradas y era de ver la expresión de alegría que manifestaban cuando su larga espera no había sido en vano, y cuando se observaban cientos de brazos extenuados extenderse con ansia para recibir el pequeño donativo que se les repartía por orden expresa del Emperador y que les era indispensable para conservar su pobre existencia, el corazón se oprimía de angustia a la vista de tanta miseria. Pero las más de las veces era inútil la espera de estas infelices; con frecuencia tenían que regresar a sus casas con las manos vacías, y sus hambrientas familias, que esperaban su vuelta con la mayor angustia, nada tenían con qué matar el hambre cruel.

Diariamente pasaba yo por el lugar donde se reunían estas infelices, a quienes socorrían las autoridades municipales, por orden del Emperador. En cuanto a los esfuerzos que hizo este noble príncipe, encaminados a aliviar en lo posible la miseria de la población y del ejército, lo prueban suficientemente los documentos siguientes:

"Querétaro, lunes 29 de abril de 1867.

"Mi querido Ministro don Manuel García Aguirre:

"Nos, ocupamos atenta y personalmente en el cuidado y mejora de Nuestros hospitales para heridos, puesto que es uno de Nuestros deberes más sagrados, sobre todo cuando se trata del ejército; Nos hemos resuelto a hacer participante a Ud. en esta obra de tan alta importancia y Nos confiamos en los conocidos sentimientos altruistas de Ud., respecto a que Ud. nos ayude en la fundación y

"sostenimiento de estos establecimientos de beneficencia, en la medida que la situación lo exige y Nos esperamos alcanzar ardentemente.

"Reciba Ud. las seguridades.

"De su afectísimo.

"MAXIMILIANO.—Rúbrica.

Sin embargo, la falta de médicos, de medicinas y de buenos alimentos, hacía que la situación de los heridos no fuera de lo más satisfactorio. Entre los once médicos que existían, se contaban un dependiente de tienda y un arriero, antiguo veterinario. A pesar de la gravedad de la situación resultaba cómico hablar con una de estas dos personas; de repente interrumpían la conversación disculpándose porque tenían que ir al hospital a amputar un dedo a este o aquel soldado, y se alejaban apresuradamente. El primer pensamiento que se ocurría al oír esto, era:

¡Pobre del infeliz que caiga en sus manos!—

"EL GENERAL SEVERO DEL CASTILLO, EN JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL, A LOS HABITANTES DE ESTA CIUDAD SABED:

"Que teniendo noticia de que la clase pobre del pueblo comienza a sentir necesidad de maíz para sus usos domésticos, porque algunas personas que especulan con esa semilla la tienen oculta, movidos quizás por la esperanza de realizarla más tarde a precio fabuloso, S. M. el Emperador, en cuyo recto ánimo no cabe la tolerancia de un abuso que redundaría en grave perjuicio de la mayoría, me manda publicar lo siguiente:

"1o.—Toda persona que tuviere maíz en almacén, sea cual fuere la cantidad, está en obligación de manifestarlo dentro del término de veinticuatro horas en este cuartel general."

"2o: Quien no diere cumplimiento a esta prevención, será juzgado militarmente y, por la aclaración del hecho, condenado a sufrir la última pena."

"3o: A la persona que cumpliera, se le concederá que venda por su propia cuenta una tercera parte de su semilla, dejando las dos restantes a disposición de la prefectura que mandará realizar a bajo precio para que sean cumplidos los deseos de S. M. respecto de la clase que procura beneficiar."

"Dado en el Cuartel General.

"Querétaro, Mayo 4 de 1867.

"El Jefe de Estado Mayor,

"SEVERO DEL CASTILLO.

"MANUEL DOMINGUEZ, Oficial de la Orden de Guadalupe, Caballero de la Orden del Águila Mexicana y Prefecto Político del Departamento, a los habitantes de esta ciudad, sabed:

"Como ha llegado a conocimiento de su Majestad el Emperador que algunas familias carecen de domicilio, porque a consecuencias de la guerra se vieron obligadas a abandonar sus casas, ha dado Su Majestad la disposición de que dichas familias puedan disponer de los Conventos para su habitación, y por consiguiente, me ha dado el encargo de ponerme de acuerdo con el Padre Vicario y Gobernador de la Mitra, y junto con él he acordado lo siguiente:

"1o.: Todos los Conventos de esta ciudad están a la disposición de aquellos que puedan aprobar su carencia de domicilio."

"2o.: Las personas que soliciten alojamiento deberán presentarse en la Secretaría de este Departamento, provistas de un certificado, en el que atestigüen dos vecinos de notoria veracidad, que dichas personas necesitan casa."

3o.: Al que se halle en este caso, se le dará una

"constancia, que tiene que presentar al Sr. Gobernador de la Mitra, para que se le designe el Convento en que puede alojarse."

4o.: Aquellos a quienes se otorgue esta gracia, se les prohíbe llevar a su alojamiento amigos o conocidos, y se les encarga no deteriorar su habitación, sino conservarla en el mejor estado posible."

"Para que esta disposición llegue a conocimiento de todos, se me ha ordenado imprimirla, publicarla y hacerla circular, fijándola en los lugares públicos."

"Querétaro, 5 de Mayo de 1867.

"El Prefecto Político:

"Manuel Dominguez."

"Por la Secretaría General de la Prefectura:

"El Primer Oficial:

"Daniel Alfaro."

"J. ANTONIO SEPTIEN, Caballero de la Orden de Guadalupe, Alcalde de la Ciudad, a los habitantes de la misma, sabed:

"Con el fin de mitigar la necesidad que padecen los pobres en las circunstancias actuales, Su Majestad el Emperador ha ordenado que se les reparta diariamente y gratis, raciones de carne, durante el tiempo que el sitio impida la introducción de víveres en nuestra ciudad. A fin de cumplir exactamente la orden de Su Majestad, he acordado las siguientes providencias de acuerdo con el Sr. Prefecto de este Departamento.

"1o.: Se abrirán inmediatamente ocho carnicerías, en los siguientes Cuarteles de la Ciudad:

"Dos en el Cuartel No. 1,

"Una en el Cuartel No. 3,

Dos en el Cuartel No. 4,

Una en el Cuartel No. 5,

"Dos en el Cuartel No. 7.

"2o.: Los Comisarios de los Cuarteles expresados nombrarán las personas que deben entenderse con dichas carnicerías, y por medio de carteles fijados en las esquinas, se dará a conocer a las personas los lugares donde se van a establecer estas tiendas.

3o.: Las personas que tengan necesidad de la ayuda expresada, deberán entenderse con los Sub-comisarios presentando el comprobante de su pobreza y el número de personas de que se compone su familia.

4o.: Dichos empleados deberán revisar los comprobantes y apuntar en un registro los nombres de aquellos que, a su juicio, tengan necesidad de la ayuda arriba expresada.

5o.: Los interesados deberán presentarse con este comprobante al almacén de la Demarcación a que pertenecen, a fin de que se les distribuya la ración de carne que les corresponde.

6o.: Los Sub-comisarios de las Demarcaciones recibirán diariamente del Administrador del Almacén de Víveres, la cantidad de carne que necesiten, según el número de personas registradas, a fin de que éstos puedan hacer la distribución a las personas dichas.

7o.: Los jefes de los almacenes, los carniceros y los mozos serán gratificados por su trabajo.

8o.: El Cuartel 2o. queda subordinado al 1o., el 6o. al 4o., el 8o. al 7o. y el 11o. al 5o. para el servicio.

"A fin de que estas disposiciones sean conocidas por todos, se publicarán en carteles que se fijarán en los lugares públicos.

"Querétaro, 6 de Mayo de 1867.

"El Alcalde de la Ciudad"

"J. Antonio Septián."

La enérgica orden del General Castillo, con la

amenaza que encerraba, surtió bastante efecto, porque hizo reaparecer gran cantidad de maíz, que permitió continuar la defensa de la ciudad por algún tiempo más. Pero cuando también se agotaron estas nuevas provisiones, sin que pudieran reponerse, ya sea porque la amenaza de la pena de muerte, al no cumplirse, dejó de dar resultado, o ya sea porque de veras ya nadie tenía nada, entonces el Ayudante de Campo del Emperador, por encargo de éste, me dió orden de hacer un cateo minucioso en todas las casas; pero a pesar de todo el celo que desplegué, no obtuve ningún éxito. Cuando andaba haciendo el cateo, el amo de la casa, encogiéndose de hombros, solía decirme: "¡Válgame Dios, señor; es la centésima vez que revisan mi casa hasta el último rincón! ¿Cómo quiere Ud. encontrar algo todavía?"

Como estos procedimientos no habían tenido ningún éxito, el hambre y la miseria aumentaban de día en día. Los horrores del sitio empezaron a tomar tal carácter, que desanimaban aun a los más animosos, dejándose entrever muy cercano el final de una situación que se hacía cada vez más insostenible.

Los habitantes estaban siempre alborotados, como hormiguero sorprendido por un enemigo; iban constantemente de aquí para allá, en busca de sustento o a sus diarias ocupaciones, y día y noche pesaba sobre ellos la amenaza de las balas. El enemigo enviaba incesantemente sus proyectiles a las calles y plazas principales, haciendo de esto una diversión salvaje, poniendo así en peligro, sin necesidad alguna, la vida de gente inocente ¡cuántos, sin la menor idea de lo que les iba a suceder, abandonaban a los suyos, por tener precisión de salir, y no volvían más o regresaban mutilados o heridos! No pocas veces ví, cuando atravesaba las calles de la ciudad, caer mujeres y niños, despedazados por

las balas enemigas. No parecía sino que los sitiadores, cuyas armas habían sido vencidas en una multitud de combates por los defensores de Querétaro, descargaban su ira contra la gente pacífica de la ciudad. La conmiseración no parecía ser la principal cualidad de los juaristas.

El órgano del gobierno, el "Boletín de Noticias" se expresa en los siguientes términos acerca de este modo de ser de los sitiadores:

"Rechazados en todos sus ataques y asaltos a Querétaro, los soldados republicanos ponen de manifiesto diariamente su valor y sus sentimientos humanitarios, arrojando granadas sobre las casas de la ciudad y matando con sus proyectiles a las desgraciadas familias que las habitan. También se divierten y matan su fastidio, apoderándose de mujeres, niños y ancianos que van al campo, obligados por su pobreza, a fin de juntar un poco de leña o de verdura para sus usos diarios. También se ocupan en incendiar las fábricas y haciendas de los alrededores, para recrear su vista, como Nerón, con un agradable e imponente espectáculo.

"¡Dignas hazañas de los que asesinan o sus prisioneros heridos y que con más de cien cadáveres, como en Tepetates, erigen un altar sangriento a su pretendida LIBERTAD!"

La desgraciada población de Querétaro sufría indudablemente mucho más que el mismo ejército; no sólo estaba expuesta a todos los peligros de la guerra, no sólo padecía necesidad y casi moría de hambre, sino que también había tenido que soportar el mantenimiento de más de 8000 hombres durante semanas enteras, sin esperanza alguna de alivio próximo.

La falta total de dinero obligó al Alto Comando del ejército imperialista a tomar medidas extraordinarias, a hacer requisiciones y a tomar otras me-

didias extremas, que la población de Querétaro sobrellevó con paciencia. Cuando también se agotó el dinero obtenido por el préstamo, se impusieron contribuciones extraordinarias. De éstas, las de puertas y ventanas no eran las más onerosas, a pesar de que todo propietario debía pagar un peso por cada ventana, dos por cada puerta y cuatro por el zaguán.

Otra disposición, declaró obligatorio el servicio militar a todos los varones capaces de llevar las armas, y el que quisiera estar exento de dicho deber, tenía que pagar cierta cuota, que se invertía en el sostenimiento del ejército.

Pero llegó un momento en que se agotaron también estas fuentes de ingresos; las autoridades, tan ingeniosas para esto, no encontraban ya medio alguno de obtener dinero, ni aun con multas, ya sea porque las personas a quienes se imponían no tenían ya ni un centavo ó porque eran lo suficientemente hábiles para no dejarse desplumar; entonces se recurrió a la confiscación de tiendas y almacenes pertenecientes a personas que, con razón o sin ella, se consideraban sospechosas. Con las mercancías confiscadas se abrió una tienda en la Plaza principal, frente a la Iglesia de San Francisco, donde todo se vendía a precios irrisorios, y el producto de esta venta bastó para sostener, durante los últimos días del sitio, a las tropas imperialistas.

Hasta tal punto habían llegado las cosas y de aquí se podrá calcular la tremenda miseria que envolvía a la ciudad.

Soy tan partidario de la verdad, que estoy muy lejos de querer disimular de algún modo las faltas cometidas por ambos partidos; pero debo declarar expresamente que la administración militar de los imperialistas, no era tal como pudiera parecerles a muchos. No hay que olvidar que estos procedimien-

tos no son los peores que se siguen en México, sino que siempre se han acostumbrado en el país, al grado de que a los mexicanos ya no les parecen monstruosos, como pudieran parecer a los europeos totalmente ignorantes de las condiciones que prevalecen en México. Además, los exigía una situación tan angustiosa, como pocas ha habido en la historia; y finalmente, el Alto Comando del ejército, gracias a los buenos sentimientos del Emperador, se condujo con una benignidad no acostumbrada hasta entonces en México. Yo, que conocí perfectamente bien a ambos contrincantes, estoy convencido de que Escobedo y sus generales, colocados en la situación de los imperialistas, hubieran empleado, cuando menos, los mismos procedimientos que estos últimos.

A pesar de todas las desgracias que un sitio prolongado había acarreado a la ciudad, a pesar de la indescriptible miseria bajo la cual gemían los desdichados habitantes desde hacía tanto tiempo, no obstante todo esto, aun en las horas más difíciles conservaron la más alta estimación hacia la persona del Emperador y una fidelidad incommovible a la causa que él representaba. La larga duración del sitio y la poderosa resistencia que opuso el ejército imperialista se pueden atribuir, en parte, al magnífico comportamiento de los queretanos. De no haber sido tan adictos a la causa imperialista, con su resistencia pasiva hubieran hecho mucho más difícil la defensa de la ciudad, o, mediante la traición, hubieran facilitado al enemigo la entrada a la ciudad.

Si el sostenimiento de la población ofrecía tantas dificultades, el de los caballos era, sin comparación, mucho más difícil. Estos se alimentan, en México, principalmente de maíz; la avena no se cultiva en el país, y la cebada sólo existía en una pequeña cantidad; pero como había que atender primeramente a la alimentación de los habitantes y del ejército,

no quedaba nada para los caballos.

Los animales estaban, pues, en una situación espantosa. A algunos regimientos, desde el 10. de mayo no se les repartió ya casi nada de forraje. Sólo a uno que otro, como el Regimiento de la Emperatriz y a la Escolta del Emperador, se les daba diariamente una reducida ración de forraje; después se encontró un poco de linaza, la cual, mezclada con algo de cebada—a fin de quitarle un tanto el sabor amargo—suministró lo necesario para un día; después, no quedó materialmente nada.

Los caballos enflaquecían terriblemente y pasaban las noches enteras sin dormir, a causa del hambre, y de día en día estaban más inservibles. Los jinetes, a quienes dolía en el alma la situación de los pobres animales, se aventuraban, con peligro de su vida, a ir a unas cabañas situadas a tiro de fusil de las líneas enemigas, y cuyo techo era de paja mezclada con algo de cebada. Muchos pagaron con su vida el andar en busca de este extraño forraje.

Otros trepaban a los altos árboles de la Alameda y arrancaban las ramas y hojas más tiernas, para dárselas a los caballos y éstos, cuando también se cansaban de comerlas, se divertían en olfatear con gran ruido esta pastura desconocida, desparramándola por todos lados y machacándola con las patas.

Se registraron asiduamente todas las casas y corrales, hasta sus últimos rincones, en busca de pastura o algo que se le pareciese, que fuera medio comible; se escarbaba el suelo en aquellos lugares en que parecía que algo estaba enterrado, en busca de pastura escondida como de precioso tesoro y era una fortuna cuando se encontraba en algún rincón olvidado un montón de escobas inservibles hechas de popotes de paja o algún techo viejo de liber; y se ne-

cesitaba ser una gran personalidad o tener muy buena suerte, para poder tener en ese tiempo un viejo petate de paja.

Los caballos de los Húsares habían sido llevados a un patio grande, colocado a cielo descubierto, y allí se amarraba a dos o tres de ellos a un mismo árbol. Entre éstos había algunos de una especie desconocida para mí, provistos de flores blancas en forma de campana y de una madera muy blanda, de fibras extraordinariamente delgadas. Su tronco debe haber tenido como medio pié de diámetro. Los hambrientos caballos roían poco a poco estos arbustos y con el tiempo los deveraron materialmente todos, de tal modo que llegó un momento en que nada quedó ya, más que las raíces, debajo de la tierra. Entonces se arrojaron unos contra otros, arrancándose y masacando las crines y la cola, y no sin trabajo se logró contenerlos en esta lucha, que atestiguaba sobradamente su hambre espantosa.

A causa de la falta de pastura, los caballos perdieron completamente su valor; sé de un caso en que una persona vendió uno, perfectamente ensillado y aparejado, por dos pesos; yo mismo, en los últimos días, obtuve un hermoso rocín a cambio de unas botas de montar, viejas y no en muy buen estado. No hay que extrañarse de esto, porque muchos particulares trataban de deshacerse de sus caballos a cualquier precio, debido a que eran una pesada carga para ellos.

En semejantes circunstancias, divisiones enteras de caballería no estuvieron ya en condiciones de combatir, a pesar de que el caballo, según lo enseña la experiencia, puede aguantar sin alimento un tiempo increíblemente largo.

El que más sufrió fué el 4º Regimiento de Hulanos: los caballos pertenecientes a este cuerpo, de

hecho, no recibieron ningún forraje del 3 al 15 de Mayo; permanecían echados en los corrales de la garita de Celaya, sin poderse levantar ya, y su completa inanición mostraba a las elaras, que desde muchos meses atrás no comían más que la hierba amontonada que estaba a su alcance.

Al mismo tiempo que esta falta espantosa de provisiones, llegó el momento en que comenzaron a faltar las municiones. Las que se fabricaron durante los últimos días eran tan malas, a causa de la falta de materiales, que las balas de fusil caían al suelo, completamente sin fuerza y a muy corta distancia del lugar donde se disparaban, a unos 200 o 300 pasos; las avanzadas enemigas, que bien pronto se dieron cuenta de esta circunstancia, comenzaron a aproximarse cada vez más, con una sangre fría fácil de explicarse; las granadas se llenaban con arena, en vez de hacerlo con pólvora; y muchas veces, los sitiados se veían condenados a observar, de una manera pasiva, el avance de divisiones enteras del enemigo, el cual se aproximaba a las defensas hasta llegar a una distancia de un tiro de fusil; en los últimos días se dió la orden terminante, de no hacer uso de las armas de fuego sino en caso de un ataque del enemigo.

El hambre y la falta de buenas municiones no tardaron en dejar sentir sus efectos sobre las tropas imperialistas. La desmoralización, que hasta entonces no se había apoderado de los defensores, gracias a los brillantes triunfos obtenidos y a la esperanza de un éxito final, comenzó a cundir entre ellos, y bien pronto no fueron únicamente las balas enemigas, sino también la deserción, las que abrieron grandes huecos en las filas imperialistas. Hasta aquí se habían engrosado éstas con los prisioneros hechos al enemigo, según el uso general que preva-

lece en los ejércitos mexicanos; de tal modo que los imperialistas se habían resarcido completamente de las pérdidas sufridas, y el número de defensores era igual, poco más o menos, que al principio del sitio. Una de las particularidades de los ejércitos mexicanos, es que esta clase de prisioneros, una vez llevados al campo de batalla, suelen batirse contra sus compañeros de antes, con el mismo valor con que pelearon contra sus antiguos enemigos; porque a los soldados forzados les es del todo indiferente la causa por que pelean.

Si hasta aquí se había evitado que disminuyera el número de los defensores, empleando el método antes dicho, después no transcurría una noche sin que huieran muchos soldados hambrientos. Una vez se dió con la pista de un complot de sargentos franceses del Cuerpo de Cazadores del Emperador, quienes querían abandonar las trincheras que se les habían confiado y pasarse al enemigo. Afortunadamente, se descubrió a tiempo y se evitó esta maquinación; sin embargo de lo cual, algunos lograron realizar su intento y escapar.

Si alguna vez hubo extranjeros que olvidasen su honor y su deber, nadie puede admirarse de ello porque lo propio sucedió entre las tropas nacionales; pero, sea dicho en honor de éstas, soportaron más de lo que se esperaba, y durante el sitio se condujeron, en lo general, de una manera brillante.

XIII.

REGRESO DEL CORREO HERZ. — PLANES DE HUIDA. — EL CORONEL MIGUEL LOPEZ Y SU TRAICION. — EL 14 Y EL 15 DE MAYO.

Así estaban las cosas en la angustiada ciudad, cuando repentinamente, el 9 de mayo, se fué presentando el correo, tanto tiempo esperado. Ya se habían perdido las esperanzas de que regresara y casi todos creían que había sido hecho prisionero por el enemigo y corrido la misma suerte que sus antecesores.

Herz permanecía callado a las preguntas que le dirigían por todas partes o contestaba evasivamente, y pidió, con urgencia, ser llevado ante el Emperador. En cuanto a las noticias que trajo quedaron para siempre en secreto, exceptuando para el Soberano y los jefes principales; pero este silencio era bastante elocuente, para que se pudiera temer lo peor. Dado el estado que guardaban las cosas exteriores, las noticias traídas no podían ser en manera alguna satisfactorias.

El Emperador dispuso que se pagara a Herz la del ejército estaba ya con tan poco dinero, que no recompensa de 3,000 pesos que se le había prometido, y que él había ganado honradamente y con tantos peligros. Sin embargo, en esos días la Caja

lece en los ejércitos mexicanos; de tal modo que los imperialistas se habían resarcido completamente de las pérdidas sufridas, y el número de defensores era igual, poco más o menos, que al principio del sitio. Una de las particularidades de los ejércitos mexicanos, es que esta clase de prisioneros, una vez llevados al campo de batalla, suelen batirse contra sus compañeros de antes, con el mismo valor con que pelearon contra sus antiguos enemigos; porque a los soldados forzados les es del todo indiferente la causa por que pelean.

Si hasta aquí se había evitado que disminuyera el número de los defensores, empleando el método antes dicho, después no transcurría una noche sin que huieran muchos soldados hambrientos. Una vez se dió con la pista de un complot de sargentos franceses del Cuerpo de Cazadores del Emperador, quienes querían abandonar las trincheras que se les habían confiado y pasarse al enemigo. Afortunadamente, se descubrió a tiempo y se evitó esta maquinación; sin embargo de lo cual, algunos lograron realizar su intento y escapar.

Si alguna vez hubo extranjeros que olvidasen su honor y su deber, nadie puede admirarse de ello porque lo propio sucedió entre las tropas nacionales; pero, sea dicho en honor de éstas, soportaron más de lo que se esperaba, y durante el sitio se condujeron, en lo general, de una manera brillante.

XIII.

REGRESO DEL CORREO HERZ. — PLANES DE HUIDA. — EL CORONEL MIGUEL LOPEZ Y SU TRAICION. — EL 14 Y EL 15 DE MAYO.

Así estaban las cosas en la angustiada ciudad, cuando repentinamente, el 9 de mayo, se fué presentando el correo, tanto tiempo esperado. Ya se habían perdido las esperanzas de que regresara y casi todos creían que había sido hecho prisionero por el enemigo y corrido la misma suerte que sus antecesores.

Herz permanecía callado a las preguntas que le dirigían por todas partes o contestaba evasivamente, y pidió, con urgencia, ser llevado ante el Emperador. En cuanto a las noticias que trajo quedaron para siempre en secreto, exceptuando para el Soberano y los jefes principales; pero este silencio era bastante elocuente, para que se pudiera temer lo peor. Dado el estado que guardaban las cosas exteriores, las noticias traídas no podían ser en manera alguna satisfactorias.

El Emperador dispuso que se pagara a Herz la del ejército estaba ya con tan poco dinero, que no recompensa de 3,000 pesos que se le había prometido, y que él había ganado honradamente y con tantos peligros. Sin embargo, en esos días la Caja

podía pagarse esta suma sin crear dificultades insuperables para la paga de las tropas en los siguientes días. Herz, que tuvo noticia de la situación tan apurada en que se hallaban las finanzas y las dificultades que se acarrearían al pagarle a él, pidió ver de nuevo al Emperador, y declaró, que, puesto que la Administración militar estaba en tan crítica situación, él renunciaba su recompensa; pero que cuando se estuviera en condiciones de poder pagar esta suma, se le tuviera presente. Desgraciadamente, los acontecimientos que se desarrollaron después, impidieron que nunca se pudiera cumplir esto.

Las noticias que llevó el caporal Herz mataron de un golpe las esperanzas que se tenían en un ejército de auxilio comandado por Márquez y aún se perdió la esperanza de cualquier otro auxilio del exterior. Aun las bandas que andaban dispersas, resto de tropas imperialistas, y comandadas por algunos partidarios fieles de la causa, no hubieran podido acudir a Querétaro, aunque estuviesen animados de la mejor voluntad, lo que bien podía ponerse en duda. No era éste el momento apropiado para que arriesgaran su cabeza. En lo que concierne especialmente a Márquez, hemos visto que estaba en México también en gran aprieto, y tenía bastante que hacer para defender la Capital contra Porfirio Díaz y sus 25,000 soldados. Así, era imposible que mandara a Querétaro tropas de auxilio, si bien, por otra parte, nunca pensó hacerlo.

En vista de estas circunstancias, la defensa de Querétaro, aun cuando no hubiera traspasado ya los límites de lo posible, resultaba completamente inútil, y el Emperador, obligado por las circunstancias más apremiantes, tenía que tomar una resolución

definitiva, y ponerla en ejecución cuanto antes, si no quería ser sorprendido por los acontecimientos que se aproximaban, y que Querétaro, con sus defensores, cayera en manos de los republicanos, por la consecuencia natural de los sucesos.

En estas condiciones, solamente dos caminos quedaban a los imperialistas: entregarse a un enemigo implacable y desprovisto de consideraciones, o buscar la salvación en la huida, rompiendo las líneas enemigas.

En el primer caso, no había que esperar ningunas condiciones favorables por parte de los juaristas, porque los republicanos, conscientes de las ventajas obtenidas, conocían perfectamente bien la situación desesperada en que se hallaban los imperialistas, por habérselas referidos los desertores, y tenían mucha razón para esperar apoderarse de la ciudad, dentro de muy pocos días, quizás hasta sin disparar un tiro.

Era muy dudoso que los republicanos quisieran entrar en arreglos con los "traidores"; los imperialistas lo reflexionaron mucho, pero pronto desistieron de dar este paso tan humillante para ellos y que, era de preverse, no tendría éxito favorable.

De hecho, no se intentaron ninguna clase de arreglos con el enemigo para la entrega de la plaza, porque aquellos no ofrecían ninguna garantía en cuanto al cumplimiento de las condiciones que se hubieran estipulado. En efecto, no todos los jefes republicanos tenían la misma opinión, y los principales generales estaban tan divididos, que lo estipulado por uno de ellos, no hubiera sido reconocido por los demás.

Considerando todas estas circunstancias, se re-

solvió unánimemente, en Consejo de Guerra, reconcentrar todas las fuerzas el 12 de mayo y romper la línea enemiga en algún punto. Si se lograba ésto, el Emperador debía dirigirse a la Sierra Gorda, acompañado de sus generales, oficiales extranjeros y de la caballería que todavía estuviese disponible; pero había que abandonar la infantería y la artillería. Allí se esperaba tener favorable acogida entre sus habitantes, indgenas de la raza del General Mejía, y la escabrosidad de las montañas les prestaba bastante refugio y los protegía suficientemente contra cualquier intento de persecución por parte de los juaristas. Entonces se podría más fácilmente entrar en arreglos con el enemigo, o, en el peor de los casos, esperar los acontecimientos y tomar las medidas del caso.

En cuanto a abandonar la infantería y la artillería, era una precaución indispensable, que las circunstancias exigían imperiosamente, y que no podía eludirse. En efecto, para que la huida de esta parte del ejército ofreciese algunas probabilidades de éxito, se necesitaba que marchara a la mayor velocidad posible y podía impedir o comprometer el movimiento de la caballería; además, el ejército imperial estaba ya demasiado debilitado para poder oponer resistencia al enemigo, en campo descubierto. Así es que dichas tropas debían quedar en Querétaro y capitular, lo cual no constituía peligro alguno para ellas, porque el enemigo acostumbraba portarse muy indulgentemente con las tropas indgenas.

Sin embargo, la realización del plan concebido era una empresa arriesgadísima, porque los fugitivos iban a ser perseguidos por los 4,000 soldados de

caballería enemiga, cuyos caballos no estaban debilitados; pero de todos modos, esta era la única manera de escapar de ser hechos prisioneros; y si los juaristas estaban en mejores condiciones, en cambio, para los imperialistas se trataba de "ser o no ser", y estaban resueltos a arriesgarlo todo por su libertad y por el Emperador, y a vender cara su vida.

La mayor parte del proyecto se guardó en medio del más absoluto secreto, conocido sólo por los altos jefes del ejército; se supo únicamente que se iba a romper la línea enemiga, pero nadie, excepto los jefes, sabía en qué punto.

Entre tanto, los oficiales extranjeros que servían en los distintos cuerpos, y por cuya vida se temía en caso de que cayeran en poder del enemigo, fueron puestos al tanto de la próxima acción, dándoseles los informes necesarios, y esta tarea fué encomendada al autor. Al mismo tiempo se les proveyó de caballos, que hubo que tomar a los Húsares; a determinada hora debían marchar con el Emperador, llevándolo en el centro y emprender la proyectada fuga.

El orden que tenían que llevar las divisiones de caballería era como sigue: a la cabeza, el Regimiento de la Emperatriz, que era, numéricamente, el más fuerte y también el mejor montado; después, una parte de la Escolta del Emperador, compuesta de los jinetes irregulares de la frotera mandados por el Coronel Miguel López; después, los cuerpos 1o. y 2o. de Húsares, mandados por mí y por el Comandante de Caballería Pawlowsky, respectivamente. A estas divisiones debían seguir inmediatamente el Emperador y sus generales, rodeados de los oficiales extranjeros, a los que se unió el tercer Regimiento de Húsares, mandados por el Teniente-

Coronel Federico Kaehlig; a éstos debían seguir el 40. Regimiento de Lanceros, a las órdenes del Conde Pachta, el 90. Regimiento de caballería y el resto de los distintos escuadrones y demás divisiones.

Toda la caballería debía contar así cerca de 1300 combatientes.

Desgraciadamente, el proyecto tuvo que aplazarse, porque los preparativos no estaban terminados. La verdad es, que no se hicieron con la energía que requería la situación, y se perdió el tiempo en cosas de ínfima importancia.

El 13 de mayo se publicó una proclama firmada por el Emperador y por el General Mejía, dirigida principalmente a la población indígena de la ciudad, sobre la cual dicho general ejercía una influencia considerable; en dicha proclama se invitaba por el Emperador a tomar las armas, para poder emprender un ataque enérgico contra el enemigo. Aquellos que se alistaran voluntariamente, quedaban exentos para siempre, del servicio militar. Esta proclama tenía por objeto engrosar, lo más que fuese posible, las filas del ejército; y por eso se hablaba del ataque, para disfrazar la huida del Emperador y poder llevarla a cabo. Lo que se quería, era lo siguiente: por un lado, atacar al enemigo con toda la energía posible, y entretenerlo y luego, cuando ya hubiera acumulado la mayor parte de sus tropas en el lugar del combate, la caballería debía romper las líneas y escaparse.

Pocas horas después de haberse fijado las proclamas, ya se habían presentado más de 300 indígenas; pero resultó tan difícil poderlos armar, que la tentativa no se vió coronada del éxito deseado. En vano fui a buscar todas las armas que existían en el Arsenal; si bien no eran pocas, en cambio la ma-

yor parte eran defectuosas e inservibles, y las armas de fuego eran de calibres tan distintos, que para su empleo se necesitaban, cuando menos, diez clases diferentes de municiones; apenas logré, con grandes dificultades, reunir algunos cientos de fusiles utilizables, que fueron repartidos entre el número creciente de voluntarios.

En estas operaciones tan dilatorias, que retardaban constantemente el éxito, se perdió un tiempo precioso, y cada hora que transcurría, la situación de los sitiados se hacía más espantosa e insostenible, y en el ánimo de un miserable acabó de madurar el plan más ignominioso de traición, que sólo podía idear el mayor de los infames.

Así llegó la noche tenebrosa del 14 de mayo, uno de los momentos más nefandos que se cuentan en la historia de los pueblos. Desde que comenzó la obscuridad, las tropas se mantuvieron listas; la salida, proyectada desde hacía tantos días, al fin iba a verificarse; la caballería mantuvo ensillados sus caballos, y todos esperaban el momento en que un supremo esfuerzo había de decidir de la suerte del Emperador y de sus fieles partidarios. Todos sabían perfectamente que se trataba de una empresa de resultado muy dudoso, de una lucha de vida o muerte, y para nadie era un secreto que había pocas probabilidades de salir con bien.

Pero, sin que se acierte a comprender, la acción se aplazó de nuevo, ¿por qué? no se supo. Sin embargo, esta vacilación había sellado la suerte del Emperador y de sus tropas.

Ya en esos momentos se deslizaba el traidor por las calles de Querétaro, aprovechándose de su categoría para la realización de su infame plan, y ca-

minando con la mayor cautela para no ser observado.

Era el Coronel imperialista Miguel López, Comandante del Regimiento de la Emperatriz, Jefe de la Escolta del Emperador e Inspector de la Línea oriental de defensa de la plaza.

El autor se acuerda aún bien del momento en que este miserable, dos días antes, dejó escapar duras palabras contra el Comandante de Caballería Pawlowsky, porque habían desertado algunos hombres, durante la noche, de la línea donde inspeccionaba dicho Comandante. En verdad, López supo desempeñar su papel de una manera admirable. Hasta el último momento se condujo como el oficial más fiel y celoso de su deber, y esto de una manera tan perfecta, que nadie tuvo ni la menor sospecha del doble papel que representaba.

Respecto a este hombre, en sus Memorias, el Emperador dice lo siguiente:

"Entre las personas que me rodean, hay sobre todo, dos hombres, hacia los cuales tengo la mayor estimación, y que poseen toda mi confianza. Son: el Teniente Coronel Don Joaquín Rodríguez, Comandante de la Guardia Municipal de México, (1) hombre de un valor y fidelidad excepcionales, y el Coronel Don Miguel López, uno de los primeros que me saludó en el país, quien me hace compañía desde entonces y no se ha vuelto a separar, y que ha demostrado mucha adhesión hacia mí y hacia la Emperatriz.

El infeliz monarca tenía razón: la suerte había escogido a este hombre y desde el principio lo había puesto a su paso, hasta que se convirtió en su ver-

(1) Muerto el 10. de mayo de 1867.

dugo. Era un hombre de una falsedad y malicia excepcionales.

La historia no nos puede mostrar muchos canallas que hagan parejas con este hombre. En cuanto a los hechos infamantes que se imputan a este desventurado, son muy diversos.

López, a causa de sus pasados delitos, estaba muy comprometido con el enemigo, y tenía mucha razón para temer por su vida, en caso de caer prisionero. Tal vez quiso asegurarse, y que el enemigo le debiera algún servicio.

A pesar de la excelente opinión que el Emperador tenía todavía en el mes de abril, respecto de su favorito, este no pudo lograr, durante el sitio, alcanzar mayor jerarquía militar. Bien pudieron haber llegado a oídos del Soberano las pasadas infamias del Coronel, lo cual impidió que aumentara su estimación hacia él.

Entre otras, se contaba de él la siguiente anécdota espeluznante:

En cierta ocasión, López, acompañado de unos cuantos de los suyos, era perseguido muy de cerca por el enemigo. Durante la huida, repentinamente fué muerto su caballo, y entonces se vió en el más inminente peligro de caer en poder del implacable adversario,—cuando uno de los suyos, que venía atrás, lo subió a su caballo. El animal, con esta doble carga, forzosamente iba a disminuir su velocidad, y era de preverse que en pocos minutos iban a ser alcanzados por el enemigo. Pero el bravo López no titubeó en tocar un recurso: de un pistoletazo se desembarazó de su salvador, y arrojó a este infeliz del caballo, logrando así escapar de sus perseguidores.

Es muy posible que el Coronel López, olvidando los beneficios de que lo había colmado el Empera-

dor, quisiera vengarse del olvido real o imaginario en que últimamente se le había tenido, entregando a su bienhechor en manos de sus enemigos.

Que López era un hombre eminentemente práctico, lo prueba el hecho de que supo anar lo útil con lo que halagaba sus pasiones; por una parte, salvaba su vida, y, por otra, satisfacía su venganza y obtenía una recompensa por la maquinación que iba a poner en práctica: un peso por cabeza, sin distinción de categorías, lo cual no valorizaba muy bien a los sitiados.

Esta recompensa, digna de Judas, hace aparecer al Coronel en toda su infamia, y se admira uno y se horroriza al mismo tiempo, al ver hasta dónde llega a veces la perversidad de los hombres.

Voy a dar una idea de la manera como López llevó a cabo la traición, según mis recuerdos personales y lo que me han contado personas dignas de crédito.

Como dije anteriormente, estaba encomendada al Coronel la inspección de la línea de defensas de la parte oriental. Esta línea abarcaba, principalmente el Cuartel General de La Cruz con sus extensos corrales y obras avanzadas, y a causa de lo alejadas que estaban, convenían perfectamente a los planes de López de ponerlos en práctica, procuró calmar todo lo posible la inquietud y la excitación que reinaban en todo el campamento, en vista de los acontecimientos que se esperaban.

De este modo, a las once de la noche se dirigió al Cuartel de la Escolta del Emperador, situado cerca del Cuartel General, y dió la orden, como jefe supremo que era de este cuerpo, de desensillar los caballos y entregarse al sueño supuesto que el ataque proyectado se había aplazado una vez más.

Así conseguía completamente su objeto: la Escolta, incluyendo los Húsares, se entregaba al descanso, sin tener la más ligera idea de los sucesos que se verificaban bajo las sombras de la noche.

Después de desembarazarse de los testigos más molestos; fué López a "inspeccionar" la parte exterior de La Cruz.

No se sabe si ya había ido antes al campamento enemigo a hacer sus proposiciones a Escobedo ó si ésta fué la primera vez que estuvo. Sea como fuere, sus proposiciones fueron aceptadas por el general en jefe del ejército juarista.

Cuando regresó del campamento enemigo, el primer cuidado del Coronel fué introducir al enemigo dentro de las fortificaciones de la ciudad, en medio del mayor silencio, según había convenido con los enemigos. Esta era la parte más difícil y peligrosa de toda la empresa; realizada ésta, el buen éxito estaba asegurado.

López llevó a cabo su obra con tanta maestría como felicidad. De regreso a La Cruz, ordenó a los guardias de una de las obras avanzadas, abandonar los cañones y dirigirse a cierta parte, donde pretextó que se acababa de caer una parte del parapeto.

Mientras que los guardias se dirigían al lugar indicado para componer la parte averiada, él introdujo a las tropas enemigas dentro de las murallas, en medio del más profundo silencio, ocupando dichas tropas el lugar donde poco antes estaban los centinelas. En otros puntos hizo lo mismo, con igual éxito, de modo que en pocos momentos la mayor parte del Cuartel General estuvo en poder del enemigo, el cual se adueñó completamente de él, sin el menor ruido, después de que el Coronel hubo desarmado a la guarnición.

El golpe de López fué favorecido por la circunstancia importantísima de que los uniformes de los republicanos se parecían bastante a los de los imperialistas, al grado de que entre la guarnición se hallaban incorporados algunos prisioneros juaristas que conservaban todavía sus uniformes primitivos.

Del Convento de La Cruz se dirigió López a la Iglesia de San Francisco, situada en el centro de la ciudad. En esta Iglesia estaba el depósito de armas y municiones y desde una alta muralla, provista de troneras, que la rodea totalmente, se dominaba perfectamente la Plaza principal, así como la calle del Biombo, que conducía al Cuartel General. Con la mayor cautela fué introducido el Batallón enemigo de Nuevo León al interior de la muralla, con lo que López había llevado a feliz término su maniobra, sin que los imperialistas, exceptuando la guarnición desarmada y hecha prisionera, parecieran abrigar la menor sospecha de la traición verificada. Después de media noche, se esparció el vago rumor entre los centinelas, de que el enemigo se hallaba ya en el centro de la ciudad; pero a todos les pareció esta versión demasiado absurda, para que se pudiera creer en ella. Así, nadie averiguó que había de cierto.

El enemigo había realizado sus deseos y se esperaba tranquilamente la llegada del día en que iba a resolverse la suerte de la ciudad.

Según parece, fué en el Cuartel General donde primero advirtieron el peligro que amenazaba. Dicen que se despertó apresuradamente al Emperador, dándosele aviso del estado de las cosas, y que entonces él reunió a toda prisa sus papeles y acompañado del Príncipe de Salm-Salm, del Barón de Fürstenwarther, Capitán del Estado Mayor General y de otros oficiales mexicanos de alta graduación, aban-

donó inmediatamente el Convento y se dirigió al Cerro de las Campanas, a donde llegó sin ser molestado.

Delante de la recámara del Emperador se había colocado ya un centinela, las escaleras habían sido ocupadas igualmente, y se debió a la generosidad del Coronel juarista José Rincón, que se hubiera dejado pasar al Emperador, a quien se tuvo por un simple paisano, y él y todos sus acompañantes pudieron alejarse sin ser molestados.

En estos momentos se sucedieron escenas de horror indescriptible y de la mayor confusión, escenas que es imposible describir con todos sus detalles: apenas había despuntado el día, cuando los republicanos, que habían estado escondidos en posiciones perfectamente tomadas, comenzaron a maniobrar de tal modo, que sembraban el mayor pánico en las filas de los imperialistas, totalmente sorprendidos. Pronto no hubo ya dirección ni mando; empezó un movimiento desordenado por todas partes; nadie sabía lo que sucedía; los juaristas, desde sus escondites, tiraban sin compasión sobre sus inconscientes adversarios, que se apresuraban a huir; los artilleros enviaban una verdadera lluvia de granadas sobre la desdichada ciudad, importándoles poco si herían a amigos ó a enemigos. Entonces empezó un avance general de sus fuerzas, las cuales, abandonando las posiciones que habían tenido durante el sitio, se lanzaban contra las defensas de la ciudad; los imperialistas las abandonaron, después de una ligera resistencia, para huir hacia el interior de la ciudad, siendo diezmados y aniquilados por el certero fuego del enemigo.

Dicen que la caza tiene cierta semejanza con la guerra, y con razón. Creo no poder dar una idea me-

jor de la catástrofe de Querétaro, y esto sin ofender en lo más mínimo el reconocido valor de las tropas imperialistas, que comparándola con una caza de liebres en pleno campo, en el momento en que el círculo de cazadores y de disparos se estrecha cada vez más, y los animales, acosados por todas partes, corren como locos en todas direcciones, ya a lo largo del frente del enemigo que se aproxima, buscando alguna hendidura por donde escapar, ya volviéndose, y poseídos del valor que da la desesperación, se arrojan contra el peligro para abrirse paso y salvarse.

Tendría que ir demasiado lejos, si quisiera describir los espantosos episodios de aquel día: la catástrofe de Querétaro fué un caos de espeluznantes acontecimientos. Así, me limitaré a describir uno de éstos, en el que yo participé, a fin de detallar la confusión y el pánico que reinaban entre los imperialistas, como también para describir, con toda claridad, el golpe del enemigo.

Cuando el Emperador y sus acompañantes se dirigían al Cerro de las Campanas, atravesando la calle del Biombo, al principio de la cual y muy cerca del Cuartel General estaba acuartelada la Escolta Imperial y el Escuadrón de Húsares, perteneciente a la misma, encargó el Soberano al Capitán Barón de Fürstenwarther, despertar a dichas tropas y ordenarles que lo siguieran inmediatamente.

El Emperador quería hacer desde allí un último esfuerzo, con auxilio de toda la caballería, reunida a toda prisa, para romper las filas enemigas y buscar su salvación en la huida.

El Barón de Fürstenwarther cumplió la orden recibida, impuso de lo sucedido al Coronel Campos, Subcomandante de la Escolta Imperial, quien dor-

mía poco antes, y le ordenó, en nombre del Emperador, dirigirse al Cerro lo más pronto posible.

Los Húsares, obedeciendo las órdenes que el Coronel López les dió personalmente a las once de la noche, habían desensillado los caballos y se habían entregado al sueño.

Debían ser como las cuatro y media de la mañana, cuando un oficial de los Húsares, que dormía en una de las piezas del Cuartel, despertó a causa de un ruido desacostumbrado, que se producía en el patio donde estaban amarrados los caballos. Pawlowsky, que fué el primero que salió, encontró a su gente ensillando sus caballos a toda prisa, y supo, por el Coronel Campos que allí estaba el estado en que se hallaban las cosas.

No había qué titubear: se derribó la puerta y salieron a todo correr. Sólo que Pawlowsky había olvidado, con la prisa, poner al tanto de la situación a sus oficiales y a sus soldados. Que el enemigo se hallaba ya en la ciudad, que ya hasta estaba oculto en los tejados de los cuarteles—una de las diabluras del Coronel López—y presenciaban tranquilamente la partida de los Húsares, nadie lo sospechaba. Todos estos detalles los supe yo, con no poca sorpresa, de boca de los mismos oficiales juaristas, cuando caí prisionero.

El Coronel Campos, mientras tanto, se apoderó de uno de los caballos disponibles y se escapó, intentando salvarse por medio de la huida; pero en las cercanías de la ciudad lo pescaron los enemigos y sin más trámites, lo ahorcaron en el árbol más próximo.

En el exterior reinaba un silencio extraño,—era la calma que precede a la tempestad,—las calles estaban desiertas, sólo uno que otro curioso, des-

perchado por el gran ruido que hacía la caballería, asomaba la cabeza por la ventana, para ver que su cedia tan temprano.

Ya habíamos atravesado a caballo un trecho considerable y nos admirábamos de no ser saludados por alguna bala. Repentinamente, el silencio matinal se rompió por los repiques que partían del centro de la ciudad, procedente de la torre de la Iglesia de San Francisco.

Fuertemente repicaban las campanas, cuyo sonido traía a nuestros oídos el aire fresco de la mañana y por una cosa extraña, nuestro valor se reanimó. Todo el mundo sabía que las campanas de esta Iglesia, durante el sitio, sólo se repicaban para anunciar los triunfos o cualquiera otro éxito alcanzado. Así es que todos pensaron que aquellos repiques significaban gusto, sin imaginar siquiera que era el enemigo quien daba a sus tropas una señal para el avance general.

Cuando entramos en la calle del Biombo, se nos unieron treinta jinetes del Regimiento llamado "Exploradores del valle de México", que casi había sido aniquilado en el combate del 27 de abril, y así reforzados, empezamos a bajar por la calle que desemboca en la Plaza principal. Debo hacer notar que poco antes de terminar esta calle, desemboca en ella un estrecho callejón, por su parte izquierda.—Caminando al galope, nos habíamos aproximado a este callejón cuando repentinamente, 100 soldados de infantería, vestidos con uniforme gris y pertenecientes al Batallón de Nuevo León, nos salieron al encuentro con la bayoneta tendida y los fusiles apuntados contra nosotros y nos hicieron frente.

Al momento se detuvo el grupo de jinetes; pero

la sorpresa duró sólo un segundo, las espuelas se hundieron en el vientre de los caballos, éstos dieron un formidable salto, y todos, sin comando ni dirección, se precipitaron sobre la infantería que les cerraba el paso.

En el momento supremo en que parecía inevitable una lucha de vida o muerte, se presentó repentinamente el traidor López, acompañado del Coronel juarista José Rincón; comprendió inmediatamente la situación y con voz estentórea mandó detenerse a los imperialistas.—Todo fué obra de un momento.

"¡Alto! señores. En nombre del Emperador, ¡alto! exclamó el miserable. "Vuestra resistencia es inútil, el Emperador está prisionero y me ha encargado desarmar las tropas e impedir todo inútil derramamiento de sangre. En nombre de Su Majestad, rendíos!"—López representaba un papel muy peligroso. Si algunos de nosotros hubiese sospechado su felonía, no dudo que hubiera habido alguno que lo matara; y creo que los juaristas lo hubieran agradecido. Pero la Providencia reservaba a López un castigo mayor: debía arrastrar una existencia miserable, sufriendo la afrenta del desprecio general.

Sin embargo, ninguno de nosotros presentía la verdad. El desdichado Emperador se hallaba ya en este momento en el Cerro de las Campanas, esperando inútilmente a sus fieles Húsares y al General Miramón; transcurría momentos preciosos, sin que se presentase ninguno de ellos, y mientras tanto los Húsares, obedientes a su Comandante y pretendido enviado del Emperador, bajaban de sus caballos, arrojando sus armas sobre el empedrado y dejándose conducir a la prisión.

En el mismo momento el enemigo enviaba una terrible lluvia de granadas sobre la desdichada ciu-

dad, y en todas partes se entabló una enconada lucha: el estruendo de la fusilería y las detonaciones de los cañones acallaban los gritos de rabia de los combatientes, hasta que los imperialistas, perseguidos incesantemente por los republicanos, retrocedieron al interior de la ciudad y poco a poco se fueron rindiendo, viendo lo inútil de su resistencia.

Nuestros caballos, abandonados por nosotros, habían permanecido quietos un momento; pero una granada que estalló a su lado, sembró el desorden entre ellos y atravesaron la calle del Biombo a todo galope, derribando todo lo que encontraban a su paso, hasta llegar al Cuartel General.

En la Plaza que está delante de la Iglesia se hallaba formado un batallón enemigo, de frente hacia la desembocadura de la calle dicha, y al oír el ruido del galope de los caballos, no pensaron sino que era un ataque de la caballería, y apenas aparecieron los caballos en la esquina, cuando el batallón hizo una descarga sobre los animales que llegaban; parte de ellos cayeron atravesados por las balas y los restantes se dispersaron en todas direcciones.

El General Miramón, que vivía cerca del Cuartel General, despertó por el estruendo repentino del combate, e ignorante de los acontecimientos, se dirigió a toda prisa a la Plaza principal. Allí estaban formados dos batallones enemigos.

Apenas se había dejado ver Miramón, cuando fué reconocido, y entre gritos salvajes: "¡Miramón! ¡Miramón!", cientos de fusiles se apuntaron al temerario general, quien impasible ante el peligro supremo, sacó su revólver y lo disparó contra sus contrarios. Herido de un balazo en la quijada, dió media vuelta y escapó felizmente de los soldados que

se habían arrojado sobre él como una jauría de perros, para ser entregado al enemigo, pocos días después, por el Dr. Liceaga, de quien era cliente y el mismo que después embalsamó el cuerpo del Emperador.

Mientras tanto, el desdichado Emperador había pasado por momentos no menos terribles.

El enemigo dirigía el fuego concéntrico de sus cañones al Cerro a donde huía el Emperador, acompañado del Regimiento de la Emperatriz, del 4o. Regimiento de Lanceros y del resto de su Escolta; los proyectiles que procedían de todos lados hacían la situación cada vez más insostenible; las tropas enemigas avanzaron entonces en masas cerradas.

El Emperador debió sufrir lo indecible en esos momentos: vió cómo se comenzó a rendir su caballería, a tambor batiente, el Regimiento de la Emperatriz, tan colmado de distinciones. Pronto se vió el Emperador rodeado únicamente del 4o. Regimiento de Lanceros del General Méndez, regimiento a quien tanto se había descuidado y que, dicho sea para su mayor honra, supo cumplir con su deber hasta lo último.

En vista de las circunstancias, el Emperador se vió obligado a mandar con Escobedo a su ordenanza, el oficial Pradillo, para anunciarle su rendición. Mientras que esperaban su regreso, el Emperador entregó al Barón de Fürstenwarther tres paquetes de escritos, con el encargo de quemarlos inmediatamente, lo que hizo luego. Dichos paquetes tenían los letreros: "Gubernativ", "Cassa", "Privativ."

A esto se debe que después de la entrada de los juaristas a Querétaro, no se hayan apoderado éstos de ninguna clase de papeles, y si la historia tiene qué lamentar la pérdida de estos documentos tan

importantes y en todo caso, del mayor interés, cuando menos esta era una precaución que las circunstancias exigían imperiosamente, para no hacer más difícil la situación del Emperador y no comprometer más a su persona y a sus partidarios.

Después de la llegada del General juarista Mirafuentes, que había sido mandado por Escobedo, entregó Maximiliano su espada y fué conducido al Convento de La Cruz, no sin haber sido antes objeto de la mayor afrenta.

Según me refirió el Barón de Fürstenwarther, un Coronel juarista, en estado de ebriedad, se dirigía al Cerro de las Campanas, acompañando a Mirafuentes. No bien hubo visto al Emperador, cuando se precipitó a su encuentro y apuntándole con su revólver a la cara, exclamó: "¿Conque tú eres Maximiliano, que se dice Emperador de México?" Con trabajo lograron los oficiales republicanos apartar a este miserable del Emperador, quien palideció con este ultraje, pero sin perder ni un momento su serenidad.

Con la toma de Querétaro cayeron prisioneros 21 generales imperialistas, unos 600 oficiales y 8,000 hombres de tropa.

Solamente el General Ramón Méndez, uno de los más odiados y temidos por el enemigo, había logrado huir, antes de caer prisionero.

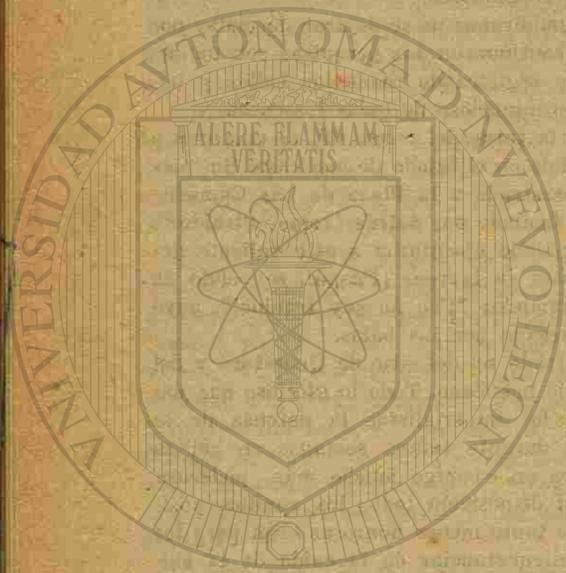
En vano los republicanos lo buscaron por todas partes; a pesar de la energía y empeño desplegados, que atestiguaban el encono de los juaristas, parecía que no se llegarían a apoderarse de él. Corrió el rumor de que Méndez, disfrazado de carbonero, a lo que le ayudaba muy bien el color obscuro de su rostro, había salido de la ciudad, aprovechándose de la

confusión general, encontrándose ya fuera del alcance de sus perseguidores.

Pero los republicanos no se dejaron despistar por este rumor y continuaron sus pesquisas con un ardor incansable, registrando todas las calles y haciendo un cateo minucioso de todas las casas.

Por fin, en la tarde del tercer día se encontró a Méndez escondido en el tejado de una casa. Sin más trámite fué arrastrado a la Plaza de Las Capuchinas y allí fué fusilado por detrás como "traidor". Cuentan que cuando ejecutaron a este valiente general, poco antes de la voz: ¡Fuego!, se volvió de frente y exclamando: "¡Yo no soy traidor!", cayó al suelo, atravesado por las balas.

Tal fué el triste fin del sitio de Querétaro y del segundo imperio mexicano. Todo lo glorioso que había sido para los imperialistas la defensa de la plaza, quienes durante tantas semanas se habían sostenido contra un enemigo mucho más poderoso que tenía a su disposición todos los auxilios posibles, en cambio tanto menos honrosas eran para los juaristas las circunstancias de la caída de la ciudad, pues que tuvieron que valerse de la cooperación de un infame traidor para alcanzar el objetivo de tan largos y sangrientos esfuerzos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XIV.

SITIO Y TOMA DE MEXICO. — FINAL.

Después de la caída de Querétaro, todavía quedaban en poder de los imperialistas dos ciudades: México y Veracruz.

La mayor parte de las fuerzas republicanas que quedaron libres después de la toma de Querétaro, se dirigió a la capital para reforzar al ejército sitiador de Porfirio Díaz.

En México mandaba todavía el Gral. Márquez a quien se debe en gran parte el desastre de Querétaro. Gracias a las magníficas tropas que tenía bajo sus órdenes, estaba en condiciones de oponer la más tenaz resistencia a los sitiadores, aun después de la llegada de tan considerables refuerzos. En el interior de la Capital estrechamente sitiada, la situación se hacía cada vez más angustiosa, mientras más duraba el sitio, y vemos aquí reproducirse los mismos acontecimientos que hemos visto en Querétaro, si bien no tan graves, porque los medios de subsistencia de la Capital son incomparablemente mayores. Sin embargo, en México mandaba un monstruo, que no conocía piedad ni conmiseración y que no retrocedía ante crueldad ninguna para lograr su intento. ®

Las infamias de que fué autor Márquez durante el sitio de México, no pueden disculparse con nada, porque la población de la ciudad fué extorsionada enteramente sin objeto. Si en Querétaro se había recurrido a medidas extremas, que la tremenda situación exigía imperiosamente para el sostenimiento de las tropas, en cambio la bondad y magnanimidad del Emperador habían sabido disminuir el horror de la situación; pero ¿cómo había de ser lo mismo en México, donde un hombre sanguinario disponía de vida y hacienda de pacíficos ciudadanos? Muchas veces se aprisionaba a las hijas de las principales familias y allí se las tenía sin darles de comer, hasta que sus padres pagaban multas gigantescas, a veces de cientos de miles de pesos, dinero que se sacrificaba al Moloch de la guerra, o iba a parar a la bolsa del muy honorable Don Leonardo Márquez; otras veces se colocaba a personas ricas sobre el tejado de las casas que estaban más expuestas al fuego enemigo, y allí servían de blanco, hasta que pagaban el último centavo de las crecidas sumas que se les exigían.

En una palabra, Márquez justificó perfectamente su antigua fama de tirano.

Mientras que aterrorizaba de este modo a la población, supo sostener perfectamente el brío de sus tropas, valiéndose de todas las estratagemas posibles. Su método predilecto era mantener las esperanzas del ejército en un próximo socorro, y mientras que ya tenía noticia de la caída de Querétaro, proclamaba oficialmente el brillante triunfo del Emperador y su próxima llegada a la ciudad, y supo engañar tan bien a sus tropas acerca de los verdaderos acontecimientos que diariamente se esperaba

la llegada del Emperador al frente de un ejército de auxilio.

Inútiles fueron los esfuerzos de los sitiadores, encaminados a convencer a la guarnición de la inutilidad de mayor resistencia, inútiles todas las tentativas que hicieron para poner al tanto a los imperialistas del verdadero estado de las cosas: no se les creía y todo era mirado como ardid de guerra de enemigo, para engañar a la guarnición y apoderarse fácilmente de la plaza, que no habían logrado tomar hasta entonces, a pesar de sus esfuerzos.

Por fin, cuando se hizo público el triste fin del Emperador y vió Márquez que la ciudad era insostenible y que ya no podía contar con sus tropas, creyó llegado el momento de salvar su vida y los tesoros amontonados y obtenidos con tanta violencia—debe haberse llevado más de seis millones de pesos en libranzas—y el 19 de junio entregó el mando supremo al General Tavera, para desaparecer en seguida sin dejar la menor huella.

Apenas había tomado Tavera el mando de las fuerzas, cuando entró en arreglos con Porfirio Díaz para la rendición, arreglos que terminaron el día 20 y en virtud de los cuales entraron las tropas republicanas a la Capital a las cinco de la mañana del 21 de junio.

Antes de esto, las pocas tropas austriacas (el Regimiento de Húsares Rojos del Conde Khevenhüller y el Batallón de Cazadores del Barón de Hamerstein) habían concertado una rendición por separado con Porfirio Díaz, en virtud de la cual se les permitía salir de la ciudad, con sus equipajes, debiendo partir el día 21 a la madrugada, después de entregar las armas.

Este convenio separado fué seguido de la capitulación general. A pesar de esto, Porfirio Díaz fué fiel a su palabra—caso rarísimo en la República Mexicana—y dejó partir a las tropas extranjeras sin molestarlas.

Así cayó la Capital del país en poder de los juaristas, después de larga y sangrienta lucha, y con la capitulación de Veracruz, verificada poco después, no quedó en todo el país ninguna plaza en poder de los imperialistas.

El 19 de junio fué sacrificado el Emperador, en compañía de los Generales Miramón y Mejía, como víctima de su misión civilizadora; sus esfuerzos sinceros, encaminados a dar los beneficios de la paz de un gobierno legal y estable a un país desgarrado desde hace cincuenta años por las luchas sangrientas de partido, se habían estrellado ante la desconfianza que encontró por todas partes y desde un principio, ante la falta de carácter y celos de su partido. Pronto se había visto engañado en sus esperanzas; en vez de encontrar un pueblo que por libre voto lo llamara al trono, encontró solamente un partido,—que apoyado por las bayonetas de un ejército invasor extranjero,—pudo sostenerlo momentáneamente, pero cuyos jefes estaban desacreditados ante la mayor parte del país; un partido que no estaba unificado, sino que se dividió en numerosas facciones, siguiendo cada una sus intereses particulares, desgarrándose mutuamente con enconos manifiestos o encubiertos y destruyendo la felicidad de un país que por sus magníficas condiciones debía ser un verdadero Eden.

Ahora se pregunta uno, la catástrofe de Querétaro y la muerte del infortunado Emperador, que

Juárez y los suyos juzgaban indispensable para la pacificación del país, ¿han traído realmente al desdichado país las bendiciones de la paz? ¡De ningún modo!

En el hermoso país allende el Atlántico no perduró la paz efímera que siguió a la tremenda lucha, y es conocido el hecho que algunos de los más celosos y fervientes partidarios del incontestablemente gran Presidente de la República, no lo apoyaron por largo tiempo, sino que siguieron sus propios intereses y una política de violencia; y los mismos brazos poderosos que una vez apoyaron a Juárez y lo ayudaron a triunfar, se levantaron contra él, perturbando la paz comprada a precio de la sangre de los mejores hijos del país.

Aún antes de la reelección de Juárez, hacia fines de noviembre de 1867, comenzaron a levantarse contra él los departamentos más alejados, el viejo intrigante y dictador Santa Anna, inmediatamente después de la ejecución del Emperador, empezó de nuevo sus maquinaciones y el Ex-presidente Ortega apoyaba de nuevo con las armas sus legítimas pretensiones.

Si bien Juárez entró en arreglos con este último, sin embargo Santa Anna logró mantener la revolución en Yucatán hasta el año de 1868. Apenas había Juárez pacificado a Yucatán, cuando Santa Anna comenzó a promover nuevos levantamientos del carácter más peligroso en el centro del país, que obligaron al Presidente a buscar refugio en la Capital, después de haber estado a punto de caer en manos de sus adversarios, quienes hubieran empleado con él un proceso sumario.

En los siguientes años estallaron en los Estados de Yucatán, Tamaulipas, San Luis Potosí y Zacate-

cas, nuevos pronunciamientos y la reelección de Juárez, en 1871, produjo nuevos disturbios de la mayor gravedad; desde esta fecha el antiguo conquistado de la Capital, Don Porfirio Díaz, hombre de gran influencia y considerable prestigio figuró como contrincante de Juárez y después de Lerdo de Tejada sucesor legítimo del primero desde 1872, y en 1877 logró derribar a éste y desembarazarse del que había sido electo presidente al mismo tiempo que jada, Don José María Iglesias y subió él mismo a la Presidencia.

Así, vemos hasta hoy al desdichado país desgarrado por sangrientas luchas de partido, que mina cada vez más las fuerzas morales y la felicidad del pueblo y que conducen al país al borde del abismo. La sangre vertida el 19 de junio en el Cerro de las Campanas, no ha sido verdaderamente de ninguna utilidad para el país, y las nobles palabras que Maximiliano pronunció antes de morir, no se han cumplido. (1) Lo único tal vez que Juárez logró con la ejecución del Emperador, fué que quitó para siempre los deseos de una intervención europea.

(1) Que mi sangre sea la última que se derrame por este infortunado país.

INDICE.

	Págs.
"Dos palabras", por Carlos R. Menéndez . . .	5
Prologo	7
I.—Situación militar y política del país hacia fines de 1866, hasta la salida de México del emperador Maximiliano. Creación de un Ejército Nacional.—Retirada de los Imperialistas a Querétaro.	11
II.—Salida de México del Emperador a Querétaro. — Escaramusas en Lechería y en San Miguel Calpulálpam	19
III.—Entrada en Querétaro.—El General R. Méndez y sus tropas. Querétaro y sus defensas	29
IV.—Plan de Batalla de los imperialistas.—Avance de los juaristas.—Ofensiva desistida del ejército imperialista.—Carta del Emperador a Aguirre.	37
V.—Movimiento de concentración de los juaristas.—Primitiva posición de los imperialistas.—Los primeros encuentros.—Cambios de sitio en ambos ejércitos.	49
VI.—El 14 de marzo. — Misión del General Márquez.—El 24 de marzo	59
VII.—El Emperador condecorado por su ejér-	

cas, nuevos pronunciamientos y la reelección de Juárez, en 1871, produjo nuevos disturbios de la mayor gravedad; desde esta fecha el antiguo conquistado de la Capital, Don Porfirio Díaz, hombre de gran influencia y considerable prestigio figuró como contrincante de Juárez y después de Lerdo de Tejada sucesor legítimo del primero desde 1872, y en 1877 logró derribar a éste y desembarazarse del que había sido electo presidente al mismo tiempo que jada, Don José María Iglesias y subió él mismo a la Presidencia.

Así, vemos hasta hoy al desdichado país desgarrado por sangrientas luchas de partido, que mina cada vez más las fuerzas morales y la felicidad del pueblo y que conducen al país al borde del abismo. La sangre vertida el 19 de junio en el Cerro de las Campanas, no ha sido verdaderamente de ninguna utilidad para el país, y las nobles palabras que Maximiliano pronunció antes de morir, no se han cumplido. (1) Lo único tal vez que Juárez logró con la ejecución del Emperador, fué que quitó para siempre los deseos de una intervención europea.

(1) Que mi sangre sea la última que se derrame por este infortunado país.

INDICE.

	Págs.
"Dos palabras", por Carlos R. Menéndez	5
Prologo	7
I.—Situación militar y política del país hacia fines de 1866, hasta la salida de México del emperador Maximiliano. Creación de un Ejército Nacional.—Retirada de los Imperialistas a Querétaro.	11
II.—Salida de México del Emperador a Querétaro. — Escaramusas en Lechería y en San Miguel Calpulálpam	19
III.—Entrada en Querétaro.—El General R. Méndez y sus tropas. Querétaro y sus defensas	29
IV.—Plan de Batalla de los imperialistas.—Avance de los juaristas.—Ofensiva desistida del ejército imperialista.—Carta del Emperador a Aguirre.	37
V.—Movimiento de concentración de los juaristas.—Primitiva posición de los imperialistas.—Los primeros encuentros.—Cambios de sitio en ambos ejércitos.	49
VI.—El 14 de marzo. — Misión del General Márquez.—El 24 de marzo	59
VII.—El Emperador condecorado por su ejér-	

	<u>Págs.</u>
cto.—Su vida privada.—Sus memorias . . .	75
VIII.—El 10 y el 11 de abril.—Comienza el hambre en Querétaro.—Resultados de la misión de Márquez.—Un correo alemán.—La proyectada misión de Mejía.—Frusada misión del Príncipe de Salm-Salm . . .	87
IX.—Continuación del sitio.—Falsos rumores.—D. José Marranza, modelo de imperialistas.—El 27 de abril	103
X.—Algunas correspondencias interesantes . . .	123
XI.—El 1° y el 3 de mayo.—Falsas noticias.—El 5 de mayo	131
XII.—Los días tristes del sitio.—Algunos actos oficiales	139
XIII.—Regreso del correo Herz.—Planes de huida.—El coronel Miguel López y su traición.—El 14 y el 15 de mayo	153
XIV.—Sitio y toma de México.—Final	175

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

